FRAY MOCHO



"El claustro de San Isidro, en Jesús María (Córdoba)"

Óleo de CUPERTINO DEL CAMPO

N.º 632



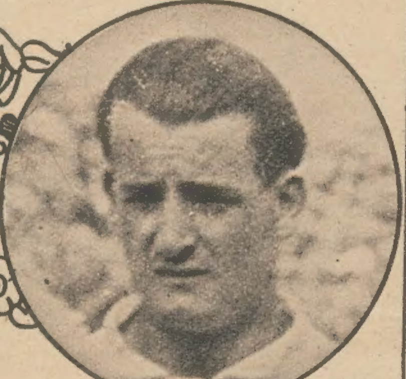
FRAY MOCHO

Año XIII　　Buenos Aires, 3 de junio de 1924　　Núm. 632

EL FOOTBALL RIOPLATENSE ES ADMIRADO EN PARÍS

Los uruguayos obtienen su primer victoria en las Olimpíadas













El team uruguayo que venció al de Yugoeslavia por 7 a 0: Mazali, Nazzari y Tomasini; Andrade, Vidal y Ghierra; Urdinarraín, Scarone, Petrone, Cea y Romano.

No ha podido ser mejor el estreno de los uruguayos en el gran torneo internacional de las olimpíadas. Su primer match ha significado su primer victoria decisiva, concluyente, bien reveladora de una superioridad indiscutible.

Toda la prensa elogia, sin reservas, la actuación del team uruguayo y no oculta la sorpresa que le ha producido ese conjunto admirablemente entrenado, combinador, rápido, con una línea de ataque bien interiorizada de los secretos del "dribling" y una defensa, conocedora profunda de su verdadera misión.

Los uruguayos, según se deduce de las crónicas, han jugado como ellos acostumbran hacerlo, como lo hemos visto tantas veces en los fields de Montevideo y de Buenos Aires.

Halaga, íntimamente, sin duda, que nuestros vecinos se hayan iniciado en el importante certamen, en la forma en que lo han hecho, y ojalá esa victoria inicial sea la precursora de las que hayan de venir después.

El resultado del match, y sobre todo el concepto que ha merecido el desempeño de los jugadores, es ya un triunfo valioso para el sport uruguayo y podemos decirlo también, para el sport rioplatense.

Bueno es que en el extranjero nos vayan conociendo también, como exponentes de una vida deportiva intensa, metódica, valiosa, que tiene elementos que, acaso por virtud de una indiferencia perjudicial o por aquello que "lo de casa es lo peor", no han sido siempre apreciados en la amplitud de sus buenas cualidades.

Tienen, pues, los uruguayos en las olimpíadas, en lo que respecta al football, una representación doblemente honrosa, porque es la de su patria y es la de Sud América, y en tal concepto, no hay para qué dudar que sabrán colocarse, en todo momento, a la altura de las exigencias.

De la representación argentina en las Olimpíadas

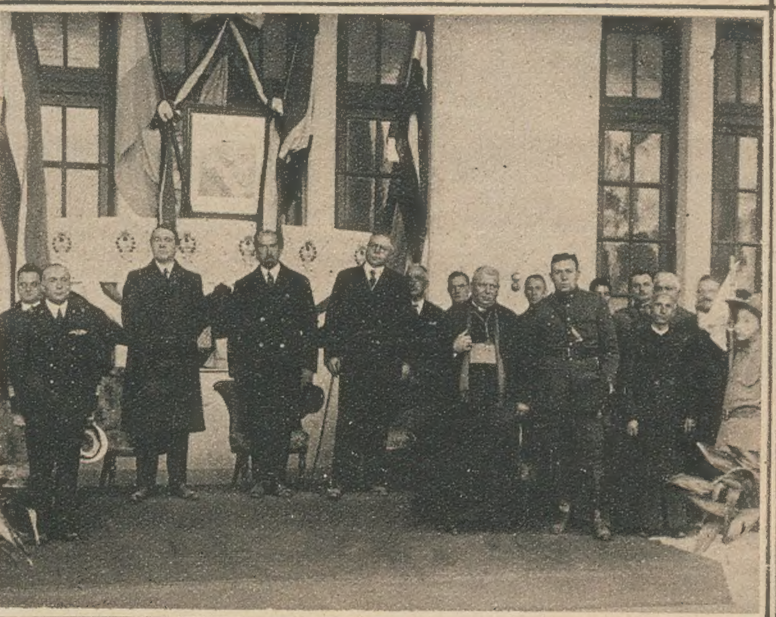


Mayor Antonio Sirito, presidente de nuestra delegación de tiro.

El embajador Giuriati, en Rosario



El Hon. Giuriati, el presidente de la Sociedad Rural de Rosario y las autoridades del ''Italia'', en su visita a la exposición.



Visita del embajador italiano al Colegio San José, de artes y oficios.

El Cross Country organizado por el C. A. Provincial



ROSARIO DE SANTA FE. — Largada de la gran carrera.



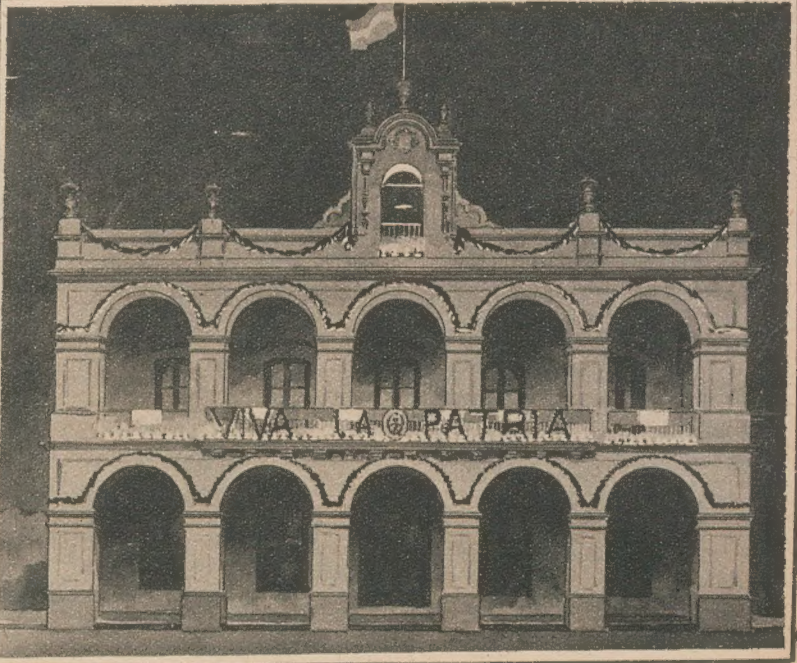
M. Figña, L. Montenegro y A. Bailet, clasificados primero, segundo y tercero, respectivamente.

Fots. Cornet y Aranda.

EN EL MUSEO HISTÓRICO Y COLONIAL, DE LUJÁN



La casa del virrey, en Luján, adornada a la antigua, en ocasión de las recientes fiestas patrias.



El histórico edificio del Cabildo de Luján, adornado a la usanza colonial, con guirnaldas de sauce criollo, tendidos, candiles y velas de sebo, en conmemoración del 25 de mayo.

En vísperas de la inauguración del monumento a Aristóbulo del Valle



La "maquette" de la plaqueta con el retrato del tribuno, obra del escultor Jorge L. Lubary, que se distribuirá en el acto conmemorativo.



El escultor Lubary, modelando en su estudio.



Una de las caras de la medalla, en que aparecen el busto y las figuras que coronarán el citado monumento, a inaugurarse a mediados del mes entrante.

PERIODISMO



El popular periodista español Adelardo Fernández Arias ("El duende de la Colegiata"), que ha llegado a Buenos Aires, desde Alemania, contratado cablegráficamente por nuestro colega "Crítica", donde actualmente colabora.

Raid automovilístico Mendoza - Buenos Aires - Mendoza



El auto Gray que, ocupado por los señores Alberto Estrella Fernández (volante), Ricardo Argumedo y Miguel Nabarta, empleó 51 horas en recorrer la distancia que separa la capital mendocina de la metrópoli. El total recorrido alcanza a 1400 kilómetros, y se espera mejorar el tiempo citado, en el viaje de regreso a Mendoza

La obra de guerra de Arístides Sartorio



Arístides Sartorio.



"El ataque", óleo.

Es indudable que Sartorio consiguió resolver un difícil problema de arte, con el hermoso friso ejecutado para el Parlamento italiano, ganando valientemente su justificado renombre, en la exposición de 1899, con obras excepcionales como "La górgone e gli eroi" y "Diana d'Efeso e gli schiavi", pero no le ha valido un menor respeto su labor magnífica de xilógrafo, sus telas de caballete y sus pequeños paneles decorativos.

En el conjunto que nos ofreció en las salas del Retiro, este pintor-estatuario y crítico manifestado en las páginas brillantes de "Flores et Humus", en las que cierra su respeto con Millet, nos ha recordado con cariño entrañable diversos aspectos de la campaña romana, otros de la lucha heroica en el Carso y decidiendo la emoción en notas esquemáticas y agudas, de la guerra en la alta montaña.

Mi obra actual, dice sonriendo, Sartorio, cuando le hablan de la "Górgona", es de la cuarta juventud; aquella, era de la segunda. Y efectivamente, el anciano maestro muéstrase vibrando de entusiasmo en sus alrededores de Roma, envolviendo en una visión plácida y poética, los búfalos pujantes y recios, el trabajo de transporte en la serenidad de las aguas muertas o la vida apacible y pastoril bajo los pinares.

Cuando trata la epopeya del Carso —tierra bendecida por la sangre de todos los sacrificios—su arte se vigoriza, aún dentro de lo anecdótico, en la reciedumbre del "Asalto del San Gabriele, el 31 de agosto", en el "Fuoco de sbarramento", o en el "Shalzo a Santa Caterina".

Pero donde su "cuarta juventud" se hace notar con expresiva evidencia, donde sus condiciones se suman y los viejos ojos se abren al gozo de la luz, en vivos análisis de color, al propio tiempo que las obras nos refieren con indecible encanto, la honda sencillez del terrible instante, es en sus telas de "La guerra in alta montagna", en las cuales el artista puso toda la sinceridad de su alma.

Aparte de la verdad con que han sido evocados los rispidos aspectos de aquel fantástico escenario, una emoción profunda, asciende en angustia, cuando "Brilla alle ose V, la mina nemica", y en imponentes realizaciones nos lleva hasta la "Vedetta" y a la decisión furiosa del "Attacco", quizás la obra más dramática y sugestiva de este conjunto, en que el maestro—actor él mismo—tomaba nerviosamente sus impresiones bajo el abanico de las ametralladoras y el estallido fragoroso de las minas.



"Transporte fúnebre sobre el Adamello".

Bellas Artes



Nicolás Antonio, conocido pintor argentino, pensionado por el gobierno de San Luis, que parte a Europa en viaje de cultura artística.

COMENTARIOS

Venenos urbanos y rurales

Entre otras saludables iniciativas que el reciente Congreso de la Liga Patriótica Argentina ha brindado al comentario del pueblo, merece mencionarse muy especialmente la que, a moción del doctor Lucas Ayarragaray, quien fundó su proyecto en una notable y aplaudida conferencia, acaba de lanzarse pidiendo la sanción de una ley que reprima el alcoholismo rural. Con acopio de datos irrefutables, el orador, que es a la vez un médico de renombre y un literato bien conocido en nuestros círculos intelectuales, hizo una pintura elocuente de las terribles consecuencias que contra el desarrollo normal de nuestra población campesina, ejerce el consumo cada día más vasto de los abominables venenos espirituosos.

Realmente, una ley que limitara al vino, a la cerveza y a la sidra, las bebidas corrientes en la campaña, sería de enorme beneficio social. Cualquiera que habiendo recorrido la pampa, y forzado por la necesidad, haya presenciado las escenas báquicas que suelen ofrecerse en los almacenes rurales, donde el pobre peón deja el producto de su trabajo a cambio de alcohol de ínfima calidad, habrá de convenir en que incurre en un verdadero delito quien no coopere a la eliminación de esa plaga. Nuestros labradores y ganaderos deben ser sanos, robustos, limpios de cuerpo y de alma, para la mayor felicidad de la República, y ciertamente, pocas cosas contribuirían tanto a la higiene material y espiritual del país como la ley propiciada en esta ocasión.

Se nos ocurre, sin embargo, que no habremos andado más que una parte del camino, si al reprimir el alcoholismo rural, no tratamos de reprimir, con medidas todavía más enérgicas, el vicio urbano, el vicio moderno, el flagelo espantoso de los alcaloides. Sin duda, el espectáculo de una pulpería de campaña, llena de hombres tostados por la intemperie, que ruedan borrachos bajo las mesas, debe ser de los más penosos que pueda presenciar un médico amante de su país; pero constituye un cuadro inocente, una viñeta de poema bucólico, al lado de la escena que, en los barrios más cultos de la metrópoli, en la vecindad de las escuelas y de los templos, ofrecen ciertas casas, donde, en un marco de escrupulosa elegancia, bajo las formas de la urbanidad más exquisita, se aspira a pleno pulmón éter o cocaína, y la flor de la juventud del país, las mejores esperanzas del porvenir intelectual y moral de la República, se agostan y degeneran en un ambiente de crápula refinada.

El Congreso Nacional, que ya está en mora de tantas leyes indispensables para el perfeccionamiento económico y político, se halla también en un terrible atraso en lo que respecta a las sanciones de esta índole, urgentemente reclamadas por la moral y la higiene, sino por el instinto de conservación.

El regreso del ruiseñor

El divino pájaro del ensueño, el cantor de la soledad y de la luna, hace tiempo que fué olvidado, porque las gentes tenían otras cosas para distraerse. El odio, la envidia, la guerra. El tumulto de los grandes centros enfermos de utilitarismo, de dinámica, de perversidad. Su reino se hallaba muy lejos: en el corazón de las selvas milenarias, apartado del progreso y de los apologistas de la verdad. Su recuerdo, quedó perdido en las páginas amarillentas del romanticismo, con el velo de plata de Selene. Y hasta los poetas, muchos poetas—que así llaman hoy a los versificadores—buscaron en la máquina y en la úlcera, el tema predilecto; porque el ruiseñor constituía, para ellos, el más ridículo de los lugares comunes...

Hoy nos llega su voz desde una vieja selva de Escocia. La radiotelefonía, ha olvidado el fonógrafo y el credo futurista, bañando de milagro a la "vieja y práctica Inglaterra", siempre vibrante su espíritu, ante el valor inconmovible de las tradiciones.

Y el ruiseñor ha cantado. Sobre las tierras ariscas de los "seinfeiner"; en el corazón de los "highlanders"; sobre las brumas de Londres, en el hormigueo de la City, en el Buckingham Palace y hasta en los tugurios de White Chapel...

Y el odio, las transacciones, las envidias y las miserias, todo se ha detenido para el hombre, como en el cuento de Andersen: en que la muerte llegó tarde, por haberse distraído con el canto del ruiseñor...

Congresomanía crónica

Se trata de una enfermedad contagiosa que está causando estragos en las partidas de eventuales de nuestro frondoso presupuesto nacional. Veamos cómo ataca al congresista y cómo los congresistas arremeten contra los finanzas de la nación.

Primeros síntomas: fiebre de figuración y mareos de espectabilidad. Mucho apetito... El paciente delira con el queso y las rosquillas del te con leche de los ministerios de la Casa Rosada. Si pesca una subvención, está fuera de peligro, mas si no la consigue, se hace el sueco y espera estoicamente otra ocasión para dar el zarpazo. Tratamiento: de 1.000 a 20.000 pesos moneda nacional en efectivo.

—

—¿Te has sacado la grande, viejo?—preguntamos a un amigo que teníamos escabechado en la categoría de los palmípedos crónicos, al verlo elegantemente vestido, y con polainas "beige", de yapa.

—La grande, no; la chica.

—¡Choca, viejo!

Item más: nos colgamos del cuello de su impecable perramus. ¡Ojo!: lloviznaba.

—Con que la chica, ¿eh?... Veinte billetes de mil pesos...

—No es de 20.000; de 10.000, che.

—Pesos más, pesos menos... ¿Y cómo la cazaste, viejo?

—Andaba muy "pato".

—¡Ya, ya!

—Y estaba al margen de echarme de cabeza al dique número 4, sección 3.ª. Llevaba doce horas sin tropezar con un plato de buseca, cuando... ¡eureka!

—¿Encontraste un billete de la lotería en la calle?

—No, che. Nada de eso. Ya estaba a punto de alimentar con mi carne a "los patíses y surubíses" de nuestro anchuroso estuario, cuando me topé con Mengano, en la esquina de San Juan y Pichincha. ¡Qué bolada!

—¿Almorzaste, viejo?...

—Salí del apuro con un completo. Pero ahora viene lo substancioso, lo gordo. Fulano, me preguntó:—"¿Qué se hizo la "Juventud Alegre de Villa Casuarina", que tú presidieras durante un lustro y pico?"—Se encuentra en sueño, hermano, como logia masónica sin local.—No importa, Fulano: haz de cuenta que tu "Juventud de Villa Casuarina", vive, que no ha muerto. La mía, "Juventud Confiada del Arroyo Maldonado", hace agua, pero ello no es un obstáculo para que celebremos una alianza destinada a organizar el primer congreso hispano-americano de juventudes alegres y confiadas. ¿Qué tal, Fulano?...

—¿"Papa para el loro", contestaste, viejo?...

—¡Estaba salvado! Pedí otro "completo"—no olvides que llevaba doce horas sin tropezar con una cáscara de banana—y entramos a financiar la operación. No tardamos en ponernos de acuerdo. Yo, me encargué de ver al ministro Zutano, para solicitarle una subvención.

—¿Picó?

—Como un sábalo ingenuo. Pero yo le había echado un discurso. Le hablé de la cultura hispano-americana... del acercamiento de los pueblos... de Colombia... de Venezuela. ¡Palabra, che! Ni Quito... ni pongo. Días después, Fulano y yo, organizadores del Primer Congreso de las Juventudes Hispano-Americanas Alegres y Confiadas, salíamos de la Casa Rosada con 2.000 pesos, o sea la 1.ª cuota para gastos de organización y propaganda de la juvenil asamblea a realizarse en el mes de septiembre del corriente año. ¡Qué golpe!

—¿Y che?

—Que como la caridad bien entendida empieza por casa... Fulano y yo, no tardamos en empilcharnos de pies a cabeza.

ECOS DE LAS FIESTAS MAYAS



El doctor Torino escribió su informe de la Comisión de Poderes que empieza: ¡Oid mortales!... como se hacen las elecciones.



Este pobre diputado puso el grito en el cielo cuando lo que él hubiera querido proferir era el grito sagrado.



Estos gritan con todo su entusiasmo patriótico: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!



"Oid el ruido de rotas cadenas...



"Que consagra la noble igualdad...



"Y los libres del mundo responden: al gran pueblo argentino, salud!"

Justicia barata

El gobierno de San Juan hace nueve meses que no paga a un juez, ni a los empleados de su juzgado. Ello sucede, según los adversarios políticos del señor Cantoni, porque el tal juez no es persona grata al gobernador, pero éste alega que el caso sucede porque no ha tenido oportunidad de firmar las planillas.

Como se ve, el señor Cantoni quiere poner a prueba la resistencia para el ayuno de los jueces, o bien, se quiere permitir el lujo de disponer de justicia barata.

DRAMAS DE POBRES

POR

ALBERTO CASAL CASTEL

MISERIA

El invierno se dejaba sentir en los cristales empañados. Resoplaban los mecheros del suburbio, envueltos en una aureola de claridad que remedaba una cara truhanesca. Se escapaba de entre esos labios que Sem, ha adivinado en los faroles, el humo como de un cigarrillo. Metían miedo las sombras que se acurrucaban en los caños heroicos y todo el barrio pobre naufragaba en un sueño profundo, promisor de calma y de descanso...

Era un ambiente de zozobra y de crimen; parecía como que en la noche un puñal hubiera tajeado al caserío, y que en su herida profunda, la calle estuviera cubierta de sangre que salpicaba las botas. Se presentía el súbito encontrón del *scruchante*. A lo lejos una casa de placer y una bodega, extendían sus brazos de luz. Estaban allí como una salvación al vagabundo. Dentro de ellas, el humo cargante del tabaco y la atmósfera templada, tenían poder de seducción. El alcohol y el amor, se daban la mano a través de la calzada por la luz que escapaba de sus interiores, en la piadosa comunión de emborrachar la bestia dolorida de los desheredados.

Adentrándonos más en las tinieblas, podía apercibirse bien claro que en algunos cuartos, parpadeaban las velas, que ponían un poco de luz en los insomnios o acortaban la espera. Dentro de uno de ellos, se oía un canto débil de madre que acuna a su hijo:

Arroró mi niño,
arroró mi sol,
duérmete pedazo
de mi corazón...

Esa ventana, iluminada como con tímida vergüenza, contrastaba con aquellas descaradas, de la bodega y el hostal del placer. Por el postigo entreabierto asomaba la cara de la miseria. Una cama de hierro, desvencijada, esperaba destendida, bajo la piadosa tutela de una oleografía pintarrajeada de la Virgen María. En una mesa pequeñita y sin hule, aparecían dispuestos los platos, como en una cena malograda o retrasada. La mujer aquella tenía estereotipada la marca del sufrimiento. Enormes ojeras violáceas confiaban los secretos de las malas noches prolongadas por el hambre y su delgadez casi esquelética estaba ocultando pasada belleza que se había desflorado en la batea doméstica, en la costura del remiendo y en la humillación de la fábrica.

En la calle ahora, se sentía el chočlear de zueco de un tranco vacilante. Un hombre había salido de la taberna. En la hosquedad de la noche aquel encuentro acrecentaba el temor de que estaba impregnado el ambiente. A poco, aquel hombre abría la puerta de la casa donde cantaban por el sueño del niño. Entró. Sus pasos se perdieron en el zaguán y a poco se volvían a sentir más fuertes, en el interior de la pieza.

Ante su aparición, la mujer esquelética levantó sus enormes ojos en un gesto de resignada y oprimida rebeldía.

—¿Otra vez borracho?—pareció decirle.

Y el hombre, entreabriendo su boca en una contorsión espasmódica de alcoholista, dejó entrever sus labios manchados por el tabaco ordinario, mientras de ellos chorreaba la saliva. Su barba de ocho días daba a aquella cara horrible todo el despotismo de la canalla y cuando parecía como que iba a llorar, largó una risa ronca y cascajada de histerismo. Se acercó más a la luz y el resplandor puso un brillo criminal en sus ojos. Se restregó la mano y agregó:

—Está fría la noche... Antes éramos más felices. Tú trabajabas, yo también... Ahora los patrones no me quieren más porque tengo el vicio de la bebida...

Y animándose más, levantó un hombro y cotinuó:

—Ellos no saben que la vida fué conmigo muy mala, muy mala y que yo *tomo* para aliviar el mal.

De dentro del saco enorme, sacó una botella envuelta en papel de almacén y mirando al niño, a ella y a la Virgen, volcó parte de su contenido en la garganta.

—Este vino guarda canciones, para alegrar la vida del que sufre. Déjame mujer que me haga un poco de alegría y de bondad que es la sangre de Cristo, la que bebo.

Y se volvió a reir. La mujer que había aparecido retirada de él y con los ojos desmesuradamente abiertos, apretó más al niño contra sus brazos, como para huir ante aquella bestia pronta a maltratarla en esa jaula estrecha del inquilinato.

—Yo—siguió diciendo el hombre,—tenía hambre hoy. Me aullaba como lobo. Las monedas andaban escasas por el bolsillo. Pensé que con ellas no podrías comer tú, ni dar de mamar a tu hijo. Y entonces, fuí y compré vino... ¡Oh, yo sabía lo que hacía!

Y miraba fijamente a la botella que había dejado sobre la mesa.

—Este me iba a dar coraje y entonces mataría para traerte un pedazo de pan, de ese pan que yo he dado al rico, sin reservarme más que un solo pedazo que apenas si alcanzaba.

Por la cara de la mujer rodaban dos gruesas lágrimas. Se sentía más débil que nunca, pero el hijo aquel que tenía en sus brazos, la hacía de coraje. De rato en rato invocaba a la Virgen.

—Acuéstate Juan. La bebida te ha hecho mal. Tú no estás bien. Acuéstate.

Y lo tomó de un hombro, como para animarlo a salvar el espacio que mediaba entre la mesa y la cama.

El hombre, entonces, brutalmente, la tomó de un brazo y la empujó contra la cama.

—¿Por qué no te pones tú mis pantalones? Está lindo esto... Lo único que faltaba era que no me permitieras beber en la taberna...

Y con un insulto persignó el rostro de Adelia Nicolau, su mujer.

Se cerró el postigo de la ventana. El rayito de luz huyó hasta esconderse totalmente ocultando aquel drama de tres personas, que la indigencia había mancomunado dentro del hermético escenario de un cuarto del conventillo.

Sin embargo, aquella noche se acrecentaron más las ojeras violáceas de Adelia Nicolau; se dibujó más la palidez del niño y se corrompió más el alma de Juan Brentano, antiguo albañil de obra, entregado totalmente a la bebida.

El frío, en la calle, estaba impregnado de un aliento trágico. Ululaba en cada arista de los tejaroces y confidenciaba con la miseria, trayendo y llevando las angustias, que con él se hacían más cruentas y más resignadas.

KATIUSKA

El recordar a esta chiquilla, me hace poner un poco triste. Pequeñita y ya enferma. Era una flor del conventillo murmurador y laborioso, de ese conventillo mal oliente hecho de chisme y basura. ¡Pobre Katiuska, tan jovencita y ya enferma!...

Parecía una viejita con su pañuelo de colorinche atado a la cabeza, que le daba un aire de aldeana; con sus polleras de bombasí y su saquito de hombre que le llegaba hasta las pantorrillas; con sus eternas mediecitas de lana blanca y su piecito que iba a parar a un grueso botín de cordobán. Triste siempre, paliducha; era una flor que había nacido para adornar un hogar y estaba allí, entre aquella chiquillada perversa y bullanguera, sin ser más que una flor de papel que se iba quebrando ante el insulto soez y ante el codazo de la chusma.

¡Pobrecita Katiuska, la de los ojos tristes y azules, como un cielo de abril! La rusa, como todos la llamaban; la que aparecía siempre sola, la que miraba con un gesto de desconfianza desde el rincón solitario, o desde el vano de la puerta; la hija de Iván Nicolavich y de Fedora Nasimowa. Ella sola sabía el motivo de su tristeza infinita...

Nació en un hogar humilde pero honrado. Su padre trabajaba de la mañana a la noche. Volvía, como siempre, cansado, pero tenía eternamente un cuento para contarle. Esos cuentos de mujikes y de estepas, donde hay esos terribles y potentados criminales y donde siempre aparece una chiquilla buena, que va por las nieves descalza y un hada que cuida de ella y que la lleva a su palacio alfombrado de oro, con joyas que labran los cinceladores de Moscú y donde el samovar canta esa dulce canción rusa que en las aldeas de la estepa, sale zumbando de todos los hogares...

Un día ella amaneció en un cuarto que no era el suyo; la rodeaban gente que no conocía. Fué aquel, sin duda, el día más largo de su vida. Los chiquillos le regañaban como ahora... A la noche no vió venir a su padre. Y la mujer aquella que la desnudó para meterla en la cama, no le hizo rezar la oración que ella había siempre repetido abrazada a su padre...

A este día siguió otro y otro.

—¡Papá, papá!... ¿Dónde está papá...?—preguntaba afligida, mientras dos lágrimas enormes le corrían por sus mejillas.

Un día su madre la vino a buscar. Nunca la había besado como entonces y ella sintió el calor maternal cuando se vió apretada contra los senos de su madre. Los brazos de aquella, tenían concavidad de cuna y se balanceaban.

Volvió a su casa, pero allí no estaba su padre. Preguntó por él y le dijeron que había ido a Rusia, para traerle el hada buena de los cuentos...

Mientras el conventillo zumbaba chismoso y criminal. En cada frase, iba el hierro candente de la insidia; durante no corto tiempo las frases volaban como saetas en dirección al cuarto que en el segundo piso tenía Iván Nicolavich, el cerrajero. Poniendo siempre la perversidad reflexiva, se habían adueñado de la desgracia ajena, como siempre, para propio regocijo y distracción. Sentían placer todos en ser malos, con la inconsciencia de quien satisface un instinto perverso.

Una vecina lo había divulgado todo. El ruso había sido complicado en una estafa... La mujer lo había impulsado a ello, porque estaba dominada por un hombre que la maltrataba...

Katiuska, en tanto, seguía indiferente ante el desprecio de aquellos hermanitos que en el patio le había dispensado la miseria. Ella seguía acariciando la llegada del hada... Sabía que cuando la tuviera sería más feliz que ellos y entonces los vería acercarse a jugar... Con la esperanza Katiuska era feliz, pero también un día el chisme fué a manos de niños, esta vez complicados en el delito de los mayores, y, Katiuska, supo la terrible verdad, esa verdad que rumiaba a solas, en los rincones obscuros y en el vano solitario de la puerta.

Poco después vió que el hombre aquel, que le decían, venía a su casa. Era un hombre malo para ella y cuando llegaba, generalmente al anochecer, la madre la hacía ir al patio.

Un día vió, por el agujero de la llave de la puerta del cuarto, que el hombre golpeaba a su madre... Y lloró, pidiendo a Dios su padre... No recordaba el rezo de memoria, pero en su enorme desesperación fué a una vecina a que le enseñara... Aquella mujer le hizo repetir el Padrenuestro, pero la chica, en su ingenua convicción, lloró por temor a que "su Dios" no comprendiera ese lenguaje...

Katiuska ha muerto. En el conventillo no sonó la voz gangosa del fonógrafo ni jugaron los chicos... Bajo sus corredores húmedos y sucios, dormía la tragedia y agazapaba el rostro la vergüenza.

Ahora, después de mucho tiempo, he vuelto a encontrar a Fedora Nasimowa. Se la ve, todas las noches, vagar por las cortadas, en busca del dinero que va haciendo jirones su cuerpo... Y en la cárcel, entre la canalla, Iván Nicolavich (a) El Ruso, cuando la noche viene, se inclina ante su cama y reza, porque "su Dios", conserve la salud de "su buena Katiuska"...

CARNAVAL EN EL CONVENTILLO

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Y Mariana entró corriendo al patio. Venía de la calle, poblada ahora con la grita de los chiquillos. Nunca había llegado tan tarde del empleo. El sol hacía rato que se había acurrucado en las casas vecinas y bajo del parral anidaban las sombras sobrecogidas apenas por la débil luz de un farol de kerosene.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Estaba más bella que nunca. Perversamente ingenua. Las faldas cortas y su melenita, ponían en aquella

LOS FRUTOS DE LA BIBLIOTECA

En 1882 vivía con mis padres en el Ojo de Agua, villorrio casi fronterizo entonces, de Santiago del Estero. La escuela local conservaba restos de una de aquellas bibliotecas: los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta. Prestóme cierta vez el maestro uno de esos libros: "Las Metamorfosis de los Insectos". Aquello fué la primera luz de mi espíritu, la surgencia de la honda fuente que venía a revelarme el amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y "yo sé" que esto ha constituído la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí a instituir como fundamento de la enseñanza, débolas a este estudio infantil. De ahí partieron mis observaciones sobre el nido sepulcral del necróforo, el panal de la avispa airada, la coraza azul del escarabajo que conforme al símbolo de los antiguos panteones lleva como el mundo una bóveda cerúlea sobre su vientre negro. Así llegué a comprender la vida del agua ante cuyo cristal tiembla la libélula como una brújula loca. Y la industria de la hormiga acérrima, y la ocupación del abejorro que lleva los mensajes de las flores atareado como un cartero rural.

Durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna, el padre leía otro libro de la descabalada biblioteca: "La Jerusalén Libertada", del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino a mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre, junto a los pequeños Ramón y Santiago que dormían en sus cunas, rubio el uno como un pollito, morenillo el otro como un perdigón.

A cuántos otros espíritus no habrán revelado cosas semejantes los libros dispersos de aquella empresa prematura. ¿Y no es, acaso, una justificación, que el grande hombre desertara con ella en el niño desconocido, la noción de belleza y de verdad, puesta ahora por el biógrafo a la tarea de narrar su vida heroica?

Leopoldo LUGONES.

obrerita un poco de la gracia que Dios entrega con tanto primor a quienes la consumirán en el trabajo de los talleres.

Se sintió un revuelo de enaguas. A poco la madre salía de la cocina, obedeciendo al llamado. En el zaguán desaparecía una sombra...

—¡Mamá, yo no la acompaño al corso! Vaya no más con el viejo.

La madre la miró con un gesto de mohín y prefirió consultar con el farol que en esos momentos acrecentó la luz y que había tomado la forma de un nicho de santo.

—E... bueno.

Mariana, había bajado la cabeza. Tenía un gesto de redención. La vida jugaba con ella, que permanecía con el sombrero en la mano. Parecía como que esperaba un beso.

—Vaya *usté* no más. Lleve a los chicos. Yo estoy cansada.

De las puertas vecinas, llegaba en esos momentos murmullo de conversaciones frustradas por el trajín. Todo el conventillo se había dado a la fiesta y las mujeres parecían prontas a volar.

Pero ahora eran tres los personajes de la escena muda del patio. Nicolás Antonio llegaba a la casa y se quedó mirando a Mariana, de quien había escuchado las últimas palabras.

—Buenas noches—dijo.

—¡Buenas!...

Al saludo se rompió con violencia a situación. La vieja se encaminó ligera a la cocina. Mariana tomó caminito a su cuarto; y Nicolás Antonio, que había quedado como fijo en el sitio, haciendo un gesto de disgusto, cruzó para el segundo patio: llevaba un paso de reflexión.

Con la primer máscara que pasó por la calle, la gente del conventillo se largó por el camino estrecho del zaguán.

Mariana salió como a mirar la luna. Inspeccionó el patio. Cuando se supo sola, regresó a su cuarto.

—No hay nadie—se dijo para sí.

Y se puso ante el espejo. Estaba alegre y loca de entusiasmo. Era la primera vez que estaba alegre en su vida. Se veía bonita y se sentía amada. Se puso a cantar el aire popular, tan cargado de sentimiento y de lágrimas:

"Te acordás Milonguita vos eras
la pebeta más linda e' Chiclana,
la pollera cortona y las trenzas
y en las trenzas un beso de sol."

Le pareció feo el cantar. Calló. Hizo un gesto gracioso y comenzó a vestirse con prolijidad y con placer. A las nueve estaría *Él*. Y en esos momentos creyó que el mundo envidioso se *colaba* por la puerta de su cuarto a curiosear su felicidad.

La puerta de su cuarto cerrada, parecía retener en esos momentos su pensamiento. En ese instante, llegó un hombre elegante. Sobre el traje obscuro, contrastaban, su sombrero claro y el paño de sus botines. Todo acusaban en él a esos truhanes hechos para el placer y para el delito de la honra. Entró como quien viniera a robarse algo, y la verdad era esta. Venía a robarse la alegría del conventillo y de la vieja. Ya no se escucharían los cantos aquellos de Mariana, en los cuales ponía tanta dulzura.

El joven se acercó a la puerta, y golpeó con los nudillos de la mano el postigo, que se abrió para dejar escapar una cinta de luz, que metió miedo a las sombras.

Al rato, como en una transubstanciación salieron de allí un Pierrot y una Colombina. La música que venía de lejos acompañaba la intención de aquella pantomima.

Nicolás Antonio, corrió a la puerta. La pareja se había esfumado. Hizo un gesto de pesar, y, vencido, se dejó caer en una silla, apoyando la cabeza en sus manos.

—¡Ladrón, me la has *robao!*—y se puso a llorar.

De lejos llegaba el loco reir de la mascarada, como para tapar el ahogado grito del llanto del pobre obrero. Parecía venir con esa carcajada, la de *los viejos*, entregados a la diversión. Acaso, en un rincón del patio, Momo ocultaba su pérfida sonrisa bajo del antifaz.

LOS BESOS DE LADY BALTIMORE

POR

ANIBAL RAVAGNÁN

Levantemos una vez más el telón de la vida y contemplemos un retazo de la gran comedia mundana. ¡Nuestros ojos fatigados se posarán, a no dudarlo, ávidos de curiosidad sobre la escena, sin acotaciones convencionales, y, los actores que conoceremos tan humanos como nosotros, nos enseñarán la realidad del instinto, en el apogeo de su demencia egoísta. El episodio es largo y tiene varias etapas: Un saloncito, de espíritus finos: todos los detalles revelan el buen gusto de sus moradores.

Es de noche y sobre las caras de las tres personas allí sentadas, la luz de una lámpara de pie, al caer sobre la alfombra levanta un reflejo rojizo que se esfuma como un vaho, perdiéndose en las paredes, en una penumbra azulada y misteriosa. En el suelo hay almohadones, sillas de diferentes formas, y una mesita redonda sobre la que descansa una estatuita de marfil y oro; es una bailarina oriental en una pose de estremecimiento afrodisíaco.

Una ventana pequeña, revestida por una cortinita de tul, deja ver una estrella pálida que parece el faro de algún ignoto camino. Un cuadro grande retrata en su vidrio casi toda la habitación.

Las personas que están allí, son dos hombres y una mujer. Ellos tienen el rostro afeitado y conversan en voz baja. Ella, lee y bosteza muy a menudo; sus manos blancas y finas, sostienen el libro y la cabeza más hermosa de femenina criatura, dejando ver una frente lisa como una porcelana, donde jamás una contrariedad rozó la quietud de su epidermis. De pronto deja de leer, y fija vagamente sus ojos azulados, en la cara de Jorge Farnal, que conversa con Peters, su marido.

Estos parecen no darse cuenta de esta tímida observación. Al cabo de unos segundos y en el preciso momento, que su esposo la mira, Mildred, se levanta del sillón de cretona y oye la voz de Peters que dirigiéndose a ella le pregunta:

—¿Tienes sueño, queridita?...

—No... Voy a servir el chocolate. Ambos la miran sonrientes y contemplan su elegante silueta que abriga con una echarpe de encaje; al desaparecer en la penumbra azulada, parece una ilusión que se aleja. El alma sensitiva de Jorge, se estremece con la ausencia que ella inicia, dejando llegar a su corazón una ráfaga de tristeza.

Peters, lanza al aire una bocanada de humo de su habano, que queda en el espacio suspendida como una nube blanca que toma distintas formas y entre la cual los ojos de Jorge ven mezclarse su pensamiento que gira en ese intante, en espirales indecisas, tropezando y confundiéndose con esa misma torpeza del humo que se eleva ciego, dejándose llevar arriba, a lo infinito, a lo que nunca verá en su eterno viaje...

—Te has quedado pensativo, Jorge,—le dijo su amigo.—Siempre esa cabeza anduvo mal. Estoy seguro que estás pensando alguna extravagancia...

—Tonterías tuyas, Peters—replicó, algo cohibido el joven:—me distraje, filosofando...

Peters, rió, sacudiendo con su risa su abultado abdomen y agregó:—Tú gozas en atormentarte, porque tu filosofía, sin ironía, ¿eh?... es atormentadora... Siguió riendo, mientras Jorge le golpeaba la rodilla con su mano.

—¡Oye, Peters!... Hay filosofías que son para mí un sueño irrealizable. Los únicos seres que tienen suerte en esta vida, son los gordos como tú, y sonrió melancólicamente.

—¡Eres muy gracioso! Pronto me dirás como otras veces, que yo no tengo alma. ¡Qué zonceras! Tú estás loco; pero yo estoy aquí para curarte. Primeramente, te quitaré de la cabeza esa pavada que tengo la desgracia de escucharte a cada rato; ya sea en el teatro, en el club, en la calle, o en esta casa; e imitando la voz de su compañero, dijo: "he sufrido tanto, que ya sólo con el alcohol consigo alegrarme, es mi bufón"... Y después no te dejaré salir de esta casa, pobre romántico...

La esposa de Peters, en ese momento traía, en una bandeja de plata tres pocillos de chocolate. Deteniéndose delante de ellos, dijo con voz maliciosa:

—¿Quién es el romántico?...

—Pero, querida; aún, no lo sabes. ¡Quién será! Este pobre muchacho.

—¿Jorge?... Bueno, como todo artista será un soñador, tal vez, un poquito romántico...

—Señora—replicó el pintor.—Todo hombre que sepa comprender lo que vale una mujer, una sola; ese hombre siente en su corazón renovarse su sangre en tantas primaveras que hacen florecer en su cerebro las ideas más bellas, las que graba en el horizonte de sus esperanzas, como el cielo las estrellas...

—¡Bah!... Poesía; mira, se te va a enfriar el chocolate.

Mildred, sonrió y llevó el pocillo a Jorge. Peters, sin poder evitar una juguetona sonrisa, siguió diciendo:

—Menos mal, que esta noche, te ha dado por estos asuntos; porque, otras veces, sobre todo, cuando te da por no hablar, eres insoportable.

—Todo eso que dices, en otro lado me serviría de reclame; lo bueno es que Mildred, me conoce; si no...

—No te metas con Mildred. Ella no puede ser tu aliada.

—¿Y por qué no, Peters?; — dijo, con voz mimosa, su seductora mujercita.

—Porque tú, eres frívola, eres afecta a leer novelones, eres...

—¡Caramba!... Todavía ustedes, van a reñir por mí. Levantándose y dejando sobre la mesa la tacita de porcelana amarilla, Jorge puso punto final a este diálogo, y mirando a Mildred con ojos que parecían desmentir lo que él sentía, puso en su acento un tono de emoción:

—Mírala, ¿no ves cómo la has puesto?

—No haga caso, Jorge... Peters es así...

—Tontita, ¿no sabes que todo esto es broma?

—Naturalmente; este señorón esta noche, en su regio alcázar, tiene los nervios excitados y quiere reñir a todos. ¡Hasta mañana energúmeno!...

—¡Adiós, Cyrano de Bergerac!...

La risa cristalina de Mildred estalló armoniosa como un canto de hadas y los brazos de Peters ciñeron su esbelto talle. Ella recostó su cabecita rubia debajo del mentón de su esposo, y, desde allí, Jorge, al despedirse, vió en los ojos de Mildred, un reflejo nacarado, una luz que iluminó un segundo un mundo nuevo para él; algo que cayó sobre sus hombros como una lluvia de pétalos que lo perfumaran...

* * *

Sonó el timbre del teléfono, en casa de Peters. Un criado acude al oirlo. A los pocos segundos llega apresurada Mildred. Al colocarse el tubo en el oído su fisonomía recobra una expresión de alegría, y su voz dice:

—Me habías asustado ¿por qué no hablaste antes?

... ...

Después, agregó:—Sí, iré a las cinco.—Colgó el tubo y salió apresurada de la habitación. Tras ella quedó una estela de perfume como una flor que se hiciera invisible...

* * *

Después de haber satisfecho su apetito, Peters, encendió un cigarro y se sentó en un mullido sillón cerca de la estufa. Era una noche glacial y el viento silbaba fuera, quejándose a veces lastimero como pidiendo hospitalidad en esos tibios rincones.

Mildred, se acercó a su esposo, y después se sentó, poseída de una idea que en ese momento volvía a torturarla brutalmente. Fijó sus ojos en los carbones encendidos, y allí, entre ellos, su espíritu parecía arder en su desesperación. De pronto Peters, arrellenándose en el sillón y sin abrir sus amodorrados ojos, preguntó a su compañera:

—¿Por dónde irá, Jorge? ¡Ya tiene ganas de viajar!...

Esta repentina interrupción, perturbó el silencio que los envolvía y que sólo era perseguido por la marcha suave del reloj del dormitorio. Asustada Mildred, volvió a la realidad y tuvo que hacer grandes esfuerzos para ocultar la emoción que tales palabras le producían. Observó a su esposo y al verlo tan tranquilo, vió alejarse la nube negra de su sobresalto.

Peters, poco a poco, se quedó dormido. Mildred abrigó con más cuidado su cuerpo, y deslizándose sobre el sofá sumergió su espíritu en un éxtasis profundo. Nuevamente sus ojos se posaron, como mariposas heridas sobre los carbones rojos encerrando toda su vida íntima. Saboreó su secreto con fruición, y, cuando algún recuerdo reciente desfiló por su ardorosa cabecita, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mojando sus manos delicadas. Su pecho en un suspiro hondo dejó huir un pedazo de su alma dolorida. La fatiga que le causaba la ficticia creación de la página privada de la novela de su vida, fué debilitando sus nervios, y también ella, después de mucho meditar en el instante en que la angustia dibujaba sobre su rostro un gesto amargo, sus párpados fueron cediendo al cansancio, pero conservando hasta el último instante de excitación cerebral, una visión amada, se sumergió en la región de las sombras, en la inconsciencia del sueño, mientras su alma revoloteaba sobre su cuerpo dormido como un enorme fantasma cumpliendo una penitencia.

Peters, abrió sus ojos lentamente y miró a Mildred acurrucada sobre el sofá, envuelta en su tapado de piel. Tenía la cabeza caída, como si estuviera muerta.

Al verla tan profundamente dormida tuvo una idea cariñosa y con mucho cuidado la cargó en sus robustos brazos y la llevó a su dormitorio.

En la estufa, ya casi apagada, había un resplandor enfermizo, lúgubre...

* * *

¡Oh, París!... De nuevo, en tus boulevares. Otra vez entre sus siluetas femeninas, entre tus novedades y entre tus "pardon monsieur"...

Así pensaba regocijado, sacando la cabeza por la ventanilla del ómnibus, el coloradote Peters, sentado junto a su mujercita.

Al pasar por Parc Monceaux, vieron a un viejo conocido. Bajaron. Por él supieron algo de la vida de Jorge: estaba muy grave en el hospital de Trochú. Peters, al oír semejante noticia, se llevó ambas manos sobre el pecho y acarició su corazón, tal vez para colmarlo, en la desenfrenada carrera que había emprendido.

Mildred se puso blanca como un lirio.

* * *

A las cinco de la tarde del día siguiente una señora cubierta de negro, entraba al hospital de Trochú. Un enfermero, viejo y reumático la llevó hasta la sala donde se asistía, el desventurado Jorge Farnal. Cuando llegó Mildred, lo acompañaba una hermana de la caridad, quien en ese momento le subía el abrigo de la cama. Como era invierno, a esa hora, ya no había luz; sólo una vela iluminaba la estancia y la cara exangüe del enfermo. Sin hacer ruido y trémula de emoción se acercó la joven esposa de Peters, al verla, la religiosa, hizo una reverencia y la dejó con Jorge. Entonces Mildred descubrió su cara pálida y ojerosa, quitándose el velo, y, cayó arrodillada junto a la cabecera del pintor; éste, abrió los ojos y un rayo de vida titiló en ellos. Sus labios balbucearon con nerviosidad una palabra que repercutió con un sonoridad infantil en los oídos de su amiga.

—¡Mildred!... Y repetidas veces siguió diciéndolo, como si de esa manera despertaran a la realidad sus sentidos embotados por el insomnio y la fiebre. Con inefable alegría clavó sus pupilas en la faz anhelosa de Mildred, que lo contemplaba con lágrimas en los ojos incapaz de poder en esos segundos de intensa emoción, decir todo lo que ocurría en su medroso corazoncito; pero Jorge, repuesto ya de su sorpresa, sacó de las sábanas, una mano caliente que estrechó la de su amada que estaba fría, muy fría... Poco a poco, sus espíritus recobraron la serenidad de los felices y ajenos a todo escrúpulo unieron sus bocas en un beso eterno. Junto con las caricias hojearon sus recuerdos: aquellas tardes en que vivieron el uno para el otro y aquella desoladora partida de Jorge, atormentado por la idea de haber cometido un ultraje al honor de su mejor amigo, casi su hermano...

Sacrificaba su corazón para tranquilizar su conciencia, sin prever que esa determinación era más fuerte que su voluntad que desfallecida no encontraba albergue, porque su alma, la única que podía ayudarlo, vencida, había empezado a expiar el horrendo sacrificio, Mildred, con voz dulce puso un velo a esos dolores del pasado, que a ella también, llevaron a las horas más amargas, y a ese viaje, cuyo pretexto disimulado era buscarlo, saber algo de su vida. Ahora, empezaba para ellos una nueva era de felicidad, de esperanzas infinitas de un cariño vigorizado con el dolor, que es el que florece con más belleza, cuando recibe de nuevo el calor del corazón.

Finalizaba enero, y una mañana muy temprano, Jorge, dejaba el hospital de Trochú. Lo acompañaban Peters y su esposa. Al llegar al automóvil que los esperaba junto a la reja del jardín, Mildred, dijo, dirigiéndose a Jorge:

—Acuérdese, que sólo a Dios debe el haberse curado...

Jorge, sonrió incrédulo, al mismo tiempo que pensaba: "A tus besos les debo esta nueva vida". Y Peters Baltimore empujándolo para que subiera pronto al auto, le decía:

—¡A nosotros!... A nosotros, que le hemos cuidado...

Juanón Estrada, periodista.

(Recuerdos de antaño)
A Mario Martínez del Río.

—¿Con bitter?

—Prefiero respetar el encanto de su color ámbar pálido... No me la calorce, colega.

Escenario: un "chupping-house" central, frecuentado por gente de diarios, días después de ocurrir el fallecimiento del doctor Juan B. Estrada.

—¿En qué año se incorporó usted a la redacción de "El Diario"?

—En 1903.

—¿Juanón Estrada ya formaba parte del rotativo de Láinez?

—Sí, por cierto. Y hacía rato. Mas no sé cuántos años llevaba en la casa de la Avenida de Mayo. Muchos. Yo recuerdo cómo conocí a Juanón en la mañana invernal de mi debuto. Hacía un fresquete respetable, y la vasta sala de redacción de "El Diario", me resultó un frigorífico. En el centro, enfoqué una mesa larga y ancha, la mesa colectiva de los redactores. Sobre la chimenea "pour la galerie", tiritaba un busto de Voltaire, en bronce.

—¿José Ramón Villanueva era el decano de la casa?

—Y no tardé en saber que el decanato lo desempeñaba desde muchos años atrás. Ejercía una especie de Bartolato, y ocupaba ministerial escritorio, sobre el cual descansaban los aparatos telefónicos. Me parece oirlo, cuando reñía con las estoicas del conmutador, tubo en mano: — ¡713, señorita! ¡Pero cómo puede estar ocupado! ¡Insisto, señorita: 713, Avenida! Oficiaba, pues, desglosado de la mesa colectiva de redacción. Una situación de privilegio.

—¿Recuerda usted quiénes trabajaban en la mesa larga?

—Sí, colega. Muchos de los que fueron mis compañeros de trabajo en el "El Diario" de hace veinte años, se han ido para siempre: Rafael Manzanares, Armindo Valdivieso, Carlos A. Cantilo, el viejo Lozcano, Eliseo F. Lestrade... y Juanón Estrada, últimamente. De aquella época sólo quedan en otros campos de acción, la mayoría, José Luis Cantilo, Angel L. Sojo, Leopoldo Saint Laurant, Alberto Julián Martínez, el patriarca José Ramón Villanueva, Atilio Palma y... ¡ah!, y Emilio B. Morales. Después, ingresaron a "El Diario", el formidable Leopoldo Lugones, Arturo Giménez Pastor, Julio Niño y Ricardo Gramajo. En cuanto a Alfredo Duhau, ya había formado parte del diario de Láinez.

—¿Reponemos el combustible?...

—Afirmativa.

Se oyó una voz de mando:

—¡Mozo: otra vuelta! La del señor, sin bitter. ¿Y, che? Continúe.

—En una mesa pequeña, ubicada cerca de la ministerial del terror de las telefonistas, Juanón Estrada, llenaba cuartillas.

—¿Vida social?

—En efecto: era jefe de esa sección informativa. Al verme Juanón con cara de debutante, me invitó a incorporarme a su mesa. Su gentileza me tonificó. Y a renglón seguido, yo también empecé a llenar cuartillas destinadas a una sección de circunstancias, rotulada "Vísperas electorales", con la cual prologué mis crónicas policiales iniciadas meses después. A partir de esa mañana de 1903, nos hicimos óptimos camaradas, y por espacio de un lustro, fui su compañero de mesa. La vida social codeándose con la crónica de policía.

—Era delgado, ¿no?

—Muy charcón, al decir del viejo Lozcano, que en paz descanse. Juanón Estrada, no rindió culto a la tiranía de la moda. Relase del protocolo de la elegancia. Usaba unos cuellos bajitos, "de un piso", que por aquellos tiempos, contrastaban con los "rascacielos" de hilo y plancha, que encartuchaban a los que andaban a la "dernier". En invierno, echaba a caminar con el sobretodo a modo de capa, vale decir, sobre los hombros, como suelen llevar el saco los obreros. Mojaba en vida social, pero no comulgaba con los "fifí" de entonces. Y fué amigo y protector de los humildes. Buscaba el calorcito de los pobres. Amaba a los desheredados. Para muestra, ahí van dos botones. ¿Usted, colega, conoció el "palomar" La Giralda que funcionó en la esquina Rivadavia y Tacuarí?

—¿Palomar?... ¿La Giralda?... ¿Qué era eso?

—Una venerable casa amueblada. El edificio todavía resiste la acción de los años. En ella, se domiciliaban estudiantes, periodistas, viajantes de comercio y algunas modistillas que habían dado su grito de Ipiranga, y vivían, por lo tanto, alegres e independientes. Al regresar a La Giralda, en compañía de Antonio Monteavaro, una noche en extremo siberiana, a poco de cruzar la esquina Chacabuco y Avenida de Mayo, tropezamos con Juanón Estrada, quien, capitaneaba a dos robustos mozos de una chocolatería de la vecindad. Le dimos el ¡alto!, y averiguamos sobre la marcha y el par de bandejas, el destino de unos quince "espesos" con sus correspondientes tostadas.

—"Son para los obreros de "El Diario", que trabajan en el turno nocturno. Pobrecitos".

—¿"El Diario" no era y es vespertino?

—Sí, por cierto, colega; mas en aquel año, en los talleres de Láinez se imprimía "La Opinón", diario de la mañana y órgano oficial de la candidatura presidencial del gran Quintana. Al otro botón para muestra. Uno de los linotipistas de "El Diario", falleció en el invierno siguiente. Lamento no recordar su nombre. Lo velaron allá por La Crucecita, en Avellaneda. Llovía torrencialmente. Pues el bueno de Juanón se largó a media noche a la casa mortuoria, llevando personalmente una corona de flores naturales. Y llegó a destino embarrado y hecho una sopa.

—¿Y como periodista, qué tal resultó?

—Sobresaliente.

—¿Dentro del radio de su sección?

—Y fuera de ella. Otro recuerdo al respecto. Se había estrenado una ópera de rango, y el crítico teatral de "El Diario" no aparecía. Don Manuel Láinez salíase de la vaina... Era ya tarde y no había tiempo que perder. De pronto, don Manuel, preguntó.—¿Quién asistió al estreno de anoche?—Yo, contestó Juanón Estrada.—¿Se anima a escribirme unas líneas sobre el estreno?—Cómo no, Láinez. Y Juanón, dejó de lado... "se encuentra mejor la señorita Fulana de Tal", para engolfarse en la redacción de la crítica del estreno lírico. Aquella tarde, los lectores de "El Diario", saborearon un bello artículo.

Félix Lima

Una vacante La muerte del diputado electo, señor Albani, está dando que hablar más que la guerra europea. La ley electoral no ha previsto el caso de que una banca pueda ocuparla ningún suplente, pero varios candidatos se declaran herederos de ella.

La banca pertenece a la mayoría, pero como ésta no tiene nadie que pueda heredarla por no tener para el caso ni candidato, los de la minoría se creen con ese derecho, y como se trata de bienes de difunto, dan por seguro que la obtendrán.

Varios constitucionalistas han sido consultados, y aunque la ley se opone a ese despojo de la mayoría, algunos han opinado que la cosa puede ser.

Nosotros creemos, que como el señor Albani ha muerto ab intestato, la banca pertenece por derecho propio al Consejo Nacional de Educación. Es una teoría.

ÍNTIMAS

Por

Clarisa G. de DIEGO ARBÓ

Un silencio, que lo imagino liviano, luminoso, elocuente en sí mismo, envuelve mi habitación.

Es de noche. La tierra, envuelta en su manto de sombras, dormita, en tanto mis ojos—ventanales del alma—velan.

Y una voz imperiosa habla en mi corazón, infundiéndome el anhelo de confiar mis pensamientos al papel, que blanco y dócil, parece mirarme dulcemente desde mi pequeña mesita de escribir.

No sé definir esta agitación, este suave impulso que me guía.

No comprendo si es un reflejo de inquietud o un remanso de serenidad espiritual lo que en mí triunfa.

Si es una nueva aurora que aparece en mi interior con más delicado matices, o es que la tarde tiende en mi vida su glorioso manto de armonías secretas, precursoras de los bellos misterios de la noche que tan maternalmente me circunda...

Y me atrae y obsesiona la idea de confiar mi estado de alma, al papel que me invita a acariciarlo.

Hoy, he disfrutado la doble satisfacción de mantenerme todo el día en continua actividad física, al mismo tiempo que mi mente gestaba sin cesar sus celestes visiones, sus tristezas íntimas.

Nos hallamos en vísperas de un cumpleaños de familia, y mientras preparaba la vajilla y los blancos manteles que cubrirán mañana nuestra humilde mesa, pensaba con tristeza infinita en que, en este año, no te sentarás como en los anteriores en mi mesa; no estarás a mi lado, no miraré tus ojos, ni podré ofrecerte una golosina preparada por mis manos y ¡mis pobres manos que ahora estarán caídas añorando el calor de las tuyas!

Al derredor de mi mesa habrá una silla vacía, y también un vacío en mi triste corazón...

Pero yo estaré en ti, y tú estarás en mí. ¿Por qué? El destino con sus leyes invariables, lo sabe.

Nuestras almas son una sola.

Ellas sellaron un pacto eterno en una noche de duelo y poesía, en que comulgaron secretamente con los astros.

¡Ya no podrán separarse jamás! Volverán las fugitivas brisas primaverales, agitando al unísono nuestras vidas.

Tornará el estío con sus días calurosos y brillantes, con sus tardes tempestuosas y sus noches pobladas de fantásticas luciérnagas, y llegará también para nuestras vidas el otoño, y entrará en nuestras almas la suave claridad de sus mañanas y la plácida serenidad de sus noches estrelladas, pero jamás llegará para nuestros corazones el frío precursor del olvido y la ingratitud.

Tú serás por siempre mi confidente, mi guía, mi consuelo, mi baluarte.

Y yo seré siempre para ti la novia, la madre, la hermanita buena que ha de alentarte, cuando tu andar se haga fatigoso; la fiel depositaria de tus secretos afanes, el ánfora sagrada donde depositará tu alma el tesoro de sus tristezas y sus sueños. Mitigará el tiempo con su fría mano el ardor impetuoso de nuestra pasión, pero en cambio será más honda nuestra ventura, porque será más sólida la base en que descansarán nuestros afectos, debido a la comprensión absoluta de los espíritus ya templados y serenos.

La trágica aventura de un litógrafo en la época de la Tiranía

Don César Hipólito Bacle, fué un francés, que en la época de don Bernardino Rivadavia vino a establecerse al Río de la Plata con imprenta y litografía. Excusado es decir el entusiasmo con que fué recibido en aquellos tiempos y la cordialidad con que apoyó el gobierno sus iniciativas. Don Bernardino se desvivía por ayudar a todo lo que significase un adelanto y un progreso para la naciente nación argentina.

Así no es de extrañar, que a poco, en 1835, el señor Bacle estuviera establecido con una imprenta, que denominó del Comercio y que a la vez era litografía del Estado, en la calle de la Catedral número 17 (hoy Rivadavia).

En dichos talleres se imprimieron los retratos de todos los personajes que figuraron en la política de aquella época, así como los planos de Buenos Aires, Montevideo y de batallas de la Independencia. Pero esto no bastaba para la gloria del señor Bacle, y aunque con más buena voluntad que arte, litografió vistas de la ciudad, cuadros de costumbres y cuanta hoja se lanzara loando algún hecho de armas.

Además, la llegada del señor Bacle también influyó un tanto en la vida social, pues gracias a su litografía, dejaron de hacerse a mano o en imprenta las invitaciones, tarjetas de visita y partes de defunción. Y como el señor Bacle lo abarcaba todo, y tenía la representación del Estado, al subir al poder Rosas consideró prudente dar pruebas de su federalismo, e imprimió por su Imprenta del Comercio el Almanaque Federal para el año bisiesto de 1836, el que tiene la particularidad de que cada mes se consagra a un federal de nota.

Pero parece que el negocio de imprenta y litografía no iba todo lo bien que deseara el señor Bacle o que tuviera miedo de perder algo más que su dinero, ello es, que dicho señor pasó a Chile para negociar el traslado de su litografía a aquella nación. Allí fué recibido afectuosamente por el ministro Portales, celebrando con él un contrato por el cual el gobierno chileno le autorizaba para establecerse en Santiago. El ministro al saber la situación en que habían quedado los unitarios al subir al poder los federales encargó al señor Bacle tratase de que emigraran a Chile todos aquellos argentinos que juzgase, que por sus luces, podrían contribuir al engrandecimiento de su patria, y especialmente le encareció invitara a don Bernardino Rivadavia a dirigirse a aquel país.

Llegó Bacle a Buenos Aires e hizo las gestiones que le encomendara el ministro Portales, pero no pudo verse con Rivadavia por haber emigrado éste al Brasil. Entonces le escribió una carta avisándole que se le llamaba de Chile, y que allí, dados sus grandes méritos era seguro que hallaría una excelente acogida.

Esta carta cayó en poder de Rosas, pues el encargado de hacerla llegar a su destino, un tal Calixto Vera, la puso en manos del dictador.

Y como en dicho documento se expresaba Bacle con demasiada vehemencia de don Bernardino, esto bastó para que el 2 de marzo de 1837 fuera tomado preso, y sobre la marcha se le pusiera una barra de grillos. A deshoras de la noche se le sacó de la cárcel, y en una carretilla, se le trasladó al Cuartel del Retiro donde se le puso incomunicado en un calabozo, notificándosele que se dispusiera a morir dentro de seis días.

Rosas creía ver en la carta secuestrada a Bacle el propósito de malquistarlo con el gobierno chileno.

Bacle se hallaba dispuesto a bien morir, pero se enteró del amargo trance en que se hallaba su compatriota, el cónsul francés, señor Aime Roger e interpuso una reclamación a su favor, la que apoyó el ministro inglés Mandeville.

Ante una petición semejante, Rosas se vió obligado a suspender la ejecución, pero no le puso en libertad deseoso de hacer confesar al preso los propósitos de los unitarios al emigrar a Chile. Parece que se quería lograr una declaración de Bacle para justificar ante los representantes extranjeros su detención, pero éste siempre declaró que era inocente.

De resultas de la situación a que estaba sometido Bacle se enfermó y pidió ser pasado al hospital, pero se le negó el pedido por creer que era un pretexto para eludir el fallo de la justicia.

Mientras tanto las reclamaciones del cónsul francés no cejaban, y como se le comunicase a Rosas que Bacle podía morir en un calabozo, éste autorizó para que pasara a curarse a su casa, pero con la condición de seguir en ella "preso e incomunicado".

Al salir de la cárcel Bacle no era más que un esqueleto, y el hecho de permitírsele que egresara a su casa, no fué sino para prolongar su agonía, pues falleció el 4 de enero de 1838.

La familia de Bacle temiendo ser perseguida pidió sus pasaportes para trasladarse a Francia, pero se le negaron. Entonces huyó disfrazada para alcanzar un barco francés, y Rosas calculando que ello podía crearle una situación delicada envió a la familia de Bacle los pasaportes a bordo.

Este asunto de Bacle trajo funestas consecuencias para la Argentina, pues él dió pretexto a los franceses para el inicuo bloqueo.

Más tarde, en virtud del tratado Mackau, Rosas tuvo que abonar a la familia de don César Hipólito Bacle como indemnización la cantidad de veinte mil pesos fuertes. Así lo disponía el artículo 1.º del tratado, en sus cláusulas secretas, el que fué firmado en Buenos Aires entre el señor ministro Felipe Arana y el cónsul francés, señor Aime Roger, y ratificado por el propio Rosas.

Goyo CUELLO.

Una revelación sobre la muerte de lord Kitchener

El "Hampshire" fué torpedeado

El misterio que rodea la muerte de lord Kitchener no ha podido aun ser aclarado. Es sabido que el generalísimo inglés acababa de embarcar a bordo del ''Hampshire'', con rumbo a Rusia, cuando el crucero se hundió en el Mar del Norte, a la altura de las islas Shetland, sin que haya podido averiguarse hasta ahora si fué torpedeado o si tropezó con una mina.

Pero un marinero alemán, llamado Heinz Hielmann, en curación actualmente en el hospital de Samte-Agnés, de Filadelfia, ha declarado ahora que formaba parte de la tripulación del submarino alemán ''U.-22'', que, según asegura, torpedeó al ''Hampshire'' en 1916.

Según la declaración que ha prestado, el comandante del submarino, cuyo nombre oculta por temor a represalias, recibió un día de su base naval un radiograma comunicándole que espías alemanes habían participado desde Londres que lord Kitchener iba a embarcar a bordo del ''Hampshire''. Se le daba la orden de alcanzar y hundir al crucero inglés. ''Sin cuartel'', ésta era la consigna.

Hielmann declara que el capitán del ''U-22'' descubrió al navío británico a las seis de la mañana, ''en el Báltico'', un día cuya fecha no recuerda. El submarino lanzó su torpedo, y sumergiéndose a gran profundidad no salió a la superficie hasta una distancia de varias millas.

El marinero está completamente seguro de que se trataba del ''Hampshire''. En efecto: su capitán telegrafió en seguida a su base diciendo que había ejecutado las órdenes recibidas, y se le contestó felicitándole a él y a toda la tripulación por aquel ''buen trabajo''.

El periódico norteamericano ''Chicago Tribune'', que inserta el anterior relato del marinero alemán, hace observar con razón lo extraño que es que Hielmann coloque en el Báltico un torpedeamiento que es sabido ocurrió seguramente a la altura de las islas Shetland, es decir, en el Mar del Norte. Quizá haya alguna confusión, y además no pueden exigirse a un mecánico de submarino grandes exactitudes geográficas.

Hielmann añade que el ''U-22'' se aventuró también en el Támesis, que remontó, sumergido, unas 25 o 30 millas. Pero de repente se aparecieron a sus tripulantes los cascos de otros varios submarinos alemanes presos en las redes metálicas tendidas por los ingleses.

La contemplación de estos restos, llenos de cadáveres, inspiró tal horror a sus camaradas, que no se atrevieron a aventurarse más lejos y salieron en seguida a alta mar.

El marinero añade que, al regresar a su base de Heligoland, encontró a las tripulaciones de los submarinos aterrorizadas. De los submarinos que salían eran pocos los que regresaban al puerto, y esto sembró el espanto entre la marinería.

—Entonces fué—dice—cuando deserté en compañía de numerosos compañeros.

EL ATENTADO CONTRA BLANSCHILDT

por

J. H. ROSNY

—A los diez y ocho—nos decía el señor Calvayre, — era un individuo místico, que podía ser peligroso. Mejor dicho, llegué a serlo.

Era místico, revolucionario, único misticismo posible en la Francia de 1896. Uno de nuestros camaradas había fundado un grupo, cuyos afiliados querían sanear la sociedad y proclamaban que haciendo desaparecer a unos cuantos ministros, a un presidente de República, a cinco o seis multimillonarios y a tres o cuatro generales, podría empezar la era de la justicia social.

Era muy sensible a la elocuencia y demasiado inclinado, teóricamente, al martirio... Llegó un momento en que resolví sacrificar mi libertad, y acaso mi vida, para apresurar la revolución.

Hice una lista de los principales directores de la política, de la banca, del comercio y de la industria. Sin saber por qué, elegí a Blanschildt, uno de los más opulentos propietarios.

La dificultad estaba en llegar hasta él. Se decía que le guardaba un verdadero ejército de criados de estatura gigantesca, verdaderos colosos. Imposible llegar a su lado sin estar provisto de una carta de recomendación y sin haber pasado previamente ante la mirada perspicaz de dos o tres detectives.

¿Qué hacer? La cosa me pareció tan complicada, que estuve a punto de substituir a Blanschildt por el general Mourland o por el famoso industrial Schumacher...

Al fin tuve una idea. En una carta, en la que decía ser sobrino de Bellani, gobernador de Madagascar, solicité una entrevista, alegando un vago pretexto. En el fondo confiaba en que Blanschildt respondiera evasivamente; pero al día siguiente recibí la respuesta, citándome para el miércoles siguiente, a las once, en el despacho del gran plutócrata.

A las once menos cinco aguardaba en la antesala, después de entregar mi carta de audiencia a un criado de descomunal estatura. Iba provisto de todo lo necesario para perpetrar el atentado. Llevaba un revólver cargado con cinco cápsulas; un arma insignificante que podría valer sus quince francos, pero que bastaba para alojar unas balas en un cráneo o en un vientre.

Mi víctima no estaba mal de vientre. Había dormido muy poco. No estaba muy persuadido de que la muerte de Blanschildt adelantara el momento de la regeneración y el martirio, que parecía mucho menos glorioso que cuando pensaba en él hipotéticamente; pero había prometido a mis camaradas, con la imprudencia de la juventud, que no tardarían en oír hablar de mí.

Mientras pasaban por mi mente las ideas más dispares, Blanschildt me hizo saber que me había llegado el turno, y me encontré en el antro del monstruo.

El monstruo era un viejecito de mirada melancólica y sutil.

Tenía preparado mi plan; pero al verme frente a mi víctima, perdí la cabeza y dije con voz desfallecida:

—Ha llegado su última hora.

Y saqué el revólver.

—¡Por Dios, con eso no! — dijo Blanschildt—. Tome usted esta pistola y, sobre todo, no tiemble. Apoye usted el arma sobre mi sien.

Al mismo tiempo me ofrecía un hermoso revólver niquelado.

—Ande, ande; yo ya he vivido bastante, y prefiero acabar de una vez.

Temblando, dejé caer el arma y no tuve fuerzas para coger la que se me ofrecía. Además, ya estaba convencido de que la muerte de Blanschildt ejercería sobre el curso de la vida la misma influencia que si matase una gallina o un conejo.

—Vamos — suspiró el multimillonario—hoy no es mi hora. Tendré paciencia.

Guardó su revólver en un armario y me entregó el mío diciendo:

—Toma, hijo mío. No tengas cuidado. Nadie sabrá una palabra.

Salí de allí avergonzado, y no volví a ver a mis correligionarios.

La sociedad no ha sido mala conmigo. Mis versos y mis artículos me han dado para vivir desahogadamente, y reuní una fortuna. Es cuanto se necesita para hacer, sin demasiado dolor, nuestra melancólica peregrinación terrestre.

TREINTA AÑOS

Como un casquete antiguo de obscuro terciopelo
en luces carcomido por la polilla astral,
cubre nuestra tristeza la eternidad del cielo,
distinto en cada noche y en cada noche igual.

En acrobacia lírica, nuestro ensueño, ya viejo,
ensaya sus piruetas, mientras la soledad,
con la honradez segura y clara de un espejo,
nos da la imagen cierta de nuestra realidad.

Angustia de sabernos frente a nosotros mismos...
¡Pasó la edad dichosa de absurdos narcisismos
cuando era chico el mundo para nuestra ambición!

Hoy la vida es mezquina y la muerte oportuna,
y hasta la luminosa redondez de la luna
nos parece una pompa de jabón.

LLUEVE

Borra los contornos de la lejanía
la ceniza leve de la lluvia. El río
va refunfuñando su filosofía
de húmedo viajero por el sembradío.

Llueve... Y en la trémula agua perezosa
su traje de polvo lavan los caminos.
Y las gotas cantan con su voz gangosa
en la resonante copa de los pinos.

Bajo la caricia de la lluvia lenta
crece la pereza y el sopor aumenta,
todo el campo en honda laxitud descansa.

Mientras acribillan, obstinadamente,
el cristal redondo de la vieja fuente
las agujas finas de la lluvia mansa.

Eduardo Dualde

El número 7

por G. ZAMPONI.

¡7 es un número fatal!

Son siete las notas musicales; siete los vicios capitales, siete las maravillas del mundo, siete los días de la semana, siete las zonas imaginables en los cielos de los astrónomos, siete las estrellas de la Osa Mayor; siete fueron los dolores de María Virgen, siete son los sacramentos de la Iglesia, siete las horas canónicas, siete las provincias que forman a Sicilia. [illegible] fases de la luna se suceden cada [illegible]te días; siete son los meses que tienen 31 días.

Siete fueron los primeros reyes de Roma, siete los sabios de Grecia, siete los hermanos mártires macabeos que fueron echados a hervir por el feroz Antioco Epifano, siete las trompetas sonadas por los levitas de Josué, que tuvieron el prodigio de derribar las murallas de Jericó sitiada siete veces; siete los años que se tardaron para construir el espléndido templo a Dios, de orden de Salomón; siete los altares erigidos a Dios y que servían para ofrecerle en holocausto siete ovejas y siete carneros ordenados por Balam, falso profeta; siete los primeros diáconos consagrados por los apóstoles, siete las tentaciones de San Antonio, siete los estados de que se componía el actual reino de Italia antes de su independencia; siete las cabezas de la hidra hernea matada por Hércules.

Faraón tuvo el sueño de las siete vacas gordas y la misma cantidad de flacas, de las siete espigas llenas y otras secas y que José profetizó que serían siete años de abundancia y siete de carestía. Moisés ordenó que sus leyes fueran leídas a su pueblo cada siete años.

El candelero del Tabernáculo tenía siete brazos y, por tanto, siete lámparas con siete llamas. Jesucristo con siete panes quitó el hambre a más de 4.000 personas, y de los que sobraron llenó siete cestos. El dios de los indios, Visnú, se dice que encarnó [illegible] ve[illegible]. En el siglo XVI los [illegible] con[illegible]aron su libertad e instit[illegible]ron la república de las siete provincias unidas. Entre Austria y Prusia hubo la guerra de los siete años. Cola de Rienzo fué dictador de Roma siete meses; Virgilio, para componer las Geórgicas, empleó siete años.

Bajo Servio Tulio, Roma fué erigida en Ciudad de las Siete Colinas. Siete fueron los días de la Universal creación. El Nilo tiene siete deltas. Se asegura que Stigo daba siete vueltas alrededor del infierno. El arco iris tiene siete colores.

Un "canillita" ministro

Mister Stewart, que comenzó su vida de trabajo vendiendo desde muchacho periódicos en las gradas del Parlamento, acaba de ser nombrado ministro de Obras Públicas y Ferrocarriles del gobierno australiano.

Pipa lujosa

La pipa que usa el ex emperador Guillermo de Alemania, es una joya. Es toda de plata, espuma de mar y cerezo de Turquía. Ostenta como adorno una W (inicial de Wilhem-Guillermo), de oro.

EL PRIMER DUELO AÉREO

Cómo resolvieron una querella amorosa dos aviadores alemanes

En la ciudad de Neuminden, en Wurttenberg, se encontraba estacionado un destacamento de aviadores la mayor parte de los cuales había prestado servicios en diversas escuadrillas de ataque o de bombardeo, durante la guerra pasada.

Acudía frecuentemente al campo de aviación para visitar a unos parientes que vivían en una de las dependencias una linda alemanita llamada Grete, y de paso se entrevistaba con el teniente Teodoro Hartmann, con quien estaba comprometida en matrimonio.

Los dos novios comían una noche en el Hotel Hurzmann y en una mesa cercana tomaron asiento varios oficiales compañeros de Hartmann. Uno de ellos no cesaba de lanzar atrevidas miradas a Grete, con quien se había encontrado la noche antes en un baile dado por los oficiales. Aquella noche la joven por coquetear, había aparentado aceptar los homenajes de von Fels, que así se llamaba el oficial en cuestión.

Al notar las miradas, Grete comenzó a sentir miedo. Era natural que Hartmann se manifestase indignado si notaba la asiduidad de von Fels, y posiblemente seguiría a ello un duelo en el que su prometido llevaría la peor parte ya que el otro era sumamente diestro en el manejo de todas las armas.

De pronto uno de los oficiales que se hallaba en el mismo comedor, gritó en tono de broma:

—Von Fels, ¿crees acaso que Hartmann es ciego?

Eso llamó la atención de todo el mundo y por más que Grete trató de distraer a su prometido, le fué imposible impedir que se trabase una rápida discusión que terminó con una bofetada que dió Hartmann a Fels. Inmediatamente se concertó un duelo, nombrándose al efecto los padrinos.

Grete había permanecido inmovilizada por el terror, pero poco a poco fué recobrando el dominio de sí misma y trató de hallar un medio para que su novio no fuese una víctima indefensa en manos de su adversario. De repente surgió ante ella la idea del duelo aéreo. Se levantó y se dirigió, aparentando gran tranquilidad, a la mesa de von Fels.

—Teniente—exclamó.—Creo que puedo influir en algo en este duelo, ya que por mí ha sido originado. ¿Por qué no abandonar los antiguos métodos de combate? Ustedes dos son aviadores: ¿por qué no batirse en los aires?

Von Fels, titubeó, admirado de la proposición.

—Creí que usted era un "as",—insistió ella en tono de mofa.

Sintiéndose herido en su amor propio, von Fels gritó aceptando la idea; y aún después, cuando algunos de los compañeros quisieron intervenir para evitar lo que consideraban como algo inaudito, fué él, el más empeñado en que se efectuase el novísimo duelo, afirmando que los aviadores debían combatir en su elemento, que es el aire.

Los padrinos se encontraron con que no había ninguna regla para un duelo semejante y tuvieron que emplear la noche estableciendo la reglamentación. Al fin quedaron de acuerdo en los siguientes artículos.

Los duelistas se elevarían simultáneamente hasta la altura de 5.000 pies, manejando aparatos iguales, para seguir luego su vuelo lo más cerca que les fuese posible el uno del otro. Continuarían así durante quince minutos, separándose en seguida para describir cada uno un ángulo recto hasta que juzgaran que se hallaban a dos millas de distancia. Seguirían entonces volando hacia el punto de partida, a la misma altura y separados.

Entretanto los padrinos irían en un avión de pasajeros, al encuentro de los duelistas. Cuando el director del duelo hiciese la señal con una bomba de humo, los combatientes se atacarían disparando su ametralladora cuando juzgasen oportuno. Los aviadores no podían subir ni bajar, sino mantener su altura. En caso de que ninguno de los dos cayera, girarían hacia la derecha volviendo a sus anteriores posiciones hasta que se disparase una segunda bomba. La maniobra se repetiría hasta que se llegara a un desenlace.

El solo hecho de caer uno de los aparatos se consideraría como decisión, sea que el aviador en descenso estuviese muerto, o no.

—

A los 5.000 pies, Hartmann, divisó a von Fels y comenzaron a volar a corta distancia. Al cabo del tiempo establecido, los combatientes se separaron siguiendo todas las demás reglas fijadas.

Desde el momento en que vieron el aeroplano en que iban los padrinos no se preocuparon más que de observar cuando se disparaba la bomba de señal. Al ocurrir esto, ambos aviadores se dirigieron a toda velocidad uno contra el otro, pareciendo que iban a chocar. Funcionaron las ametralladoras, pero sin resultado. Como ninguno cayera volvieron a su posición anterior.

Lanzada la segunda bomba, de nuevo volvieron a disparar las ametralladoras. Esta vez fué fatal el encuentro para von Fels y Hartmann casi pierde el control de su aparato al ver a su contrario caer para estrellarse contra el suelo.

Descendió también él pareciéndole ser un hombre arrancado a los brazos de la muerte.

Pero su amor hacia Grete se había desvanecido.

Monos, peritos monetarios

A José S. Salinas.

En Siam se utilizan mucho los monos para reconocer la moneda buena y desechar la falsa.

Los siameses han sido siempre muy aficionados a tener monos amaestrados, y por su íntima asociación con los seres humanos han adquirido gran inteligencia y se han acostumbrado a hacer cosas maravillosas; pero la más interesante de todas es su pericia para distinguir la moneda falsa de la buena.

En casi todos los comercios hay un mono en el mostrador que recoge las monedas y las prueba con los dientes. Si son buenas, las echa en el cajón y si son malas las arroja al suelo haciendo gestos y ruidos para demostrar su ira.

Estos monos no se equivocan jamás. Por muy bien imitada que esté la moneda, no la dejan pasar. Lo curioso es que ningún blanco ha logrado descubrir cómo enseñan este arte a los monos, pues los comerciantes indígenas se niegan a revelar el secreto.

Diógenes TABORDA.

SILUETAS HISPANO-AMERICANAS

Ricardo Jaime Freyre

POR

VERA ZOUROFF

El Woolworth, con sus cincuenta y nueve pisos y su torre que parece romper el cielo, presenta su arquitectura americana con pretensiones de goticismo y nos dice con la elocuencia muda de los monumentos, la grandeza de este pueblo [1].

Y era allí, donde debía ir a buscarle, como quien dice, a las nubes, pues sólo en las alturas habitan esos creadores de belleza que se llaman "poetas".

Pero ¡quia! ¿cómo pensar en la poesía, en esta ciudad donde el rechinar de hierros que perforan la tierra y atraviesan en el espacio, es un grito perpetuo del materialismo que palpita en todos los átomos, como si fuera el alma de sus habitantes?

No; no era en las alas de mi fantasía, como yo iba a subir hasta el poeta, sino en un prosaico aparato mecánico, un elevador manejado por una motorista feísima y apretujada entre las gentes, que en el ajetreo bursátil de "down-town", viven en perpetuo "para arriba y para abajo".

Piso 41; mirando hacia abajo, la calle parece un panorama liliputiense; allá el soberbio puente de Brooklyn y la colosal estatua de la Libertad, se ven como juguetes.

Pero alejémonos de la ventana y llamemos discretamente a esa puerta cuyo cristal esmerilado, ostenta en colores el escudo de Bolivia.

El hombre que está frente a mí, sentado ante una mesa de trabajo, llena de cartas aún no abiertas, revela en su fisonomía al pensador y al sensitivo; su frente tiene la palidez lirial que deja el beso del insomnio cuando es fecundo en creaciones imaginativas y condensa la energía vital en el cerebro despierto; es una frente amplia, ligeramente combada, como el frontis de un extraño palacio dentro del cual los genios del arte celebraran un festival de armonías; frente serena, con esa serenidad que se advierte en los mármoles de Fidias, da la impresión de una conciencia recta, ante cuyo severo tribunal, no hallaría clemencia una mentira. Sus pupilas brillan con el fulgor de la luz interior; fulguración que él esquiva tras una cortés reserva, ante la incomprensión del conglomerado humano, pero que irradia plena, apenas su espíritu presiente el roce de una simpatía.

Siendo exquisitamente amable, parece frío y cierra cuidadosamente el santuario de su personalidad espiritual.

Evitando aludir a sí mismo, habla de sus viajes y de las impresiones recogidas al través de sus correrías por el mundo. No ha sido el viajero que mira el paisaje indiferente, ni un curioso visitador de museos, teatros y hoteles de lujo, no, él ha sentido las palpitaciones del alma de esos pueblos, estudiando sus costumbres, su psicología, con ese amor de las almas sensitivas al contacto de otras almas; ha penetrado al corazón de las masas y pulsado sus vibraciones. Así ha podido decir de la grande y destrozada Rusia:

> Enorme y santa Rusia, de tu dolor sagrado,
> como de un nuevo Gólgota fe y esperanza llueve,
> la hoguera que consume los restos del pasado,
> saldrá de las entrañas del país de la nieve.
> El pueblo, con la planta del déspota en la nuca,
> muerde la tierra eslava con sus rabiosos dientes
> y tíñese entre tanto la sociedad caduca,
> con el sangriento rojo de todos los ponientes.

Y luego, inclinándose ante la tumba de Tolstoi, exclama:

> Maestro, ya tu espíritu se hundió en el mar sereno,
> en el mar infinito de luz y sombras lleno
> que en sus divinos éxtasis tu genio vislumbró
> y en la noche solemne del inviolado arcano,
> el temblor luminoso de tu mirada entró.
> No cantarán tus loores las lenguas cortesanas,
> ni clamarán al espacio la voz de las campanas,
> ni las armadas hordas tu sueño turbarán.
> Fuiste el último rayo del Sol de Galilea;
> si no para tu cuerpo, verás para tu idea,
> una cruz como Pedro o un hacha como Juan.

Pero lo que más hondamente ha impresionado su alma de hispano-americano, ha sido España, la Madre Patria, donde bajo un cielo de cobalto y oro, sobre campos esmaltados de verdor, arrulladas por el canto estruendoso de tres mares, palpitan vivas nuestras caballerescas tradiciones. Allí se inspiró su hermoso canto "Los antepasados", una de las mejores poesías de su libro "Los sueños son vida".

Ya que no de sí mismo, siquiera (al fin), consigo que el poeta hable de su labor literaria. Dos libros de versos en un mismo volumen, el antes citado y "Castalia Bárbara"; algunos libros de índole histórica, una novela de asunto griego; un drama que le ha sido pedido con insistencia por Don Fernando Díaz de Mendoza, solicitud a que el autor no ha accedido, en la imposibilidad material de dirigir personalmente la presentación de la obra. ¡Oh! Los impedimentos inevitables que las exigencias de la vida atraviesan en el sendero de los que sólo quisieran vivir para el arte. Catedrático, periodista, político gobernante, diplomático, todas estas actividades han mantenido al poeta atado a las realidades, durante largos lapsos de tiempo, pero las alas de su fantasía están siempre prontas, plenas de vitalidad, para tender el vuelo, por el espacio sin fin de las visiones artísticas.

Como todo espíritu vibrante, es inquieto, buscando la belleza en todas sus fuentes. Así se apasiona por el estudio de la historia de la literatura y la psicología; el primero, le atesora la erudición que es la base de toda producción; la segunda, moldea y da forma a su inspiración; la última, pone en sus manos la llave de oro que le permite urgar en las reconditeces del alma humana, esos libros inéditos, manuscritos, muchas veces ilegibles, en cuyas páginas palpitantes, la mano de la vida ha ido escribiendo el poema insuperable del amor y del dolor.

¿Qué se hizo el diplomático frío y reservado? Se ha ido lejos llevándose consigo su reserva y al calor de la comprensión, ha surgido el poeta, el soñador, el visionario del arte y cogiendo de sobre la mesa un pequeño libro, nos regala con la lectura exquisita de sus versos. Son livianos, como ala de ave; se desgranan armoniosos, como las notas del piano bajo la mano del virtuoso; su Musa no es una, son muchas, son todas y le musitan al oído, el madrigal sentimental; el verso místico, como llaga de Cristo; la estrofa que canta la gloria legendaria de la raza; la rima amorosa, que se desliza sensual como caricia de labios sobre seno de raso...

¿El tiempo ha suspendido su implacable tic-tac, o va sin ruido a dormirse en la eternidad? No miremos la esfera del reloj y mientras allá abajo la ciudad continúa su crepitar de hierros, allá arriba, muy arriba, en la quietud de la habitación poblada de imágenes intangibles

> "Desfallece,
> como un crepúsculo,
> el eco de las palabras".

---

(1) Woolworth, el millonario que hizo construir ese edificio (el más alto del mundo), principió su fortuna vendiendo baratijas a cinco y diez centavos.

(Continuación)

FLORENCIA, por el Conde de GOBINEAU

(Traducción de SARA FABREGAT).

Savonarola (al oído del Rey).—Estad en guardia, Rey, las bandas celestes de los ángeles descienden de lo alto contra vos!

El Rey (a Capponi).—¿Mantenéis vuestras condiciones?

Capponi.—Dentro de un instante, el dinero va a seros contado.

El Rey (a su alrededor).— ¡A caballo señores! ¡Nuestro amor por Florencia nos distrae de nuestras ocupaciones! Esta noche misma estaremos en camino de Nápoles. Señor de Piennes, mandaréis la vanguardia y los exploradores deben partir inmediatamente.

Los florentinos.—¡Viva el Rey!

Una de las puertas de la villa.—Llena de gente.

Un burgués.—No se ve más que la cola de sus rezagados. ¡Están lejos esos malditos franceses! ¡Qué el diablo los guarde! ¡Si no es el Hermano Jerónimo que nos libra, quién es capaz?

Un sastre.—Le ha hablado al Rey crudamente y le ha dicho su conducta.

Un cerrajero.—Se lo ha dicho como yo digo: buen día, y el pobre hombre tuvo su miedo.

Un albañil.—¡El Hermano Jerónimo es el profeta de Dios!

La multitud.—¡Si alguno lo duda a ese hay que despanzurrarlo! ¡Azotemos, azotemos lo ruín de la iniquidad! ¡Viva Jerónimo! ¡Viva el profeta de Dios!

Cerca de la frontera veneciana.—Un campo de seis mil aventureros italianos.—Vasta campiña, fértil, cubierta de árboles, viñas, cosechas; en el horizonte del lugar; un río corre en el centro del paisaje y las tiendas de campaña militares están formadas sobre los bordes. En el declive del ribazo, una barraca de tablas, cubierta de festones verdes, donde venden bebidas. Los ayudantes de campaña pasan llevando sus caballos a beber; hombres de armas; arqueros, arcabuceros, ballesteros, piqueros, paisanos, paisanas, rameras, mendigos; unos pasean, otros querellan; muchos están sentados delante del cabaret, hablan, ríen, juegan a los dados y a los naipes.

Un hombre de armas. — ¡Viva el amor! Abandono la compañía de Alcandro del Tiaro y me comprometo con el Scariotto. Al diablo mi primer capitán. ¡El roñoso! ¡Se muere de hambre en su casa!

Un arquero.—¡Yo le conozco! ¡Lo he servido! ¡Ese zopenco no tiene para los soldados más que malas palabras!

Un corneta.—Es verdad. ¡Habladme de Bautista di Valmontone! ¡He ahí mi bravo condotiero!

Un paisano (con el gorro en la mano).—Distinguidos señores, yo soy un pobre hombre.

Un piquero.—Tú harías mejor de ser rico y de tener buenos ducados para probar fortuna a los dados.

El paisano.—Escusadme, muy excelente señor piquero, os lo juro por la Madona y el Santo Niño! Soy un pobre hombre, reducido a todo lo que hay de más lamentable en la miseria, y acabo de perder mi última vaca que dos respetables de caballería ligera me han quitado.

Un tambor.—Conozco esta figura. Se pasea en todos los acantonamientos de tropas, habiendo perdido su última vaca; esa es su profesión.

El hombre de armas.—¡Cuánto ganas así, buen año, mal año?

(El paisano se aleja, poniéndose el gorro en la cabeza.)

Un arquero.—Dicen que el soldado roba al habitante; pero yo os digo que a fin de cuentas, con sus albergues y sus mercaderías averiadas, sus casas de juego y mujeres, sus quejas y sus eternas reclamaciones, son los habitantes los que despojan al pobre soldado de su última camisa y lo hacen morir sobre la paja.

Un corneta.—¡Tienes razón! ¿Pero quién es ese que llega, todo terciopelo, seda y galones, la pluma en el gorro, la nariz al aire, la mano en la cadera y encorvado como un arco? ¡Gran Dios! ¡Qué fanfarrón! ¡Y eso que no tiene más que tres pelos rubios bajo la nariz, y a penas diez y ocho años!

El recién llegado.—Señores soldados, os saludo y ardo por hacer vuestro conocimiento.

El hombre de armas.—Nosotros haremos gustosos el vuestro cuando nos digáis de donde salís.

El recién llegado.—Yo no me oculto. Soy un Ordelaffe de Forli, primo del señor Antonio y, por lo tanto, gentilhombre, lo que la mayoría de vosotros no sois. Amante de la gloria y lleno de la más noble ambición, vengo a enrolarme en las banderas de mi pariente y demando vuestra amistad a cambio de la mía.

El arquero.—Si tuviera sobre mis espaldas tan bello traje, me haría negociante o sacerdote; pero, ciertamente, no iría de buen corazón, a desposarme con la alabarda, el hambre, la sed, el frío, el calor y las noches en blanco.

El recién llegado.—Mi buen amigo, habréis nacido sin duda de algún pobre, y la bajeza de vuestras inclinariones es muy natural. Pero yo, me reconozco de la raza de los halcones; ansío el aire libre, el tumulto, los gritos; ni la lluvia, ni el rayo me causan miedo, y si los Sforza y tantos otros han llegado a príncipes, no veo porque no llegaré yo a otro tanto.

El piquero.—¡Cáscaras! ¡Qué atrevido! ¿Tienes en tu bolsillo un doblón, un zequí?... ¿la menor cosa? Hagamos una vuelta de prima y te envío en seguida con don Agustín de Campo-Fregoso, que vale más que tu primo.

El recién llegado. — ¡Te chanceas, viejo bromista! Tengo en mi bolsillo cincuenta florines de Alemania. ¿En tres jugadas, quieres?

El corneta.—¡Decididamente es un bravo! ¡Las cartas, las cartas!

Una señorita (a su acompañante).—Van a desplumarlo. Es igual. No perdamos de vista a esta paloma. Nosotros le ayudaremos mañana a comer el precio de su enganchamiento.

La acompañante.—Estad en guardia con él. Tiene el ojo malo y la mano lista. Su cuchillo no debe estar muy fuerte en la vaina.

En los límites del campo, en medio de un bello jardín lleno de flores y plantado de cipreses, un pequeño palacio construído en el estilo más reciente, con adornos esculpidos, arcadas, columnas apareadas, estatuas, el techo liso y una logia sostenida por figuras de sátiros en tierra cocida.—Una elegantemente pintada y amueblada, bahuts incrustados con marfil y nácar, armarios de ébano esculpidos con figulinas, espejos de Venecia, grandes sofaes.—Cerca de una de las ventanas y dado vuelta del lado que recibe mejor la luz, un cuadro colocado sobre un caballete.—El señor Deiphobe de l'Anguillara, capitán general de los aventureros; el capitán don Segismundo de Brandolino; el poeta napolitano Cariteo.

Anguillara.—Veamos, señor Cariteo, vos que sois un gran exquisito, un gran virtuoso en cosas de arte, ¿cómo encontráis este cuadro?

Cariteo.—¿Es de Barbarelli, si no me equivoco?

Anguillara. — ¡Bien adivinado! Es del Giorgione y de los mejores, por mi alma!... ¡Pero no quiero influenciaros!... ¡Hablad libremente!

Cariteo.—¡He ahí una pintura magnífica!

Anguillara.—Estoy muy contento de que penséis así. Este tesoro me acaba de llegar, recién lo han desembalado.

Cariteo. — ¡Maravilloso! ¡Maravilloso, os digo! ¡No se podría llevar más adelante el prestigio del color! ¡Además hay como un delicioso reflejo a la manera de Vinci! ¡Después, en el fondo, qué originalidad! ¡Qué franqueza! ¡Qué fuego! Este Giorgione es una de las glorias del siglo.

Capitán Brandolino.—Con todo, yo prefiero los pintores de Florencia a los venecianos; su dibujo es infinitamente más severo y su toque tiene algo de varonil que me encanta.

Cariteo.—¡Creedme, el Giorgione y Bellini son seres divinos!... ¿Me es permitido decir aquí que el señor Deiphobe no ha querido que el artista fue-

La ballena modelo de madres

Nadie sospecharía que los informes cetáceos pudieran dar al hombre lecciones de amor maternal, y sin embargo, ello es un hecho, como lo prueba el siguiente caso referido por el observador Goldsmith:

Una ballena y su ballenato entraron, durante la alta marca, en un brazo de mar, donde, sorprendidos por el reflujo, se encontraron como aprisionados, sin poder volver a alta mar.

Al percatarse de la situación en que se encontraban los cetáceos, unos marineros aprestaron sus chalupas y sus arpones y se dispusieron al ataque. Pronto el mar se enrojeció con la sangre de los pobres animales, que, heridos por los arpones, hicieron desesperados esfuerzos para escapar.

La ballena madre, por fin, pudo llega a la salida del estrecho, y sumergiéndose en el agua ganó el mar libre. Pero, entonces, viendo que su hijo no la había seguido, no vaciló en retroceder para salvarlo o participar de su suerte. Entrando, pues, de nuevo en el brazo de mar donde antes estuvo encajonada, ella y el ballenato recibieron más heridas.

Pero, entretanto, subió la marca y la abnegación maternal tuvo su recompensa. Con más amplio espacio para moverse y defenderse, aunque debilitadas por la pérdida de sangre, los dos cetáceos pudieron escapar, llevándose la madre por delante a su pequeño, y sus verdugos los perdieron de vista.

ra a contemplar en el cielo la belleza incomparable de esta Juno?... El se la ha mostrado sobre la tierra.

Anguillara (sonriendo).—Sois un indiscreto y las damas no perdonan ese crimen... ¿Seriamente, la habéis reconocido?

Cariteo.—Sí, sin duda, bien que el genio del pintor ha quedado por debajo de las perfecciones inconcebibles del modelo.

Anguillara.—Sin duda, el modelo no está mal.

Capitán Brandolino.—El señor Deiphobe es feliz en todas las cosas.

Capitán Bartolomé Falciera (en el quicio de la puerta).—¿Puedo hablar a Monseñor?

Anguillara. — ¿Qué deseáis? Estoy ocupado. Entrad, sin embargo... ¿Qué hay?

Falciera.—Por la acusación de los miserables aldeanos uno de mis mejores caballeros ha sido cogido por los prebostes y se dice que habéis ordenado prenderlo.

Anguillara.—Yo sé de que se trata. Vuestro caballero será ahorcado. Lo siento por vos; pero él será ahorcado.

Falciera.—Considerad, con todo, Monseñor, el perjuicio que me causáis. Desde hace cuatro años yo formo a ese hombre, le costeo todo; es un sujeto sólido y aguerrido en las armas, naturalmente, le he hecho adelantos, no me debe menos de quince ducados. ¡Voy a perderlos!

Anguillara.—Es muy desagradable, convengo; pero no consiento que se maltrate a los aldeanos, y el que lo hace será ahorcado. ¡Está reglamentado así y no desistiré! Vuestro imbécil va a achicharrar la pierna derecha de un aldeano y le promete hacer otro tanto con la izquierda si no le da el dinero. (Risas). ¡Es lo que hay de más absurdo en el mundo! Estamos en Alemania, en Francia o en Nápoles? Entonces eso sería muy diferente, yo podría cerrar los ojos, por consideración a vos, y además, eso no valdría la pena de enojarse. Pero que diablo, estamos en Italia, y si los aventureros tratan de ese modo a los labradores, seremos muy pronto víctimas del hambre y nos correrán detrás como bestias feroces. No me gustan esas malas prácticas; es preciso renunciar a ellas. Nosotros hacemos nuestro trabajo; hagámoslo tranquilamente y sin molestar a los otros que hacen el suyo. Vuestro hombre será ahorcado.

Falciera.—¡Ando con desgracia! En el último encuentro con los venecianos, uno de mis gendarmes cayó y ha muerto.

Anguillara.—¿Es que al enemigo se le permitirá matar, por casualidad?

Falciera.—¡Mi Dios, no! Los camaradas del otro partido nos han ayudado a levantar nuestro cadáver: eran gentes del capitán Hércules Bentivoglio. El pobre diablo tuvo de repente un golpe de apoplegía causado por el calor y el peso de la armadura.

Anguillara.—¡Qué le hemos de hacer! Pero consolaos, capitán Falciera. Es preciso de tiempo en tiempo soportar los golpes de la adversidad, y Séneca os lo dirá mejor que yo. Sentaos, mientras tanto, y tomad un vaso de vino de Frioul que no es malo!

Falciera (suspirando).—¡A vuestra salud, magnífico señor!

(Entra el señor Vincenzo Quirini, senador veneciano, ricamente vestido con un traje de brocato rojo con mangas verdes y amarillas; lleva cadena de oro al cuello, su birrete de terciopelo negro rodeado de un cordón de gruesas perlas; bella cara, muy obscura; cabellos negros cortados al rape, larga barba rizada, aros con rubíes en las orejas.)

Quirini (a Anguillara).—¡Qué alegría de veros! ¡Dios os guarde mi ilustre amigo! ¡Dejad que os abrace!

Anguillara (corriendo hacia él y apretándolo contra su corazón).—¡Qué! ¿Sois vos? ¡Ah! ¡Señor Vincenzo, qué felicidad!... ¡mi noble, mi ilustre compadre!

Quirini.—Saludo de todo corazón al señor Cariteo y los excelentísimos señores que apercibo; sin más palabras, la serenísima señoría me envía a parlamentar con vos. Desearíamos saber si aceptaríais nuestro sueldo.

Anguillara.—Mi obligación con los aragoneses termina dentro de un mes. ¿Cuánto me ofrecéis?

Quirini.—Doce mil ducados por mes, todo pagado.

Anguillara.—No arreglaremos nada a ese precio. Tengo catorce mil en este momento y recibo del señor Sforza y de los franceses las más bellas proposiciones. Don Francisco Sansèverino ha venido el mismo a traérmelos. Ved lo que os conviene. ¿Me queréis? pagad lo que es preciso. ¿No me queréis? yo iré a otra parte. Entre tanto, sentaos pues.

Quirini.—¡Dios! ¡Qué delicioso cuadro!... Juno abrazando a Júpiter!... ¡Admirable! ¡Del Giorgione, es claro! ¡El sólo es capaz de semejante obra de arte!... ¡Ah, pero atended, pues!... Me parece que es el retrato de la... Mil cumplimientos, señor Júpiter... Por mi fe, mi amigo, si venís con nosotros, por mi parte, estaré muy contento; pero ante todo vuestros intereses, eso no se necesita decir. Encontraremos siempre condotieros, menos célebres, sin duda, pero más complacientes.

Anguillara.—No tendréis al precio que queréis gastar ningún capitán de marca: ni el cardenal de Capone; ni el magnífico Gattamelata, ni el Colleoni, ni el Piccinino, ni dal Verme; solamente los mesnadieros de segundo orden. ¡Pero, a vuestro agrado! Entre tanto no olvidéis que la mercadería barata es la ruina del comprador. Yo tengo ya diez bombardas de hierro; acabo de comprar seis más que me las han enviado ayer. Dos son invención del pequeño Miguel Angel Buonarotti. Ellas lanzan piedras grandes como ocho veces vuestra cabeza, y van a golpear a casi cuatro cientos pasos! ¡Y no exagero nada!...

Brandolino.—Es perfectamente exacto, he visto los ensayos y he quedado aterrorizado.

Anguillara.—Algunas bandas no poseen artillerías comparables a las mías, pues yo no os hablo más que de bombardas; tengo fuerzas de culebrinas, cañones y serpentinas, servidas y maniobradas por los alemanes, que me cuestan, cada uno, diez y seis florines por mes, lo más genial; pero, dejemos esos detalles con los cuales no pretendo deslumbraros. Tengo dos mil hombres de armas perfectamente ejercitados y en completo equipaje; mil albaneses, admirables, y cuatro mil hombres infantes, la flor de la infantería. Me parece, que pidiendo diez y seis mil ducados, no soy injusto con nadie.

Quirini.—Sin duda... sin duda... y hasta se os daría sin titubear mucho, lo que deseáis, si las malas lenguas no os tacharan de no comprometer vuestras tropas, por temor de echarlas a perder.

Anguillara (vivamente). — Mi opinión, semejante a la de todos los hombres de guerra, es la de ganar las batallas y decidir las campañas maniobrando. No hay por qué destrozar gente sin necesidad. ¡Tal principio es claro como el cristal! ¡Qué tontería, qué brutalidad salvaje hacer degollar o herir a los pobres soldados por el placer de herir a tontas y a locas! Eso es bueno para los suizos, los franceses, los españoles... los bárbaros! ¡Nosotros, nosotros somos italianos!

Quirini.—Desgraciadamente, esos bárbaros, van a vuelta de brazo y con ese juego, van a terminar por tener la superioridad.

Anguillara.—Mientras yo viva, conduciré la guerra según las reglas.

Quirini.—Que pensáis de nuestra discusión, ilustrísimo señor poeta, que nos representáis siempre al dios Marte rabiando en medio de los batallones y sangrando.

Cariteo.—Cada tiempo tiene su moda, y los poetas imaginan, a menudo, lo que no conviene con la realidad.

Anguillara.—¡Bien respondido! Además, señor Vincenzo, interrogad vuestro Alviana, que parece casado con la Serenísima República, puesto que no sirve a ningún otro poder; él os dirá si le agrada sacrificar sus gentes sin razón. ¡Y con todo, ese es un bravo!

Quirini.—No le hemos rehusado ni el honor, ni el dinero; le hemos dado la villa y el territorio de Pordenone...

Anguillara.—El la ha hecho un paraíso. Por todas partes no se ven más que artistas, literatos, gentes de talento; su academia es célebre. Ponedme en estado de llevar una vida tan elegante y tan noble, y os serviré tan bien como él.

Quirini.—¿Os obligaríais a estar firme en las ocasiones necesarias, aun contra él?

Anguillara.—¡Franqueza completa!.. ¡Luchar contra otros condotieros, jamás! Sería bello, honesto, leal, causar pérdidas a un camarada que al día siguiente me sonsacaría mis tropas y con el cual yo no podría en lo sucesivo, encontrarme bajo las mismas banderas en nuevos alistamientos?... ¡Jamás, os digo!, pero contra los bárbaros que no dirigen nada, iría de corazón y vos no rehusaríais de indemnizar tanto por hombre muerto, tanto por hombre herido, tanto por caballo, teniendo también en cuenta los bagajes perdidos... ¿Esto os conviene?

Calcetines policromos

¿Qué mamá moderna se atrevería a poner a su hijo unos calcetines a rayas verdes, rojas, negras, amarillas y pardas?

Ninguna, seguramente, pues no tienen el mismo gusto que las mamás de los niños egipcios, que con tales prendas calzaban a los muchachos allá por el siglo III *de nuestra Era, como lo demuestran cuatro pares de calcetines con estos abigarrados colores, en muy buen estado encontrados en las ruinas de Antinoe.*

Otros descubrimientos prueban que los niños de aquella época no carecían de juguetes, pues se han encontrado multitud de muñecas, pelotas, cascabeles, látigos y hasta caballos de madera. Tampoco las personas mayores carecían de lujo, pues se han descubierto restos de ricas alfombras decoradas con dibujos diversos y franja roja. Según los entendidos en la materia, esta alfombra es la más antigua que se conoce.

Matías PINEDO OLIVER.

Quirini. — Empezamos a entendernos.

Anguillara.—Entonces podemos tratar; eso será si os parece, mañana de mañana; y por el momento, comed con nosotros.

Brandolino.—Os advierto que la Morella está aquí.

Quirini.—¿De veras?

Anguillara.—¡Bravo! ¡El fuego le sube a las mejillas!

Quirini.—Pero vuestro campo, querido amigo, vuestro campo es, a la vez, una Atenas y una Amatonte!

Brandolino.—Sin contar que tenemos tocadores de instrumentos del más raro mérito y ese danzarín incomparable Gian-Pagolo! A más el señor Cariteo y Serafín Aquilino, van a leernos sus últimas poesías.

Anguillara.—¡Vamos a la mesa!

Quirini.—¡Todavía una palabra, os lo ruego! ¿Si llegamos a entendernos en cuanto al compromiso y que os ponéis al servicio de la República, vuestras tropas no maltratarán mucho a los paisanos?

Anguillara.—Yo mantengo una firme disciplina, podéis delatármelo. Además, preguntad al señor capitán aquí presente, al señor Bartolomé Falciera, lo que él piensa. El lo experimenta en este momento.

Quirini.—Esto vale oro, nosotros tenemos mucho.

Anguillara.—¡Basta de negocios por hoy; no cuidemos más que de distraernos; vamos a comer!

La marca de los gitanos

En los siglos XVII y XVIII los gitanos vagabundos constituían en España una verdadera calamidad. No contentos con robar y engañar a los incautos, incendiaban y asesinaban siempre que les era posible, y a veces se les acusó de crímenes aún más horribles, como era el de curar al humo la carne de sus víctimas para devorarla en sus festines, de cuyo delito se confesaron autores unos gitanos presos hacia el año 1630 cerca de Trujillo.

Para acabar con todo esto, aquel modelo de reyes que se llamó Carlos III decretó en su Pragmática Sanción de 19 de septiembre de 1783 que se fraternizase en lo posible con los gitanos, admitiéndolos en la sociedad y abandonando el uso de las palabras injuriosas con que solía tildárseles; pero al mismo tiempo ordenó que todo aquel que fuese cogido vagando por los campos, aun con pretexto de pasar a las ferias y mercados, *fuera sellado en las espaldas con un hierro ardiente que llevase las armas de Castilla.* Los reincidentes eran condenados a muerte.

Desde entonces, los gitanos viven en España establecidos en las poblaciones, en vez de hacer la vida nómada que aún llevan en algunos países.

EL RELOJERO

por Claude MARSEY

(Un domingo por la mañana, en una pequeña relojería de Montmartre. Fijos en las paredes docenas de relojes, cuyas péndolas marchan en sentido inverso unas de otras. Cada una de las esferas señala hora distinta. Sentado ante el mostrador, el señor Trock está ensimismado en el arreglo de la maquinaria de un reloj de bolsillo. Entra la señora de Trock, vestida de claro, con sombrero de paja y una sombrilla en la mano. Detrás de ella entra el joven Trock, niño de ocho años, con una patinette.)

La señora de Trock.—¿Pero no estás listo todavía?

El señor Trock (sin levantar la cabeza).—*Estoy acabando de arreglar este reloj. Es para un parroquiano que va a venir a recogerlo dentro de un momento.*

La señora.—¡Esto de no tener un domingo tranquilo! ¡ nos habías dicho que saldríamos de aquí temprano y que iríamos a comer a Robinsón!

El relojero.—Iremos, querida. Tenemos tiempo de sobra.

La señora.—¡Sí, mucho tiempo! Son ya... (mirando el reloj que lleva prendido en el pecho) *las diez y media.*

El relojero (mirando uno de los relojes de la tienda).—*Vas adelantada. Son las diez menos cinco.*

El niño (mirando su relojito de pulsera).—*Yo no lo sé. Mi reloj es de cartón.*

La señora.—¡Qué aburrimiento! No hay aquí medio de saber la hora exacta. (Mirando varios relojes). *Las diez y cuatro, nueve y cuarenta, diez y veintiuno, diez y siete, nueve y cincuenta y ocho. ¡Cualquiera sabe la hora que es!*

El relojero.—Busca la hora media y esa será la del Observatorio.

(Entra un parroquiano.)

El parroquiano.—Buenos días. Venía por el reloj que le dejé ayer.

El relojero.—Aquí está. Ahora marchará muy bien. Son doce francos.

El parroquiano.—Gracias. ¿Lo ha puesto usted en hora?

El relojero.—Acabo de ponerlo con el Observatorio. Las diez y diez y siete. (A su mujer). *¿No es esa la hora, querida?*

La señora (mirando su reloj, que marca las diez y treinta y cinco).—*Exactamente; las diez y diez y siete.*

El niño (mirando su reloj de cartón).—*Sí papá; las diez y diez y siete.*

El relojero (orgulloso).—*Ya lo ve usted, caballero. Todos tenemos aquí la hora del Observatorio.*

(El parroquiano paga y se va encantado.)

PUCHITOS

Durham, es actualmente la ciudad inglesa donde hay menos hombres que mujeres.

Para conducir cargas pesadas en distancias cortas se pueden utilizar caballos obteniéndose una economía sobre los vehículos a motor.

Se están fabricando trajes de baño de taffetas de seda, con dibujos apropiados de muy buen efecto.

Los autobuses, tranvías y subterráneos de Londres condujeron el año pasado 1.345.000.000 pasajeros.

El tren especial que conducía al caballo Spearmint chocó cerca de la estación de Amiens (Francia); a causa de ello el famoso caballo de carreras no correrá nunca más.

La mitad de la población total de Inglaterra vive en ciudades de más de 50.000 habitantes.

El hablar mientras se trabaja origina—según una investigación realizada últimamente—una considerable pérdida de tiempo. Esto no sucede cuando el trabajo es enteramente automático.

Cepillos para dientes y pañuelos de mano, figuran entre los obsequios que ofrecen los generales chinos a los soldados que mandan, cuando estos se hacen acreedores a una recompensa.

Las mujeres que marchan a Australia enviadas por el gobierno para que trabajen como sirvientas, no pueden contraer matrimonio sin haber trabajado antes por espacio de un año.

En Victoria (Australia), se han instalado faros terrestres para guiar a los viajeros en los lugares peligrosos. Han dado excelentes resultados.

Come moderadamente; no pierdas el dominio de ti mismo; mantén tu peso normal y no te asustes del trabajo... Tal es la receta que da un reputado médico norteamericano para vivir muchos años.

Cuando un caballo de carreras va de Inglaterra a Francia para participar en una reunión hípica, su viaje cuesta al propietario, no menos de 1.000 libras esterlinas. El precio de costo para cruzar el Canal de la Mancha es de 100 libras.

El presidente de la República francesa, recibe al año del Estado 1.200 000 francos.

Entre los indígenas del Africa Occidental, un solo hombre puede tener cuarenta esposas; pero a los que han sido llevados a Inglaterra para la Exposición del Imperio Británico, no les fué permitido viajar más que con una sola.

Hay unas ciento setenta variedades de guisantes de olor y más de doscientas de aster.

Uno de los últimos triunfos de la ciencia es la producción de azúcar (glucosa) del serrín. Tratado con ácidos por un nuevo procedimiento se obtiene azúcar en gran cantidad.

Del serrín se extrae también alcohol que sirve de combustible para los motores.

La mitad de la población total del mundo la componen los habitantes de Asia.

Piernas, brazos y hasta orejas artificiales se hacen ahora de aluminio.

EL PROGRESO DE LA DELINCUENCIA



AYER: Los presos estaban en una cárcel, cargados de grillos y cadenas, a veces por haber robado un cojinillo o adeudar a un usurero el 60 % de los intereses de un préstamo. El juez le caía con todo el peso de la ley, que a menudo consistía en cepo por tiempo indeterminado, o en el fusilamiento sobre el pucho.



HOY: El delincuente, con los progresos de la ciencia psiquiátrica, las enseñanzas que recibe cinematográficamente y el sentimentalismo del código penal, aunque asalte, robe y mate, goza de libertad, porque los jueces, lo más que pueden hacer en su contra, es dar un fallo que resulta una brillante pieza jurídico-literaria.



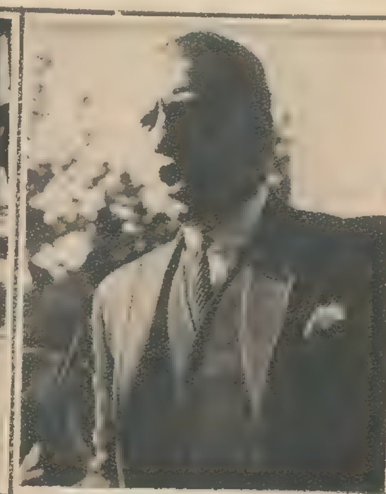
Así pues: **MAÑANA**, no sorprenderá a nadie, que las profesiones de asaltante, ladrón, asesino, escruchante, etc., se consideren profesiones liberales, paguen patente y se establezcan para atender a su numerosa clientela, y todo lo perteneciente al ramo.

LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA.—

La brigada 33, que preside el contraalmirante Angel J. Elías, conmemoró el reciente aniversario de la revolución de Mayo.



Los miembros de la brigada, después de haber asistido al tedéum realizado en la iglesia de Belgrano, se dirigen al monumento del creador de la bandera, sito en la esquina de las calles Echevarría y 11 de Septiembre.



El secretario general de la Liga Patriótica Argentina, doctor Domingo Schiaffino, haciendo uso de la palabra, en el atrio del mencionado templo.



Público escuchando los discursos de los oradores cívicos.



Monseñor Dionisio Napal, pronunciando una alocución patriótica.



Los dirigentes de la brigada antes de concurrir al almuerzo popular de 150 cubiertos, servido en el "Restaurant Tabó", en cuyo acto hizo uso de la palabra el presidente de aquella, contraalmirante Angel J. Elías.

Viaje de estudio



Doctor Alejandro Colecchia, distinguido facultativo, que emprende viaje de estudios a las principales capitales de Europa.

ECOS DE LAS FIESTAS MAYAS



Grupo de puesteros y empleados municipales de la feria franca que funciona en Caseros y Entre Ríos, que tuvieron a su cargo el adorno artístico de la misma.

Teatros



P. Conte Tarantino, autor del drama "Lázaro contra Cristo", que se representará en Buenos Aires el mes de agosto próximo.

Cinematográficas





Dos escenas de la excelente película titulada "Violetas imperiales", dirigida por Henry Russell y en la cual actúan como protagonistas Raquel Meller y Andrés Roanne.



Herbert Rawlinson, en un pasaje de la cinta "Un ladrón que no es ladrón".



Ramón Navarro y Bárbara La Mar, en "Mujeres engañosas", obra perteneciente al programa Ajuria Especial.



Una escena de la película "Después del baile", en cuyos principales papeles se destacan María Prevost y Gastón Glass. Pertenece la cinta a la Corporación Argentino Americana de Films.



P. Marmont, en el film "Si llega el invierno", producción extraordinaria que se estrenará próximamente en nuestros principales cines.



La bella Katherine Mac Donald, en la notable cinta titulada "Refugio".

La aventura trágica de un litógrafo en la época de la Tiranía

(Ver el texto referente a esta nota, en otro lugar de este número).



Portada del "Almanaque Federal", ejemplar único existente en el Museo Histórico.



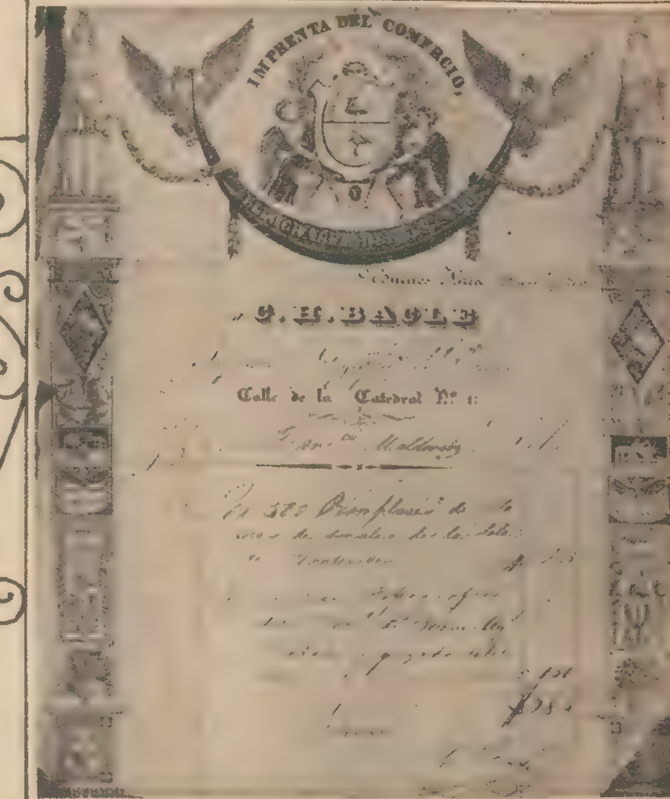
El brigadier Estanislao López, gobernador de Santa Fe.



El general en jefe del Ejército de los Andes, don José Ruiz Huidobro.



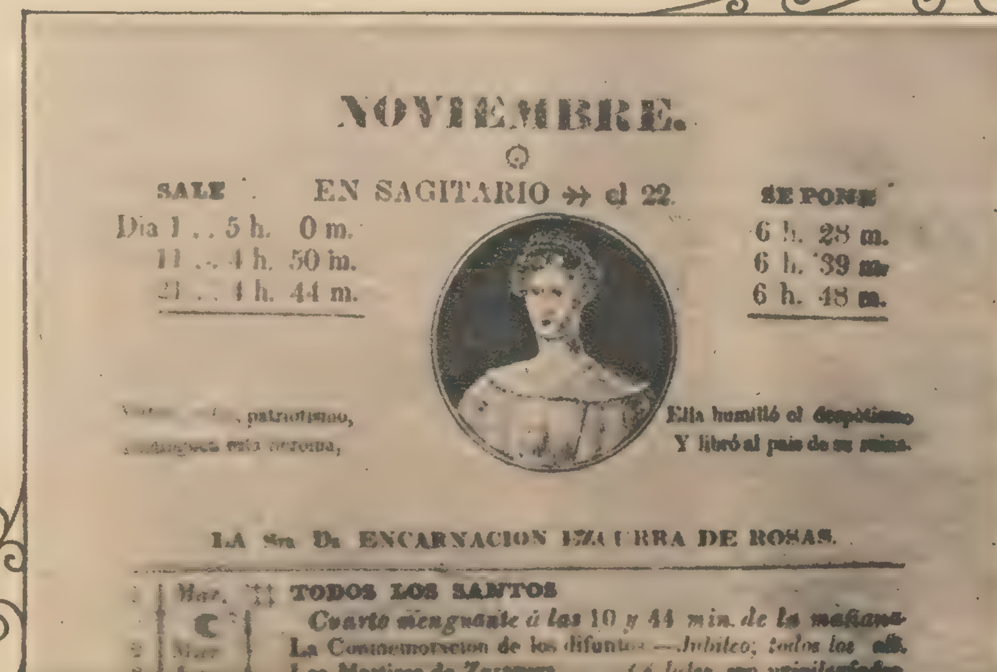
General don Gregorio Perdriel, jefe de policía en 1831.



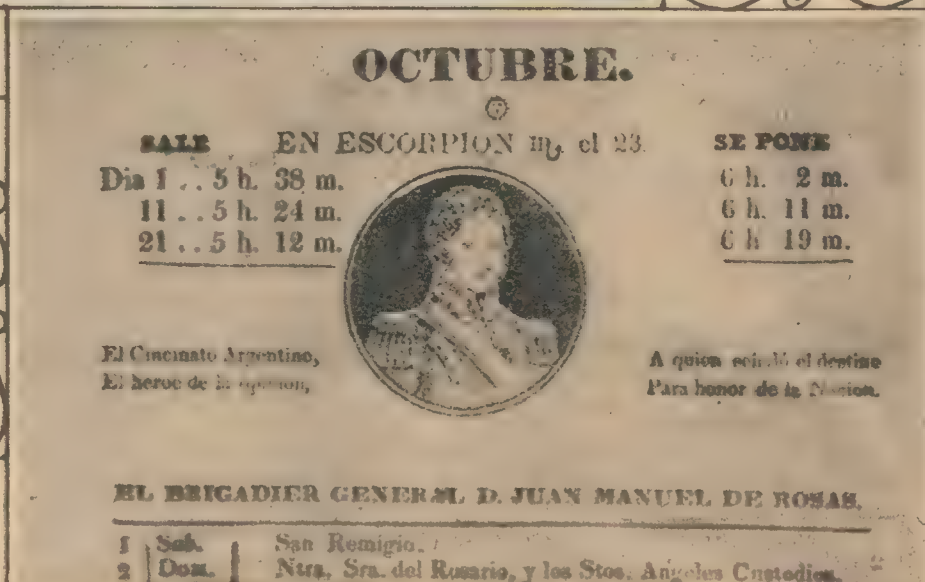
Una factura por varios planos hechos para don Francisco Maldonado.



La Recova, grabada por Bacle.



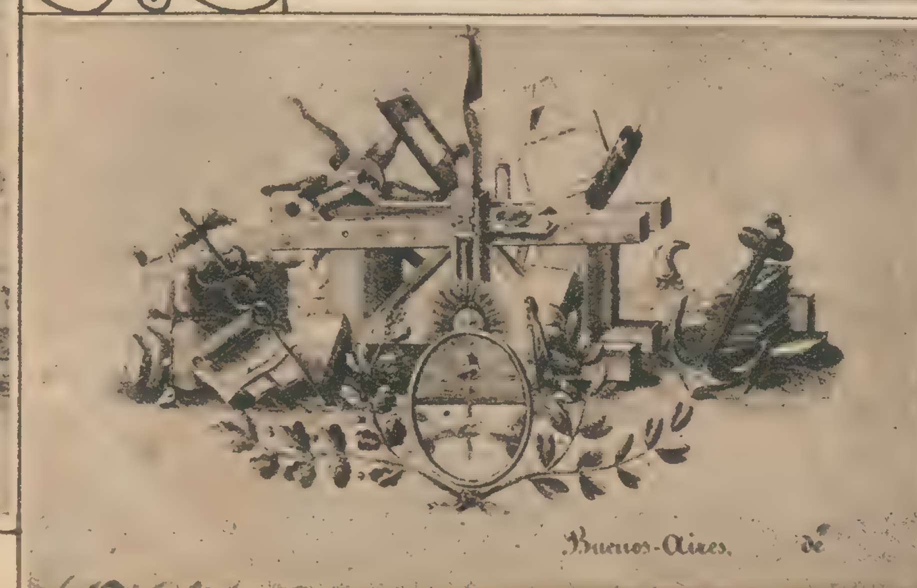
Otra página del mismo almanaque, correspondiente al mes de noviembre, dedicado a la señora Doña Encarnación Ezcurra de Rosas. Dice el poeta: "Virtud, valor, patriotismo, — Distinguen esta heroína, — Ella humilló el despotismo, — Y libró al país de su ruina."



Página del "Almanaque Federal". Mes de octubre, dedicado a Rosas con estos versos: "El Cincinato Argentino, — El héroe de la opinión — A quien señaló el destino — Para honor de la Nación."



Retrato de Juan Facundo Quiroga, grabado por Bacle. Uno de los más curiosos que existen.



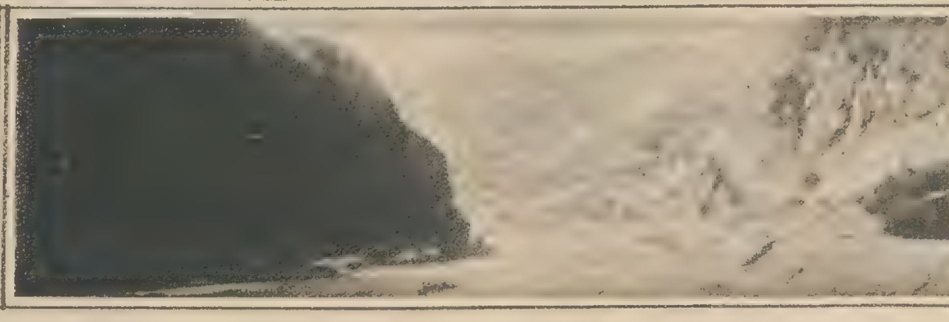
Sello con que encabezaba las facturas de su casa el litógrafo Bacle.

INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL VILLAZÓN - ATOCHA





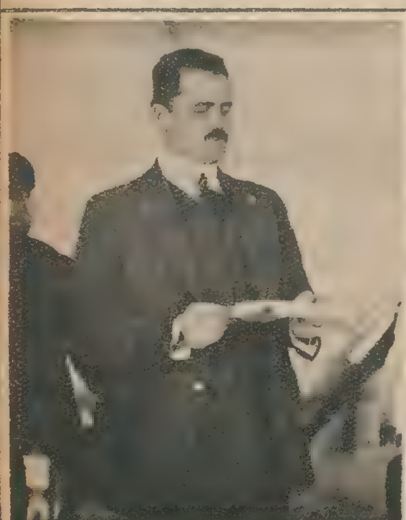
El convoy oficial regresando de la fiesta argentino-boliviana, a la cual asistieron el gobernador de Jujuy, doctor Villafañe y el presidente de la república hermana.



Nazareno, uno de los más pintorescos pueblos del nuevo trazado ferroviario, que liga la línea boliviana con la argentina.

Un recodo de la línea en los alrededores de Tupiza (Bolivia).

En San Vicente (Buenos Aires) se descubrió una estatua de Mariano Moreno







El intendente municipal, señor Biocca, ofreciendo el banquete al gobernador Cantilo y su comitiva, después del acto inaugural.

El gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo, poco después de su llegada a la estación San Vicente, F. C. S.

El mandatario bonaerense agradeciendo, en un discurso, las atenciones de que fué objeto.



El gobernador, señor Cantilo, y la comitiva oficial presenciando el desfile de los alumnos de las escuelas públicas.

Fots. González Locamoux.

La

Página del "Al
bre, dedicado
Cincinato Argen
A quien señaló

Reun

LAS
dose

INFORMACIÓN GRÁFICA DE MONTEVIDEO



Vista parcial de la asamblea efectuada por los colorados riveristas, en la sala de la Asociación Española.



Reunión de los empledos aduaneros y portuarios para obtener la modificación de los horarios de trabajo.



Durante los discursos pronunciados en el cementerio Central, despidiendo los restos de Ulises Favaro.



LAS PIEDRAS. — La cabeza de la columna cívica procedente de la capital, dirigiéndose a la inauguración de la pirámide conmemorativa de la batalla de Las Piedras.



Los alumnos de la Escuela Naval, en marcha hacia el lugar en que se halla erigido el monumento



La Escuela Militar.



Banquete con que fué obsequiado el señor Tomás Gallangher, en el Hotel del Prado, con motivo de su viaje a Norte América.



El campeón uruguayo de box, Angel Rodríguez, acompañado del negrito Silveira, al terminar una exhibición. El negrito Boykin, despojó, días después, al campeón Rodríguez, del título de invicto que ostentara hasta entonces.

AVIACIÓN.—LA COPA GOBERNADOR DE BUENOS AIRES



Luis Luro, vencedor en la prueba por la copa Gobernador de Buenos Aires, disputada en Castelar.



El gobernador Cantilo, acompañado por sus ministros y las autoridades del Aero Club Argentino, llegando al aeródromo.



Lawrence León, clasificado segundo.



G. Hilcoat, tercero.



Grupo de pilotos que tomaron parte en la importante prueba. El éxito fué un magnífico aliado de esta reunión.

Fiesta aeronáutica en el aeródromo teniente Matienzo, en Tucumán



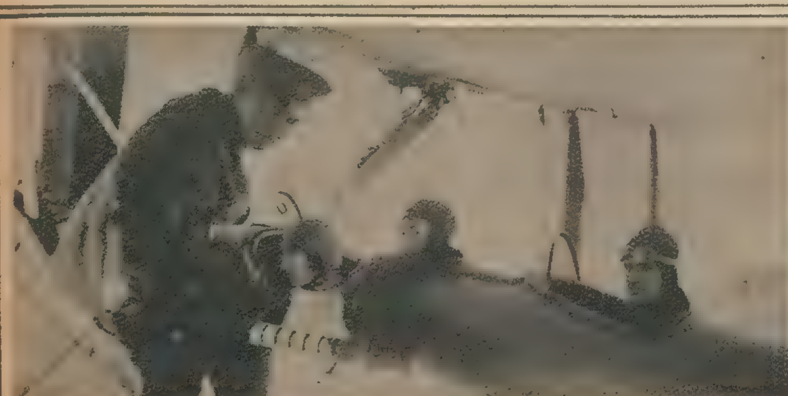
Los aviadores sargentos Rodríguez y Fernández Arcay, subteniente Salas y nuestro corresponsal Luis Alfredo Posse.



El presidente del Aero Club de Santiago del Estero, ingeniero Palmerio, sargento aviador Schnneider, señora Lola de la Vega de Colombres y señoritas Lola Colombres y Tinny Hill.



Dos viajeros aéreos. El señor Palmerio y su esposa que llegaron en aeroplano al aeródromo, habiendo salido de Santiago del Estero.



Señora Elvira de Jáuregui y señorita Clemencia Colombres, que hicieron vuelos en el avión Lamadrid, piloteado por el sargento Fernández Arcay.



La escuadrilla de aeroplanos, lista para levantar el vuelo desde el aeródromo teniente Matienzo.

Fots. L. A. Posse.

FLOR DE BOHEMIA. — (De la vida trunca en la gran metrópoli del Sud)

por José LIEBERMANN

Para "Fray Mocho".

Hace algunos años—cuatro o cinco —atravesé un período de abulia y la vida se me tornó insoportable. Había perdido el afán del trabajo y no hacía nada. En mi habitación yacían tirados los pesados libracos científicos. Sobre mi mesa de trabajo había novelas empezadas, dramas esbozados, principios de versos... No escribía nada, hundido en una desesperación lamentable y absurda. La voluntad férrea que me ayudaba a luchar en el sórdido medio de la capital rugiente, aquella voluntad indomable que me ayudaba en la lenta ascensión de la montaña me había abandonado.

Mi abulia llegó a tanto que sólo me levantaba a la tarde, almorzaba en cualquier parte y me dirigía invariablemente al mismo café. Era un momento duro de crisis espiritual, cuando todo pierde su valor acostumbrado y que sólo podrán comprender aquellos que han estado enamorados de una mujer y que han fracasado en su conquista. Nada ofrecía interés para mí. El mundo exterior se había diluído en la suprema comprensión de la vanidad de todo. Un negro vacío angustiaba, cruel, dolorosamente, mi corazón. Todos los días y todas las noches pasaba largas e interminables horas, sentado ante la mesita de café, sin pensar en nada; me hallaba en un estado ideal del nirvana búdico. No hacía más que mirar a la calle, insensible, con una absoluta indiferencia.

Me parecía que mi corazón estaba muerto. Ni un rayo de luz penetraba en mi espíritu. Negras melodías, fúnebres y suicidas, cantaban vagamente sus ritmos en mí. Yo sentía las sombras de mi alma y llenas de mortal angustia.

Sorbía los líquidos envenenados y quemantes como fuego, copa tras copa. Ya no iba más al trabajo. La vida se me aparecía como una sucesión de días aburridos y mortalmente tristes. Estaba al borde de un abismo pavoroso.

A la edad de veinte años sin un amor. Ningún vínculo sentimental me ania al mundo. La ambición de gloria, el delirio del amor, acicates poderosos que me impulsaban antes, se habían diluído en una indiferencia glacial. Veía al mundo brutal y egoísta, corriendo detrás de los fantasmas que nunca pudo alcanzar.

Por una de aquellas amargas fatalidades que en un momento destruyen— o edifican—una vida, había muerto la mujer amada. ¡La dulce niña, mi primer amor y que yo creí ¡ay de mí! el único de mi vida! No comprendo cómo no me suicidé aquella vez. ¡Era tan buena, tan dulce, tan gentil! Era tísica... y en sus ojos ardía el fuego sagrado de los que conocen su irremediable mal. Yo la adoraba y sólo por ella trabajé con ahinco. Era necesario formarse una posición, para ayudarle, para ir a vivir con ella a las montañas.

Pero se fué. En un hermoso día de primavera, silenciosa y dulce, se extinguió, cuando florecían las primeras rosas y la vida brotaba, radiante por doquier. ¡Era tan rubia como un ángel de paz!

La dulce ternura de sus ojos abrasaba al mirar y sus manos exangües y finas parecían de marfil. A su lado uno se encontraba bien, feliz y alegre. Todo era noble en ella, sencillo y franco. En un glorioso día de primavera azul lanzó ella su último suspiro, sus manos en las mías, mi boca en la suya, absorbiendo, en ansia loca, el veneno que la mataba. ¿Cómo quedé vivo? ¿por qué no morir en aquel mismo instante? No lo sé. No lo pude comprender.

Sólo recuerdo que en aquellos días de angustia había muerto toda voluntad en mí. Al despertarme, en las montañas, no me animaba ya la dulce esperanza de verla, de pronunciar mil veces su nombre adorado. No me levantaba. Ya, en largas horas de invierno, cuando la lluvia azote los cristales de la ventana y sollocen en su lira monocorde su tristeza, los árboles hermanos, no leeríamos aquellas novelas que solíamos leer, bien juntita ella a mi lado, sus manos en las mías, sus ojos en mis ojos y toda ella, toda ella, como una gran estrella en mí... ¡Qué celosa era, qué buena, cómo lloraba cuando yo le hablaba de mis impresiones, cuando la hablaba de otras mujeres, cuando, en mi morbosidad sentimental fingía no quererla más!

La música del café, cantando su nostalgia, me hundía en el pasado de mi vida y la negra flor de la tristeza crecía en mi corazón, que se apretujaba en la intensa pena del bien para siempre perdido.

Mi predilecto era el café "Luz" uno de los más simpáticos de la rugiente capital, en cuyo estrado hacía las delicias del público un grupo de muchachas hermosas, hermosas todas, a lo menos de lejos, y que ejecutaban en sus instrumentos la más variada música. Entre ellas había una que, después de cierto tiempo, llamó mi atención. Era rubia, bajita, toda rosada, alegre y llena de vida.

Tocaba el violín y su arco arrancaba dulcísimas notas de las cuerdas, vibrantes de hondo sentir. Era una chica interesante, distinta de las otras, hermosas también, pero más vulgares, con el aspecto de las que vemos todos los días en las calles. Sin aquella gracia especial que nos seduce y nos hechiza.

Nunca le hablé. Al entrar—diariamente—noche tras noche, le hacía una leve inclinación de cabeza que ella contestaba con una sonrisa. Quise conocer su vida, pero me detuvo un temor... El temor de amarla. Su música encendía vagas reminiscencias en mi corazón. Algo se agitaba debajo del montón de cenizas. Recordaba a la dulce tísica que dormía su sueño eterno bajo la losa fría. Mi soledad me angustiaba.

Ella, la rubia violinista, pareció comprenderme. Ejecutaba piezas sentimentales y llenas de pasión ardiente. La mayoría de los hombres no atendía a la música. Se charlaba, se reía, se fumaba y nadie escuchaba la voz del piano y de los violines.

Las cristalinas notas del violín sonoro, acompañados del violoncello grave y sollozante y el piano parlotero se deslcían en incomprendidas armonías y contaban en su dulce lenguaje algo ferviente y lleno de pena.

Meditaba yo acerca de la suerte de la romántica violinista. ¿Quién era? ¿Por qué había descendido, siendo profesora, hasta ir a tocar en el café, vestida livianamente, como se los exige casi siempre al emplearlas? ¿Cuál sería su porvenir?

Ella parecía feliz, con su carita rosada, sus bucles rubios, sus ojos claros como soles y su trajecito blanco, muy elegante siempre.

También yo había llamado su atención con mi eterna permanencia en el café, siempre solo, abrumado por el esplín, con mi ancho sombrero de poeta romántico.

Era una simpatía mutua, a pesar de que nunca nos habíamos dicho una palabra.

Durante un año entero no falté pero con la llegada de la primavera se operó un cambio brusco en mí. Renació mi voluntad, abrí los pesados libracos, me puse a estudiar y a escribir.

Había encontrado una luz en dos ojos femeninos, dos ojos que realizaron en mí un maravilloso abatar. No fuí más al café. El mundo del sueño fué mi mundo.

Hace pocos días he vuelto a él—no vienen al caso las causas—y no encontré a la rubia violinista. Nadie súpome dar razón de su paradero. En los cafés se interesan poco por las violinistas que se van. Alguien me indicó los cafés del puerto. Los horribles tugurios donde pululan el vicio, la angustia y el dolor. Ahí fuí, recorriendo uno tras otro los sucios tugurios de Leandro Alem y Pedro Mendoza.

Una noche la encontré. Tocaba en uno de los cafés de baja clase, donde acuden los marineros a beber y a jugar, ahogando así la punzante nostalgia de la novia lejana o de la madrecita gris. Uno de aquellos cafés donde no pasa una noche sin un asesinato. Ebrios, mendigos, obreros del puerto, bohemios y vagabundos, tristes mujeres que ofrecen sus lacras por el mísero mendrugo.

En un café así la encontré.

¡Pero cómo estaba! ¿Habéis mirado alguna vez las flores que yacen tiradas en el cajón de basuras? Pálida, ojerosa, el rostro embadurnado de polvo, los labios pintados, turbios los ojos, sin restos de aquel fulgor que me cautivara. ¡Era otra, y, sin embargo, era ella! La miré durante largo rato, mudo, interrogante, sintiendo una horrible angustia en mi corazón.

Me sonrió tristemente, moviendo los hombros con cierto mohín de desprecio.

Reía de los chistes estúpidos que decían los borrachos. Cantaba las mismas canciones obscenas. ¡Cómo lloraba su violín! Ya no eran aquellas dulces y líricas melodías que otrora destilara su arco mágico. Ya no eran aquellas canciones tristes, rebosantes de una honda, pero una dulce y sana melancolía, expresión de íntimos anhelos de vida. Era una música que desleía sangre y negrura. Era una infernal sucesión de llantos y gemidos, una canción lúgubre, como un himno de muerte. Era el dolor supremo melodizado. Eran aquellos tangos que sollozan la tristeza de arrabal, la tristeza de las callejuelas solitarias, del vacío, de la extinción de toda esperanza e ilusión.

Largas horas permanecí escuchando aquella música, mudo, absorto, alelado.

—¿Cómo pasó aquello? ¿Qué se hizo de su belleza? ¿Qué fatal destino la había perseguido? ¿Qué hombre tuvo la culpa de su caída? ¿Quién la había empujado hacia el abismo?

No lo sé... No he hallado respuesta a estas preguntas. Pero, he aprendido mucho en el rojo libro de la vida. Ya sé lo que sienten las pobres mujeres del cabaret y del café...

¡Cuántas como tú, pobre violinista del café maldito, cuántas quieren ser buenas y no pueden, cuántas caen vencidas por inexorables fatalidades, cuántas vagan perdidas y no tienen el valor de suicidarse, cuántas como tú, recorren el calvario, esperando sólo la hora de la venganza cruel, cuántas como tú van rodando por la ciudad insensible hasta que caen muertas en la miserable cama de un hospital de caridad!

Pero la vida marcha y no se detiene por la muerte de una flor. Ya en el café lujoso hay otra señorita, hermosa y alegre, que toca el violín. Ya en mi alma asoman nuevas auroras y hay anunciación de gloriosos días. Ya la nueva violinista me sonríe con sus ojazos negros y su blanca mano ejecuta dulcemente un romance de ensueños y de amor.

EL LEGADO

POR

FEDERICO BOUTET

Acababa Luis Marville de dar las órdenes a los capataces, cuando sonó el timbre del teléfono. Era su ayuda de cámara el que le hablaba.

—La enfermera ha venido a decirme que el padre del señor desea hablar con usted.

La noticia sorprendió mucho a Marville. Su padre, gravemente enfermo, declinando en forma rápida hacia la muerte, hacía ya varias semanas que había perdido el uso de la palabra y que parecía no tener conciencia del mundo exterior.

Inmediatamente abandonó su fábrica, desbordante de actividad, próspera, y en el automóvil marchó a Reuilly. Caía la tarde cuando el vehículo se detenía a la puerta del hotel.

Luis Marville sabía que su esposa había salido aquella tarde y que sus dos hijos estaban en el colegio. Subió anhelante a las habitaciones de su padre.

El anciano estaba sentado en un sillón junto a la chimenea, donde ardía un buen fuego, y tenía las piernas cubiertas con una manta. Su mirada, vacía y muerta, aún aquella mañana, era ahora limpia e inteligente.

—Padre. ¿Se encuentra usted mejor?

Padre e hijo se parecían; los dos tenían la boca pequeña y algo sumida, la nariz afilada y los ojos de un color gris metálico.

—No se si estoy mejor o peor; pero ahora puedo hablar. Por eso te he llamado.

Haciendo un esfuerzo volvió un poco la cabeza para mirar hacia un rincón. Una enfermera que estaba allí, muda e inmóvil como un mueble, se levantó y salió de la habitación. Se oyeron sus pasos al alejarse.

—Mira si puede oirnos alguien. Cierra todas las puertas. Ven en seguida.

—Escucha—dijo cuando su hijo hubo obedecido sus órdenes. —Es preciso que termine pronto. Tengo que hablarte... y presiento que pronto se me acabarán las fuerzas... Es necesario que aproveche el tiempo porque después... después... En fin, por el momento puedo hablar... Pero antes dime cómo van los negocios. ¿Qué tal han sido los resultados de este año?

Luis Marville dió muchos detalles sin dejar de exponer las cifras de los balances. El viejo le escuchaba con creciente interés. Lo que había constituído la pasión de toda su vida le apasionaba aún.

—Magnífico,—exclamó.—Pero ahora que estás solo, pesará sobre ti un trabajo enorme, ¿verdad? En fin, te conozco, te entregas por completo. Eres como yo: para ti no existe más que eso en el mundo... Eres inteligente, enérgico... Has salido a mí en todo. Bueno, ahora escucha... Acércate más.

Cerró los ojos. Pareció que luchaba consigo mismo y su voz rota articuló muy quedo:

—Sí: tengo algo que decirte... que revelarte... ¡Dios mío, qué difícil es! ¿Te acuerdas de mi padre? Sí, de tu abuelo.

—Claro que me acuerdo, — afirmó Luis asombrado.

—Ya sabes cómo empezó a labrar su fortuna, nuestra fortuna. Pasó la mitad de su vida sin lograr que algo le saliese bien a pesar de sus esfuerzos y de su talento. Había luchado a brazo partido con la miseria probándolo todo hasta el día...

—Hasta el día que heredó de su primo Vautier los trescientos mil francos que le permitieron fundar la primera fábrica. Ya lo sé...

—Pues oye,—la voz del anciano era casi un balbuceo.—Oye, hijo mío; la herencia del primo Vautier no debió ser para mi padre... Mi padre la... tomó... Se apoderó de ella... Calla y escúchame. El primo Vautier tenía otro heredero, un sobrino, Alberto Blanchard, al que había educado; pero que por ser rebelde e intransigente había reñido con él, marchándose al extranjero. Entonces el primo Vautier, en un momento de ira, hizo un testamento por el cual le dejaba toda su fortuna a mi padre. Después se arrepintió, hizo otro testamento tres días antes de morir, sin decírselo a nadie y dejando a Blanchard cuanto poseía. Este testamento lo encontró mi padre el día en que murió su primo... y lo hizo desaparecer.

—Habla más bajo, padre...

—Te estoy diciendo la verdad. No creas que deliro. El testamento a que me refiero está allí, en mi secreter. Toma las llaves, abre el cajón. Tiene doble fondo, descorre la tabla... Ahí está el rollo envuelto en tela... Ese es el testamento...

Hubo un silencio mientras el hijo leía el documento que temblaba en sus manos.

—Ya lo ves. No cabe la menor duda, —continuó luego de la pausa el anciano.—Por esta causa, Blanchard ha vivido en la miseria todo este tiempo en unión de su familia... Sus hijos, un varón que es ahora un empleadillo cargado de familia y una hija que es institutriz... Es preciso devolver... ¿Comprendes? Mi padre me contó todo esto momentos antes de morir... Me dijo que era un peso que tenía sobre sí... El remordimiento, si quieres... En fin, me dijo también que había que devolver... Pero en aquel entonces mis negocios no estaban aún bien asegurados y todo el dinero se hallaba empleado en nuevas ampliaciones...

—Como ahora,—interrumpió Luis.

—No; ahora ya no hay peligro. Pero entonces no pude decidirme... ¡No pude! Además pensaba en ti, en tu porvenir... Empecé por dejarlo para más tarde... Y de año en año fuí dudando, retrocediendo... sin tener el valor... Y es que yo había sido pobre, había visto la miseria en mi casa... Pero tú, Luis, es preciso... Los Blanchard... es de ellos... debes...

Ya no pudo seguir, inclinó la cabeza, se extinguió su voz, en los ojos dejó de brillar la mirada inteligente de antes y volvió a caer en la inmovilidad y en la inconsciencia del mundo exterior.

Luis volvió a guardar inmediatamente el testamento en el mismo cajón. Tocó un timbre, y cuando volvió la enfermera se sentó frente a la chimenea.

Se sentía aniquilado. Su mirada incierta, vagaba del fuego al exterior, deteniéndose en las ramas, en los árboles cubiertos de nieve o fijándose en la enfermera que preparaba una medicina, o contemplando al anciano que permanecía inmóvil.

Pero lo miraba todo, sin darse cuenta de nada. Sufría, nada más. Trescientos mil francos... Y de repente se puso densamente pálido al pensar en los intereses de tantos años.

Lo intenso de su angustia le hizo ver toda su fortuna destruída, la obra de toda su vida derribada, su influencia personal desaparecida. Devolver todo aquel dinero le parecía una monstruosidad y sin embargo su honradez acrisolada y victoriosa siempre de toda tentación, se resistía a cometer una mala acción. En esto era intransigente hasta el extremo... Sentía compasión y odio por aquellos Blanchard expoliados.

El pensar que la falta de su abuelo y de su padre recaería sobre él, le indignaba.

Fueron a avisarle para cenar. Bajó al comedor maquinalmente, sumido en el tormento que le abrasaba. Alrededor de la mesa le esperaban su mujer y sus hijos.

Y le asaltó una repentina idea que le hizo estremecer. Su rostro contraído volvió casi a su estado normal; su mirada sombría y taciturna volvió a animarse al ver a sus hijos.

—Ya les diré,—murmuró para sí, algo aliviado.—Sí, esto es. Se lo diré más tarde... Ellos decidirán... Cuando...

Y sabía, sin atreverse a confesárselo a sí mismo, que ese más tarde, llegaría también para él, en el instante en que ya nada podría pertenecerle, ni servirle.



EL NIÑO GRIEGO

Los turcos han pasado por allí y todo lo convirtieron en ruinas. Chito, la famosa isla que sombreaban grandes árboles, sólo es un sombrío escollo, que refleja en las olas sus espesos bosques, sus palacios y sus colinas.

Todo está allí desierto; pero no: junto a sus mares ennegrecidos, un niño de ojos azules, un niño griego, sentado, inclinaba la cabeza.

Abandonado allí, se apoyaba a un blanco espino egipcio en flor, olvidado como él, y en la inacción.

—Pobre niño que lloras sobre las rocas con los pies descalzos: para secar las lágrimas de tus ojos azules como el cielo y como las olas, para secar el llanto y para que brille en ellos alegría que te haga erguir la frente, ¿qué deseas? ¿Qué será preciso darte para volver a peinar tus cabellos esparcidos por las espaldas, que, enmarañados por tu hermosa frente, parece que lloran como las ramas del sauce? ¿Qué te diera para ver si consigo que te sonrías? ¿Un ave de pintadas plumas y de armonioso canto? ¿Una flor preciosa, una sabrosa fruta o un pájaro maravilloso?

—Amigo mío—me contestó el niño griejo: —¡deseo que me deis pólvora y balas!

Víctor HUGO.

LA FORTUNA DE LOS FILIPONES

Por

A. R. BONNAT

Filipón hijo era hijo de Filipón padre, quien, a su vez, fué hijo de otro Filipón, y éste de otro, y así sucesivamente hacia arriba, dándose el caso curioso de que cada Filipón hijo había tenido su correspondiente Filipón padre, sin que se hubiera dado un solo caso de Filipón espontáneo y sin antecedentes de familia.

Pero no paraban en el apellido la sucesión de los Filipones, sino que del mismo modo que se habían transmitido el apellido lo habían hecho con una partida de tejidos, terciopelos inclusive, que, pareciendo siempre la misma, les había permitido ir haciendo morrocotudas fortunas, sin que los tejidos, terciopelos inclusive, disminuyeran, al parecer, de volumen.

Cuando el actual Filipón entró en posesión de la casa y razón social, fué confidencialmente advertido por Filipón padre de que abandonaba los negocios.

—Esas pilas de tejidos, terciopelos inclusive, son la base y sostén de la fortuna de todos los Filipones que en el mundo han sido, y es preciso que se sostengan de tal modo que lo sean también de los Filipones que vengan.

—Bueno, padre; procuraré hacer honor al apellido, y si se me presentara ocasión de venderlo todo en buenas condiciones...

—Te guardarás de ello, como si tal venta estuviera castigada en el Código penal.

—Entonces, padre...

—Ahí está el quid y el talento de los Filipones. Nada de vender lo que desde hace tantos años está vinculado en la casa. Tú haz dinero, pero no toques a los tejidos, terciopelos inclusive...

Dicho esto, que a Filipón hijo parecióle ligeramente gedeónico, el otro Filipón le otorgó de buen grado su bendición paterna, retirándose definitivamente del negocio.

Dedicóse Filipón hijo a la busca de antecedentes del modo que los otros Filipones habían tenido para hacer dinero sin tocar a las existencias de la casa, y hallóse con verdaderas sorpresas. Un Filipón fué magistrado; otro, titiritero; otro, embarcó para América y volvió de ella, sin faltar Filipones que fueron marinos, vendedores de horchata, cómicos y hasta agentes de "varietés". Eso sí; todos habían conservado íntegra la partida de tejidos, terciopelos inclusive. Esto hizo comprender a Filipón que él, por su parte, tenía que buscar medios para desenvolverse en la vida sin tocar al fondo y surtido del establecimiento. Pero luchó en vano, indagó, solicitó empleos, y no teniendo cosa mejor a mano, aceptó una modestísima colocación, nombrándose a sí mismo mozo de su almacén.

Eso sí; tenía la satisfacción de que en todas partes su persona y su firma eran acogidas con todos los honores debidos a la sólida reputación que tenían los Filipones. El actual poseedor del apellido, aun sintiéndolo mucho, aprovechó demasiado en su propio provecho aquellas facilidades que la vida le daba, gastando aquí, triunfando allá, aceptando convites, colándose por cuantas puertas hallaba abiertas, y éstas eran muchas gracias a la solidez de su crédito. Un rico comerciante le otorgó la mano de su hija, encantado de emparentar con los Filipones y pensando que su nieto sería un Filipón más de la gloriosa casta.

Asegurada ya su fortuna el actual Filipón pensó en que la tradición de la casa le ordenaba dejar su inmensa existencia de tejidos, terciopelos inclusive, a su hijo, y que le sería muy conveniente comprobar de "visu" el valor de sus reservas. ¡Estupefacción y desengaño! Las cajas estaban vacías, los fardos eran de paja, y los que no, atados de papelotes viejos recubiertos de tela. ¿Qué significaba aquéllo?

Rápido corrió en busca de Filipón padre, que aún vivía en su retiro, para darle cuenta del engaño de que había sido víctima.

—Ya lo sabía—dijo tranquilamente el viejo.—Los tejidos, terciopelos inclusive, no han existido nunca.

—Entonces, mi hijo...

—¡Caray, que haga lo que todos los Filipones! Decir que tiene eso, sin tenerlo. Créetelo: así es mejor para adquirir una fortuna. Se dice que se tiene algo, aunque no se tenga nada.

—Pero ¿y si alguien se presentara para comprar los tejidos?

—Pues mandas al comprador a otro establecimiento, porque voy a revelarte un secreto. Los Filipones no han necesitado de esos géneros para hacer su fortuna; pero hay algunos establecimientos donde, efectivamente, los tienen. Hay gente para todo. Anda con Dios, y vuelve a recibir mi bendición paternal.

SECCIÓN VERMOUTH

MEDIDA DE PRECAUCIÓN

—¿Por qué no hablas a papá ahora? Anda, está jugando al billar...

—Espera a que vaya a la biblioteca; prefiero hablarle cuando tenga un libro en la mano y no un taco...

CON RAZÓN LO BUSCABA

—¿Qué tal le va con mi recomendado?

—Muy mal.

—¡Ah! Cuanto lo siento. Yo creí que era el hombre que andaba usted buscando.

—Y es en efecto. La semana pasada desapareció con 500 $ y no lo he vuelto a ver...

CUESTIÓN DE DIPLOMACIA

—Ya sé cómo vamos a llamar a la niña—dice la esposa.—La pondremos el nombre de Eufrosina.

—¡Espléndido!—dice el esposo, que por lo visto no era zonzo.—Así se llamaba mi primera novia... Eso me recordará...

Hubo una corta pausa.

—Pienso que es preferible que se llame Isabel, como tu madre—exclama la esposa.

EL LUNES

—Ayer fué para mi un día de suerte en las carreras...

—Ganaste mucho.

No. Pero tenía una serie de "fijas", perdí el tren, no pude jugarlas... y ninguno entró.

SINCERIDAD INFANTIL

Profesor de higiene.—Vamos a ver señoritas. ¿Por qué procuramos tener siempre la casa limpia y reluciente?...

Una alumna.—Por si vienen visitas.

PODER INSOSPECHADO

—Es realmente maravilloso el poder que tienen las cataratas del Niágara.

Estuve a visitarlas con mi esposa y mi suegra y al verlas se quedaron las dos sin hablar durante tres minutos.

EN EL BAILE

El.—Este piso está excesivamente encerado. Se resbala uno con mucha facilidad.

Ella (limpiándose los zapatos).—¿Y cómo lo ha notado?

COINCIDENCIA DE OPINIONES

La joven linda.—¿Qué pensó usted cuando le dijeron que el caballo había escapado llevándome?...

El joven galante (suspirando).—Que yo hubiera hecho lo mismo.

¿POR QUÉ SERÍA?

—¿Es usted feliz con su esposa?

—Mucho. Enormemente... Pero si le parece hablaremos de algo más interesante.

EN LA COMISARÍA

Lo que me extraña, señor, es que estando usted con su novia en la habitación, cuando penetró en la casa el ladrón, huyese por la ventana y la dejase abandonada...

Es justo el reproche, señor comisario... pero yo creí que era el padre el que llegaba.

TRISTES RECUERDOS

—¿Quién es esa joven tan linda que te ha saludado y a quien contestaste como con enojo?

—¿Esa? Mi antigua prometida Y cada vez que la veo me acuerdo que aún estoy pagando al ruso los anillos que me vendió por mensualidades y yo se los di a ella.

DESPUÉS DEL BANQUETE

—¿Qué hace con esas cucharillas en el bolsillo?

—Siguiendo el consejo del doctor.

—¿....?

—Me dió una bebida y me dijo que tomara dos cucharaditas de café después de cada comida.

EN UN SALÓN MODERNO

El famoso pianista. (disgustado).—Señora lo lamento mucho, pero parece ser que con mi música estoy molestando a los que están hablando en el salón.

La dueña de la casa.—Realmente... No creí que tocase usted tan fuerte.

SEÑAS INEQUÍVOCAS

—¿Qué te hace pensar que estén comprometidos?

—Ella tiene anillo y él mira a las demás muchachas con tristeza.

UN "HÁBIL" PINTOR

La solterona.—Querido maestro, ¿podría usted pintarme como era hace diez años.

El pintor (diplomático).—No sé... Trataré de hacerlo aún cuando los retratos de niños no son mi especialidad.

TAMPOCO ELLA ESTABA EMOCIONADA

—¿Pero, por qué rompiste tu compromiso con Alberto?

—Porque me ofendió. Cuando le di el "sí" que me pedía con tanto interés, me abrazó y noté que su corazón latía normalmente.

CUESTIÓN DE NEGOCIO

—Papá. Guillermo dice que se mata si yo no lo quiero.

—¿Y tú no lo quieres? Pues déjalo que se muera...

—Es que tiene un fuerte seguro sobre la vida en la compañía que tú diriges...

—Entonces, cásate antes con él.

UNA AMABLE ADVERTENCIA

El esposo (ya cansado de advertirlo).—¡Quiero que te avengas a razones querida!... La próxima vez que uses mi navaja de afeitar para sacar la punta al lápiz, no la tires luego al canasto de los papeles... Ya sabes cómo cuido yo mis navajas...

INGENUIDAD

La maestra.—Vamos a ver Tomasito. ¿Qué letra sigue en el abecedario a la L...?

Tomás.—No sé señorita.

Maestra.—Fíjese bien. ¿Qué tengo yo a los lados de la nariz?...

Tomás.—Desde aquí parecen polvos, señorita.

Fecundidad de los parásitos del hombre

Se ha procurado averiguar cual es de todos los parásitos del hombre el más fecundo. Entre los siguientes parece que se encuentra:

La triquina (trichina o trichinella spiralis) da vida a 15.000 embriones.

La tenia saginata expulsa en "un año" 40.000.000 (cuarenta millones) de huevos.

El sarcopte de la sarna (sarcopte scabiei) en "seis meses" o sea en su cuarta generación (45 días para cada una), produce alrededor de 250.000 (doscientos cincuenta mil) individuos.

El piojo del vestido o blanco (pediculus corporis o vestimenti) produce en tres meses 250.000 (doscientos cincuenta mil).

Los mosquitos ("culex, anopheles, stegomyia") se reproducen en tal cantidad, cada hembra dando origen a 300 individuos en cada generación que evoluciona en 1 o 2 meses, ("mil millones" en la cuarta generación) que, como dice Guiart: la tierra sería inhabitable, si afortunadamente en las primeras edades no murieran muchos, y una multitud de insectos, pájaros y peces no se alimentaran de ellos.

LAS MUJERES TIENEN ALAS

El femenismo, ese árbol que pudiéramos llamar de la ciencia del Bien y del Mal, ya que sucede como con aquel del Paraíso Terrenal, que al comer de su fruto, fruto prohibido, la mujer pierde la inocencia—si inocencia se puede llamar a ese estado de inconsciencia en el que venía viviendo—para convertirse en un ser responsable que trabaja y gana el pan con el sudor de su frente, y en el que tienen su origen las principales desavenencias entre varón y hembra; ese árbol que en algunos países ha echado profundas raíces y está produciendo excelentes frutos, apenas si sus ramificaciones alcanzan hasta nosotras. Así, la mujer española no puede cobijarse aún bajo la sombra protectora de ese árbol frondoso, y la que logra asirse a sus más débiles ramas, corre el peligro de quebrarlas y estrellarse en la caída.

Mientras que, en España, estamos aún en el período en que se discute si merece la mujer la concesión de ciertos derechos, en la mayoría de los países civilizados no sólo ha quedado establecida la igualdad de las facultades morales en ambos sexos, concediendo, por ello, a la hembra los mismos derechos que al varón, sino que se trata de demostrar que tampoco es inferior en fuerzas físicas.

En los Estados Unidos, en Suecia, en Inglaterra, en Bélgica, en Rusia, etcétera, etcétera, tanto en la política como en el foro, en la literatura como en la ciencia, la mujer ha probado tener el cerebro hecho de la misma substancia que el hombre. Pero, por si esto no fuera suficiente, quiere, también, anular, borrar ese calificativo de "sexo débil", con que se la distingue para diferenciarla del "sexo fuerte", del que tiene la exclusiva el hombre.

No le ha bastado, para ello, con exhibir sus fuerzas musculares jugando al fútbol, practicando el boxeo, ejercitándose en los más violentos deportes, ya que estas facultades se adquieren cultivándose. Era menester demostrar la igualdad en esas condiciones innatas de serenidad, de resistencia, de valor. Y, para conseguir tal objeto, ninguna prueba tan eficaz como la de la aviación. Las mujeres, en la aviación, están mostrando que su sexo nada de débil tiene. No son ni una ni dos las aviadoras audaces, ni las pasajeras intrépidas. ¿Datos? ¿Queréis datos? No voy a recurrir, para ofrecéroslos, a yanquis, como miss Eleonor Vredimburg, cuya osadía raya en locura; os voy a citar ejemplos de nuestras vecinas de allende los Pirineos, de nuestras hermanas de raza, de las francesas.

Como las aves, madame de Heste apenas si se posa sobre la tierra para atender al sustento. En seguida vuelve a emprender el vuelo hacia las regiones elevadas. Su existencia está en el aire, en las nubes. Sólo en las alturas parece respirar a gusto. Sus vuelos han sido numerosos. Ha volado sobre Francia, España y Marruecos; sobre Roma, Florencia y Nápoles; ha permanecido en el aire durante un total de ciento diecisiete horas y quince minutos.

¿Son muchos los hombres que pueden vanagloriarse de otro tanto? Españoles, desde luego, ninguno.

Por si lo de las horas no os convence, lectores, he aquí el recorrido en kilómetros que en seis viajes de Toulouse a Rabat y de Toulouse a Casablanca y regreso ha efectuado la aviadora madame Manoury: ¡doce mil kilómetros! ¡Y lo que te rondaré, morena!... Porque madame Manoury es joven... y hermosa. Creo que lo de hermosa nada tiene que ver con la aviación, pero sí tiene que ver, y mucho, con lo del feminismo. Por esto he querido que mis lectores vean por sí mismos que si a las aviadoras no se les puede clasificar entre el "sexo débil", si pueden ocupar lugar preferente entre el "sexo bello". Pero, además, ¿por qué la belleza y la juventud habrían de estar reñidas con la inteligencia y el valor?

Madame Bolland, aviadora y periodista, es una señora que, con una máquina fotográfica, unas cuartillas y un lapiz por todo equipaje, monta en su aeroplano y se lanza a hacer información. Claro está que la información no la efectúa en las altas regiones. Para esos menesteres desciende a la miserable tierra, que es donde triunfa el espíritu maligno. A las aves en nada les afecta las inundaciones, ni suelen ser víctimas de ningún atropello, ni en el cielo se producen crisis ministeriales, ni los santos acostumbran a hacer operaciones bancarias sospechosas. Con madame Bolland no hay competencia posible; es la repórter ideal, siempre llega la primera.

Mademoiselle Marving, la Baronne de la Roche, madame du Gast, la signora Mimy Finzi, esposa del vicecomisario de Aeronáutica de Italia, que, en breve, será piloto de avión, son nombres femeninos gloriosos en la aviación...

Mas quizás haya algún lector malicioso que, al leer estas líneas, sonría, irónico, pensando: "Sí; pero la que no sabe despegarse de la tierra, la que no logra remontarse a las cumbres del saber, la que no tiene alas, es la mujer española."

A la mujer española le han sido cortadas las alas, y es menester tener un poco de paciencia hasta que le vuelvan a crecer. Notad bien que he dicho cortadas y no arrancadas.

No; no es que ha desaparecido en ella todo vestigio de aquellas virtudes que le permitieron rivalizar en la política con los más sabios gobernantes, como Isabel la Católica; en la milicia con los soldados más valientes, como Catalina de Erauso; en la religión con los santos más grandes, como Santa Teresa.

La mujer española no es, por naturaleza, ese ser débil e inconsciente, tierno e irresponsable, que los hombres quieren hacer de ella, para su mayor conveniencia y placer; la mujer española es, como ha dicho muy bien Valera, "angelical" y "robusta". Aunque, a primera vista, estos dos conceptos de dulzura y fortaleza parezcan dispares, son, sin embargo, las sólidas columnas base firme del carácter de la española.

Doña Blanca de los Ríos, que se ha especializado en el estudio de las obras de Tirso de Molina, reputado como el autor que con mayor veracidad representa el carácter español, si bien es verdad que niega que éste haya puesto, como algunos pretenden, todo el vigor en las mujeres y toda la debilidad en los hombres, afirma, sin embargo, que Tirso de Molina considera la virilidad independiente del sexo y lo mismo lo atribuye a los hombres que a las mujeres.

Y si prosiguiéramos así recorriendo la Historia y la Literatura, veríamos que el tipo de mujer española que con mayor frecuencia tropezábamos, era el de la mujer fuerte.

Cervantes nos pinta a la hija de Sancho, alta como una lanza; a Dulcinea, nos la describe valiente y fuerte; y a las dos doncellas, nos las presenta tan audaces como virtuosas.

Así, pues, en esta era tan triste para España, en que tanto se habla de "masculinidad", acaso porque nunca hubo de notarse tanto su ausencia, quizás sea menester poner todas las esperanzas en ese "sexo débil", al que el vigor empieza a darle alas.

Teresa de ESCORIAZA.

(De la revista madrileña "Alas").

LA CHISTERA DE GIURIATI



Caricatura de Gustavino.

CANCION LEJANA

A mi madre.

Hilvana la lluvia sin cesar su rueca.
El día grisáceo se infiltra en el alma
en tanto que el tiempo, igual que una mueca,
las horas más grises deshace con calma.

La tarde de tedio se nubla y se opaca;
las nubes dibujan terribles siluetas,
como esas cajitas chinescas de laca
pintadas con monstruos y raras glorietas.

Se puebla la estancia de un mal infinito
que enerva el sentido, lo estruja y lo agrieta,
y el alma no puede lanzar ese grito
que forja la angustia del loco poeta...

Bajo este paisaje de nube y de pena,
de frío y nostalgia que al mundo domina
mi espíritu siente la gracia serena
de toda tu imagen, triunfal, peregrina!

Y entonces se oficia la luz de un encanto
que borra las nubes y en sol se destella,
y es todo tu nombre que borda este Canto
del santo recuerdo por tu alma de estrella.

Pedro Tadeo ACEVEDO.

Otoño, 1921.

Treinta y dos años de sueño

Treinta y dos años de un sueño ininterrumpido, tal es la hazaña de una mujer de un pueblecillo sueco.

Hace muchos años Karoline Karlsdattre se quedó dormida sobre sus libros, estando en la escuela. Tenía a la sazón no más de trece años, y su cuatrogésimaquinta fiesta onomástica la pasó sin haberse despertado aún.

Pasar súbitamente de la infancia a la edad adulta constituye una experiencia que pocos de nosotros querríamos experimentar. Pero esta buena mujer parece no afectarse por esta causa, y dice sentirse tan natural, después de su largo sueño, como después de un sueño ordinario de unas cuantas horas.

Su principal preocupación es la de completar su instrucción desde el punto en que quedó tan anómalamente interrumpida.

Todo género de tentativas ensayadas para despertarla fueron inútiles.

Por qué se despertó es una incógnita tan inexplicable como la incógnita de por qué se quedó dormida.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"CASTILLOS Y LEONES", de Octavio E. Lobo, en el Marconi

Es de elogiar en la comañía de Angelina Pagano, la manifiesta y sostenida voluntad de dedicarse a la representación de piezas de arte de producción nacional, aunque ellas generalmente no sean, desgraciadamente, las que mayores contingentes de público atraen. Bien es verdad que por lo común las obras serias de nuestro teatro no pueden competir en valores estéticos con las de los grandes maestros extranjeros, pero su carácter local y la pintura del ambiente en que se vive debería darles mayor interés ante nuestro público y fomentando la representación de piezas de esa clase sería más fácil llegar a obtener una buena cosecha dramática. Tal es sin duda el espíritu que informa el criterio a que nos referimos y sólo plácemes puede merecer de quien mire con un poco de cariño el teatro nacional.

Dentro de esa tendencia encuadra "Castillos y Leones", poema dramático estrenado últimamente. En esta obra el autor nos presenta un episodio amoroso de la época de la revolución, donde un capitán español casado con una linda tucumana (¿pero acaso hay alguna que no lo sea?), sufre el terrible conflicto de la pugna entre su amor y su honor, perdiendo por fin la vida a consecuencia de una heroica emergencia bélica. La trama del poema es extraordinariamente sencilla y de poca novedad, su acción es lánguida y monótona y carece en absoluto de esas escenas risueñas que son indispensable para dar un poco de animación y de gracia a la declamación, de suyo demasiado enfática y severa para mantener durante tres actos la atención de un público cualquiera. Faltarían también escenas pintorescas y características que dieran ambiente a la acción pintándonos costumbres de la época y dándole complejidad y color al asunto, demasiado escueto y simple para una obra de esas proporciones. Esta falla de carácter puramente técnico, es explicable en un autor novel, porque si difícil es escribir una buena comedia en prosa lo es mucho más un poema dramático. En cambio los versos de "Castillos y Leones" son armoniosos y bellos faltándoles sólo cierta brillantez de imágenes para resultar impecables. El metro y la rima cambian con la necesaria frecuencia para evitar la monotonía y ofrecen pasajes grandilocuentes y emotivos que arrancan fácilmente el aplauso.

La interpretación fué en general bastante acertada. Angelina Pagano desempeñó su papel con cariño y competencia, encarnando el papel de la protagonista dentro de un marco adecuado de la psicología romántica que correspondía. La Pagano es una de las pocas actrices que dicen bien los versos, porque sabe lo que dice y porque tiene el sentido de la melodía poética. Lliri estuvo bien y correctos los demás.

La presentación escénica, tanto en decorados como en vestuario, muy discreta y apropiada.

"SE REMATA UN MARIDO", de Ricardo Hicken, en el Liceo

Una de las características del autor de esta obra, como autor, es la de dominar la técnica teatral con seguridad absoluta. Podrá escribir una pieza de argumento flojo o poco interesante, podrá fallar en el diálogo o en el desenlace, pero lo que se llama en el argot teatral "el manejo de los muñecos" es para este escritor labor que no tiene escollos o sabe vencerlos con una pericia que no los hace peligrosos. Puede decirse, que el señor Hicken, ingeniero, es metafóricamente ebanista, por el conocimiento que tiene del mecanismo de las tablas. Una vez más se ha comprobado esta cualidad, con el estreno de su última pieza, es ésta, ni mucho menos, una de las producciones más afortunadas del autor de "Maridos caseros", pero está tan bien jugada, se lleva en ella tan hábilmente la acción a través de situaciones tan bien compuestas, que la sencillez del argumento cobra continuamente mayor interés a medida que la pieza se desarrolla. El público, de esta suerte, va recreándose aisladamente en cada escena y hasta el final no echa de ver que ha estado divirtiéndose toda la noche con una ingenuidad que no tiene nada de particular. Es por ello que las piezas del señor Hicken necesitan una esmerada interpretación, pues de lo contrario se advertirían de inmediato las fallas. En esta pieza, no faltan las ocurrencias felices, pero en realidad la trama y las escenas son mucho más felices que los diálogos.

Arata puso todo su empeño en lograr un gran éxito con "Se remata un marido" y lo consiguió ampliamente, porque el público le aplaudió largamente. Bien es cierto que se desempeñó con mucha eficacia cómica; por lo demás, es sabido todo lo que Arata puede sacar de un papel de italiano. Los demás elementos de la compañía respondieron satisfactoriamente.

COLÓN Y PARRA

"Cristóbal Colón, en la
Facultad de Medicina"
está en cartel y estará
porque es una rica mina.
Parra metido con ella
y ella metida con él,
dénse cuenta si la bella
será mina de cartel.
Es distinta cada noche
y cada noche es mejor,
porque hay en ella un derroche
de chistes al por mayor.
Parra se siente en la gloria
y cree que tendrá un sitial
mucho más grande en la historia
que en el teatro nacional.
Y dice con risa homérica:
—¿Tengo o no tengo razón?
si Colón descubrió América
yo he descubierto a Colón.

UN AMIGO, UN CUENTO Y UNA OBRA

Nosotros tenemos un amigo salteño. Tener un amigo salteño no es, ciertamente, una cosa extraordinaria, pero puede ocurrir que ese amigo sepa un cuento, que el cuento nos saque de una duda y por ahí que el amigo salteño nos resulte inesperadamente interesante. Esto, por lo demás, suelo ocurrir con las dos partes en que se divide el mundo: los salteños y los que no lo son. El cuento del salteño no es uno de esos vulgares cuentos que suelen hacernos los amigos y que suelen terminar en un lamentable déficit de nuestras finanzas. No es el del hijo enfermo, ni el del vencimiento en el Banco, ni el del giro que no llega, ni el de la despampanante aventura amorosa con la recién casada. Todos ellos están ya muy explotados y no ofrecen novedad para un cronista de teatros, que como es de suponerse tiene sus nervios acostumbrados a los más espantosos dramas del teatro nacional y del extranjero. Por otra parte, el cuento del salteño no era tendencioso y terminó venturosamente en un vermút que pagó él. Pero vamos al cuento. Cuando este mozo contaba la insoportable edad de diez años, vivía en un pueblecillo de su provincia, donde era muy conocida la familia de las Morales, una viuda vieja con tres hijas bastante competentes en el ramo, en el ramo de flores, ya que de chicas lindas se trata. Esta familia atravesaba una crítica situación, lo que quiere decir que eran personas honestas y respondían ampliamente a su apellido. Su única manía era la sociabilidad y dentro de ese género de actividades su especialidad era la invitación con esa deliciosa porquería que se llama mate. Cuanto forastero caía por la localidad y aún la población fija de la misma, era continuamente invitada por las Morales a tomar unos matecitos y no había quien se resistiera, porque nadie se resiste a tomar cualquier cosa que espere uno recibirías de unas manos blancas y jóvenes que nos rozan con su seda viva. Pero ocurría que una vez en rueda y formulada la gentil pregunta: "¿Quiere tomar un matecito?", una de las chicas tomaba boleto para la cocina y regresaba presto con cara desolada lamentando la terminación del azúcar. El visitante, se apresuraba a ofrecerse galantemente para traerla, pero ellas se negaban obstinadamente a aceptar la molestia y sólo transigían con el envío de un muchacho convenientemente dispuesto en escena, el que salía con la plata del visitante y no reaparecía más, perdiéndose definitivamente el muchacho, el azúcar y el vuelto. Después de un tiempo prudencial, el visitante se retiraba sin otro mate que el que llevaba sobre los hombros como cualquier hijo de vecino. Unas veces era el azúcar, otras la yerba, otras los bizcochitos, pero el famoso mate de las Morales nadie lo llegó a tomar más que ellas mismas en la más retraída y misteriosa intimidad del hogar.

La compañía Dealessi-Morganti ha debido estrenar en estos días "El mate de las Morales" de E. Sánchez, en el Maipo. En el momento de escribir estas líneas no conocemos la pieza, pero la oportuna diligencia de nuestro amigo salteño nos permite echar por delante este cuentecillo, sobre el que probablemente se basará la obra de Sánchez. Si no fuera así, nadie ha perdido nada, porque nosotros nos tomamos uno de esos escasos vermúts que a fin de mes pueden conseguirse gratuitamente y el lector ha enriquecido su anecdotario con una relación que no deja de tener su sabor local. Y bien local por cierto es su sabor, puesto que es sabor a mate.

EMPRESARIO Y AUTOR

El empresario del Sarmiento, Julio C. Traversa, sintió un día cierta envidiosa comezón por los aplausos que el público prodigaba a autores y actores y en el fondo de su conciencia no se perdonaba a sí mismo la injusticia de servir de escabel para el triunfo de los demás, mientras él obscuramente se limitaba a la modesta tarea de embolsar los pesos que el negocio teatral produce. El señor Traversa pensó que el teatro, además de un negocio, es un arte y se creyó postergado. Cuando se estrenaba una obra con éxito, se aplaudía allí todo el mundo y él, que tiene una gallarda apostura y que además había montado los títeres y hecho posible el espectáculo, quedaba relegado al más triste de los olvidos, porque nadie gritaba: "¡Que salga el empresario!" Había, pues, que cambiar las costumbres del público y hacer que en lo sucesivo saliera a escena el empresario en vez del autor, o, de lo contrario, hacerse autor o cómico. El señor Traversa es hombre que le gusta madurar bien las cosas, al extremo de que hasta las mismas damas no le resultan si no pasan de los treinta. Entonces pensó que es mucho más fácil ser autor que actor y menos arriesgado también. Y se lanzó al teatro, ingresando en las populosas filas de los que estrenan. Al principio tuvo una suerte mediocre, pero un buen día se estrenó "Seis personajes en busca de un autor" y el público le otorgó por unanimidad el ansiado título de "doctor en arte". El señor Traversa no cabía en sí de júbilo y convencido de que su verdadera vocación era la de autor y no la de empresario, se dedicó a escribir con singular afán. Según se dice, tiene preparadas en línea de combate veintiséis piezas en un acto cada una, las que irá estrenando despacito, o sea, una después de otra. La primera que se dará en breve, será "El debut de Guidobono", y según se dice ha de ser un éxito de los Ratti. Por nuestra parte, no hay en ello ningún inconveniente.

UN ÉXITO FELIZ

Cuando comentábamos el estreno de "Amar", de Paúl Geraldy, en el Odeón, augurábamos a tan bella pieza una larga vida, tanto por sus méritos propios como por la brillante interpretación que la Quiroga, Arellano y Gutiérrez le daban. Nuestro pronóstico se ha cumplido, porque hemos visto que la gente gusta de ver esta exquisita obra, llena de delicada emoción y de sutiles reflexiones. Durará en el cartel más o menos tiempo, pero basta para nuestro caso la certidumbre de que hay por lo menos un núcleo selecto de público y bastante numeroso que se interesa por estas producciones de la inteligencia, el arte y el buen gusto.

"LA CASA SECRETA", DE DARÍO NICODEMI" (TRADUCCIÓN DE JULIO F. ESCOBAR), EN EL SMART.

Caracteres de estreno revistió la representación de esta obra del prestigioso autor italiano, a pesar de que ya era conocida por nuestro público en su versión original, por haber sido puesta en escena durante la interesante temporada que dió en el Cervantes el año pasado su propio autor. "La casa secreta", es una comedia dramática cuyo primer acto es movido y agradable; también lo es el segundo, aunque ya en él se insinúa la tortura sentimental en que radica el nudo de la acción y sólo en el tercero, ya avanzado, se produce la crisis patética en una última escena dolorosa y bella. Tal vez esta disposición de los elementos emotivos de la pieza hace que el público no llegue suficientemente preparado al desenlace y lo reciba con un poco de frialdad, acostumbrados como estamos en nuestro teatro nacional a la laboriosa preparación de las pasiones y a la insistencia machacona, en los suspiros y las lágrimas. Con todo, la obra gustó y fué largamente aplaudida. En ella se nos presenta el caso de dos enamorados que no se han declarado su amor, pero que está patente ante la complacencia de todos; es uno de esos amores secretos que nadie ignora, como ciertos adulterios del dominio público, que sólo son un misterio para el marido. Parece que aquellas dos almas cada vez están más íntimamente vinculadas, pero un día el galán desaparece repentinamente en fuga misteriosa y al poco tiempo empiezan a aparecer en un diario correspondencias firmadas por él y remitidas desde países remotos. El abandono parece evidente. Ante las imposiciones familiares, la dama acepta el sacrificio de contraer enlace con un diplomático, influyendo tal vez también en ella la consideración de alcanzar por este medio un posible encuentro por esos mundos con el misterioso prófugo. Recién al final se devela el misterio. El galán padecía de una afección a la vista que lo iba dejando ciego poco a poco y que le obligó a huir del lado de la amada, fingiendo un viaje que no había realizado, porque en realidad vivía en una casita de las afueras de Roma. Se establece entre ambos una comunicación epistolar, con tan mala fortuna que el marido de ella la sorprende y en un arranque de celos le destroza la cara de un balazo.

Y en esas circunstancias, ella desfigurada y fea y él ciego, se juran el amor que la fatalidad no quiso que llegase a su hora.

No hay que decir que la obra está bellamente escrita y llena de espiritualidad y de ironías en los diálogos de la mayor parte de sus personajes.

Blanca Podestá encarnó su papel con gran acierto, desempeñándose con una ternura lánguida y delicada que es el temperamento que realmente corresponde a la protagonista. Tuvo muy felices momentos de emoción. Todos los demás, bien. La obra fué presentada con lujo y buen gusto.

CASAUX

Continúa en el cartel hasta este momento "Giácomo", y no se sabe cuándo se producirá el estreno ya anunciado. Casaux se ha encariñado con la obra y en realidad ésta gusta al público, que la aplaude sin reservas. Es cierto que la labor de Casaux en ella es de las que merecen el homenaje de la admiración.

DOS BUENAS FIGURAS

La compañía de la Comedia ha reforzado su elenco con dos buenos elementos que debutaron últimamente: África Samaniego y Rosario Granados, que se presentaron al público con la vieja pero siempre interesante obra de Arniches y Torregrosa "La fiesta de San Antón". El público recibió con grandes aplausos la reaparición de estas dos excelentes artistas.

LA MUJER EN EL HOGAR

El bordado de moda

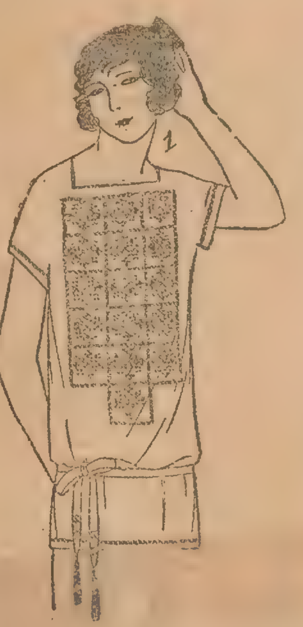
Debajo del tapado o de los trajes tailleurs acostumbramos a llevar una bonita blusa y nos agrada mucho cuando la hemos confeccionado nosotras mismas.

Estos blusones son muy de moda, pudiendo confeccionarse de tussor, shantung, velo o linón. Su corte es muy simple y de una pieza. Se precisa 1.70 cm. de tela que tenga 70 cm. de ancho. Después de haber asegurado el molde sobre el tejido se corta dejando 2 cm. para las costuras de los costados. El escote está cortado en cuadro pero puede cortarse redondo, pudiendo terminarse por medio de un bien o de un ribete así como las mangas y el bajo de la blusa.

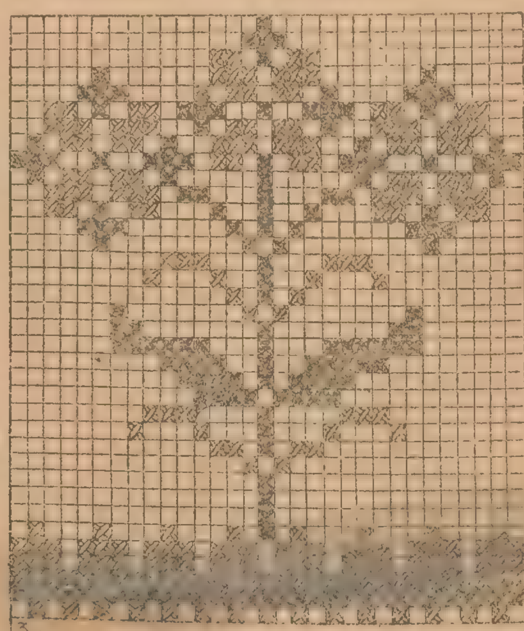
El bordado original (fig. 3) representando una rama en flor, se ejecuta con punto de cruz. Para ejecutar ese trabajo es preferible servirse de un canevás auxiliar que se hilvana sobre el tejido en el lugar elegido para el bordado. Se utiliza algodón perlé o seda vegetal bastante grueso, empleando de preferencia los colores vi[illegible] y claros-rojo, azul, amarillo y verde, de acuerdo con el color de tela elegido.

El primer modelo es un casaquín de crespón verde, ablusado por medio de un cinturón del mismo tejido anudado al costado y terminado por una borla de seda negra. El delantero está adornado por un rectángulo de bordado formado por filas horinzontales y verticales de puntos de cruz que forman cuadros [illegible]nando con flores bordadas. Este bordado [illegible]á ejecutado en algodón rojo y negro, la[illegible] de punto de cruz [illegible]n hechas con algodón negro.

El modelo de la fig. 2 es de shantung. El escote, las mangas [illegible]jo del casaquín están ribeteados por un bies de shantung marrón. El bordado está hecho con seda vegetal marrón y blanca, lo que le da un aspecto encantador.



1



3



2

Estos dos modelos de casaquines nos demuestran la forma de interpretar diferentemente nuestro dibujo. Nuestras lectoras podrán seguir su grado de fantasía y el tiempo disponible ejecutar el bordado tal como está representado o descomponerlo para emplearlo por partes. De cualquier modo el efecto del bordado será siempre bonito y [illegible]nal.

CONOCIMIENTOS DE ECONOMÍA DOMÉSTICA

Los vestidos no producen calor.—Cuando nos ponemos un abrigo de lana y tenemos una sensación de calor sucede lo siguiente: nuestro cuerpo, que como todo cuerpo caliente irradia, es decir, deja escapar parte de su calor, siente desde aquel momento que no pierde tanto calor como antes, porque entre el aire y él se ha interpuesto un cuerpo que es la lana que no deja escapar el calor porque es un mal conductor del mismo. Cuando nos vestimos de hilo o de una tela delgada de algodón, tenemos una sensación de frescura, porque siendo estas telas buenas conductoras del calor dejan escapar a éste a través de éstas y nuestro cuerpo pierde así su calor excesivo.

Los vestidos malos conductores del calor sirven también para proteger del calor excesivo de los rayos solares. Para evitar insolaciones hay que recubrirse la cabeza con un amplio sombrero; los árabes que atraviesan el desierto van envueltos en telas de lana blanca.

Reasumiendo lo expuesto, diremos que las clases de abrigos que conservan mejor el calor de nuestro cuerpo son los de pieles y de lana. Los de algodón e hilo no la conservan tan bien. El papel protege muy bien contra el frío; pero tiene el inconveniente de ser poco poroso; no deja pasar el aire y no resulta por lo tanto tan sano como los tejidos.

La influencia del color de los vestidos.—El color de los vestidos no influye en la conservación del calor de nuestro cuerpo mientras estamos a la sombra. Pero al exponernos al sol sucede lo siguiente: los vestidos de color blanco reflejan toda la luz, y, por consiguiente, se calientan poco; los vestidos negros, en cambio, absorben todos los rayos luminosos y se calientan. De lo que se deduce que en invierno debemos usar trajes de colores obscuros, y en verano trajes de color claro.

De los medios que nos valemos para conservar la temperatura normal.—Para conservar la temperatura normal hay que defenderse del exceso de calor y de frío. Dos cosas utilizamos en esta lucha. Las reacciones naturales de nuestro cuerpo y los vestidos.

Cuando hace mucho calor nuestros poros se abren por sí solos, nuestra piel transpira y el sudor al evaporarse roba calor a nuestro cuerpo, y por lo tanto lo refresca. Cuando sentimos frío utilizamos otra reacción natural que es el movimiento. Al movernos aumenta la temperatura de nuestro cuerpo por las combustiones más activas que tienen lugar en los músculos y porque la sangre tibia circula con más rapidez y calienta las regiones superficiales que empezaban a enfriarse.

Pero las reacciones naturales no son quizá suficientes contra el calor, no lo son para defenderlos del frío ni de los climas templados, de modo que la mayor parte de los habitantes del globo necesitan proteger su cuerpo por medio de abrigos o vestidos.

El uso de los vestidos.—Estos tienen como objeto primordial, como hemos visto, la conservación de la salud; pero responden además a otros fines. Los vestidos protegen nuestro cuerpo hasta cierto punto contra pequeñas heridas y golpes; nos permiten presentarnos más decentes y correctos, y por último, sirven de adorno.

LOS RESTOS

En una casa nada debe desperdiciarse. Las sobras más insignificantes reconstituídas y adicionadas, forman nuevos elementos, si se posee una ciencia culinaria basada en el orden y la economía.

Después de cada comida se deben apartar los restos y ponerlos cuidadosamente a un lado y con ellos se pueden hacer parte de la comida siguiente. Hay cosas que no deben ser recalentadas y otras que ganan al serlo. Es preciso conocer estos principios gastronómicos y dar siempre al plato el aspecto que debe tener. Muchas veces se va a lo más apremiante y se sirven los restos en su simplicidad. Esto es un sistema poco económico y de ningún modo decorativo. Las viandas frías deben ser cortadas y presentadas con perejil; pero serán más provechosas si se sirven condimentadas con una salsa. Así será un manjar inédito y la salsa les da más alimento. El pescado frío se sirve con una vinagreta, una mayonesa, o se hace al gratén, en croquetas, en blanco adornado con setas. También se le puede añadir una guarnición de almejas, de ostras o de langostinos. Las legumbres soportan mejor una segunda edición de fuego, salvo las patatas que pierden su sabor; sin embargo, con un puré de patatas se pueden hacer muy bien croquetas. El gusto del recalentado, así, es imperceptible. La ternera, cuando queda poca, se aumenta con salchichas y condimentadas con una salsa forman un plato para una familia reunida. Para acompañar a estos restos se hace otro plato cualquiera y así se obtiene una comida confortable. Ante todo, saber conservar frescos estos alimentos, y no servir nunca lo que está pasado.

LA DESPENSA

Esta habitación está exclusivamente destinada a la conservación de los alimentos ya preparados, y también a los que se encuentran en su estado natural, es decir, que aún no han sido presentados en la mesa. En las casas muy espaciosas la despensa se reserva a la servidumbre, para que en ella haga sus colaciones; en este caso la despensa propiamente dicha se encuentra en la cueva, o en un armario frigorífico y la despensa toma en este caso el nombre de ofice y el comedor pasa a ser cuarto de servicio y depósito de conservas y de provisiones.

En las casas más modestas, el ofice es el receptáculo de todos los condimentos utilizables en materia culinaria. En los muros deben colocarse estantes y armarios para encerrar las provisiones, y clavos para colgar las armas de servicio: escobas, plumeros, cepillos, paños, etc., etc.

El ofice pertenece a todos los criados, el cocinero, hombre o mujer, es amo en su dominio, es decir, en su cocina, de la que expulsa "manu militari", a todos los que le puedan estorbar, y, a veces, hasta los amos de casa que no saben emplear bastante bien su autoridad.

SECRETOS DE TOCADOR

VARIAS AGUAS DE TOCADOR

Para el tocado se hacen una porción de aguas, que sirven para enguajarse la cara y darle un perfume muy ligero y muy fino.

He aquí algunas:

Hojas de claveles de olor. . . . 250 gramos
Alcohol a 90°. . . . . ½ litro

Se deja que las flores permanezcan en el alcohol durante un mes, luego se filtra el líquido y se le añade alguna otra esencia y cinco gramos de tintura de ámbar.

Otra:

Un agua deliciosa se fabrica echando en el alcohol cien gramos de flores de violetas y cien gramos de flores de reseda. Se filtra y se le añade tintura de ámbar como en la anterior.

Otra:

Treinta gramos de esencia extrafina de lavanda (espliego) en medio litro de alcohol puro al 90 por 100. Se deja la mezcla tranquila durante un mes y después se filtra y añade el ámbar.

CONTRA LAS ARRUGAS

Una loción de lanolina pasa rápidamente a través de la epidermis absorbida por los poros y va a fortalecer el tejido ablandando y elevando los pliegues y las arrugas causadas por el enflaquecimiento que traen consigo los años.

CONTRA LAS MANCHAS DEL ROSTRO

Se toma un puñado de flores de saúco recientemente cortadas, se colocan en un vaso de la capacidad de los vasos de mesa y se les echa agua hirviendo, se cubren y se dejan en infusión durante dos horas.

Se obtiene así una loción excelente para la belleza del rostro.

Tomando el doble de flores para la misma cantidad de agua y dejándolas en infusión cuatro horas, contra las manchas que echan a perder el tinte del rostro.

La loción se repite noche y mañana y a veces en el día, dejándola secar sobre la piel, da un resultado perfecto, sobre todo si se tiene la paciencia de perseverar durante algún tiempo sin descorazonarse.

CUIDADOS PARA LAS PESTAÑAS Y CEJAS

Para tener pestañas brillantes y sanas, es preciso nutrirlas y para esto no hay nada mejor que una unción diaria con:

Aceite de ricino y agua de rosas, cantidades iguales.

Se procede humedeciendo la yema del índice en la mezcla y pasándola con delicadeza sobre las pestañas de arriba a abajo para las pestañas del párpado inferior y de abajo a arriba para las del párpado superior.

Cepillando las pestañas con un cepillito especial, mojado en esta brillantina, las vuelve bellas y espesas.

CONTRA LAS AMPOLLAS DE LOS LABIOS

La epidermis que recubre los labios es frágil y está sujeta a ciertos accidentes tan molestos como feos.

Todo el mundo conoce la ampollita de fiebre causada por una inflamación general originada por la acidez del estómago.

Cuando aparece esta ampolla se debe abstener de tomar vino y de hacer uso de especies, pimienta, nuez moscada, etc.

En seguida que sintáis su aparición en el labio humedecedlo con algodón hidrófilo humedecido en agua con vinagre caliente.

A la noche, al acostarse, debéis tocarla ligeramente con tintura de yodo.

PARA DAR LOZANÍA A LA TEZ

Se da lozanía a la tez bañando la cara con el agua extraída de los lirios al baño-maría mezclada con un poco de sal tártara.

CONSULTORIO FEMENINO

Raquel M. Trenque Lauquen.—Para obtener hortensias azules, riegue las plantas de las hortensias comunes con agua que contenga en disolución diez gramos de sulfato de hierro por litro. El procedimiento es sencillo y seguro.

Celia S. Jesús María, Córdoba.—Para conocer el vino aguado no tiene más que echar una gota del vino que desea probar en un pañuelo blanco, seco, bien limpio. Mírelo al trasluz, y si la mancha que deja no se difumina, es que no contiene agua, siendo por lo tanto señal de que la tiene el que alrededor de la mancha deje una corona o círculo más claro que la parte manchada con la substancia colorante del vino.

Amelia Matilde R. Lavalle.—El olor de las coles se atenúa mucho si, durante la cocción, se echa en la cacerola una miga de pan liada en un pedazo de lienzo.

Para conservarlas, se les corta el pie del tronco al comenzar el invierno y se busca un sitio al abrigo donde ponerlas boca abajo sobre un poco de paja. Con este procedimiento no se hiela ni una hoja.

María A. G. Ranchos.—Para ondular su cabello, debe humedecirlo con alcohol si es de naturaleza grasienta, o con vaselina pilocarpinada si es seco, empleando después horquillas vigudines o lo que acostumbre para ondularse. Si esto no le diese resultado, puede probar con cerveza templada, que a algunas personas les da un resultado rápido.

Con respecto a la receta que me pide para el crecimiento de las pestañas, le aconsejo que emplee con ellas los mismos procedimientos que para el cabello, recortándolas mensualmente un poquito.

Cachito. Luján.—No conviene escribir a un joven, si esto no está autorizado por nuestros padres. En la mayoría de los casos esa clase de correspondencia, por puro capricho, suele dar un resultado desastroso.

Violeta L. La Plata.—Para evitar la caspa que dice molestarle, lávese la cabeza una vez al mes en una palangana de agua donde haya echado dos cucharadas de amoníaco y en la cual haya disuelto un pedazo de carbonato de sosa del tamaño de una nuez.

Esta receta se la recomiendo si tiene los cabellos rubios o castaños, si los tiene obscuros, cada quince días lávese la cabeza con la mezcla siguiente:

Jabón verde . . . . 100 gramos
Alcohol rectificado. . 50 "
Glicerina. . . . . . 15 "

Disolved en esta mezcla 3 gramos de naftalina y empleadlo todo con agua templada como si fuera jabón ordinario.

L. P. K. Asunción.—Para preservar el florero de metal de manchas de herrumbre, frótelo con cera blanca después de haberlo calentado bien. Para que desaparezca la cera, vuélvalo a calentar frotándolo muy fuertemente con un paño para darle aspecto brillante.

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta referente a los secretos del tocador, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la **Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho". Calle Bolívar 879, Buenos Aires.**

DE LA ESCENA MUDA

LOS NUEVOS FILMS

Tres grandes producciones comenzarán a distribuirse esta semana: "Violetas imperiales", por la Cairo Film; "Si llega el invierno", por la Fox; "Hacia el abismo", por la Sociedad General. La primera es una cinta de manufactura francesa, dirigida por Henri Russell e interpretada por Raquel Meller, la famosa artista de variedades tan admirada por nuestro público, que se ha revelado una intérprete cinematográfica de primer orden; sobre dicha cinta, dimos abundantes referencias al regresar el señor Cairo de Europa. Se ha estrenado últimamente en Estados Unidos, confirmando el éxito de París y ciudades españolas. Es una evocación romántica, sentimental, de la época de Napoleón III, su corte, la vida de las Tullerías y Fontainebleau. Se estrenará pasado mañana, jueves, en el Palace Theatre local y en el de Rosario, con exclusividad, y luego comenzará a circular en otros salones. Su éxito está asegurado, sobre todo porque coincidirá con la presencia, entre nosotros, de la artista que tiene el papel principal, Raquel Meller.

"Si llega el invierno", se estrena hoy en los principales salones. Es la adaptación de una celebrada novela del escritor inglés Hutchinson, que resulta un magnífico espectáculo cinematográfico; la historia es de un profundo, humano y tocante sentimentalismo, grandes dolores de hombre que cura la piedad y el amor de una heroica mujer, y en su interpretación se destacan Ann Forrest, notablemente, como que encuentra la mejor oportunidad de su carrera, y Percy Marmont, sin contar otras figuras del extenso reparto.

"Hacia el abismo", fué estrenado por la Sociedad General el viernes último. Es un drama desarrollado en una atmósfera de intenso realismo, la pasión de dos hombres por una mujer que prefiere a uno de ellos y exalta el odio del rival, obra llena de situaciones emocionantes, cuya interpretación está a cargo de un cuadro de intérpretes de primera fila: Bárbara La Marr, John Bowers, Blanche Sweet, Lon Chaney, Louise Fazenda, Elmo Lincoln, que actuarían para prestigiarla.

—La Fox—que sigue distribuyendo la superproducción de reciente gran éxito: "Monna Vanna"—además de la película mencionada arriba, dará a conocer este mes: "Mientras Nueva York duerme", por Estelle Taylor; "El tío paciencia", por Tom Mix y Bille Dove; "El desengaño", por Perla White; "El hombre lobo", por John Gilbert; "En pos del deber", por Charles Jones; "Fidelidad", por Dustin Farnum; "El sastre", por Al St. Jhon; sin contar otras numerosas películas cómicas, de actualidades, educacionales etc.

—Por su parte la General, completó su programa de la semana donde ha incluído la extraordinaria mencionada anteriormente, con "En el cráter del volcán", drama Realstar por Lucy Fox y Homes Herbert; varias películas cómicas y de actualidades, una "reprise", otros episodios de "La doble aventura"; y, el domingo último, el estreno de "El canto del amor triunfante", drama Rialto, especial, interpretación de Natalia Kovako y Jean Angelo.

La New York Film Exchange estrenará pasado mañana, jueves 5, "El hombre de hierro", drama de cow boys, por Williams Duncan y "Barrilito, héroe del Marne", por Lloyd Hamilton; el sábado próximo programará oficialmente "La feria de las vanidades", de que ya hemos hablado, especial producción Goldwin, tomada del famoso libro de Thakeray; para el jueves 12 anuncia "Los traperos de París", producción Albatros, por René Maupré, Helene Darly y Nicolás Koline y "El miedo no es zonzo", por Louise Fazenda; el sábado 14 estrenará "Aquello que Dios unió..." superproducción Vitagraph con Paulina Frederick, como protagonista, secundada por Lou Tellegen y Maurice Costello; jueves 19: "La máscara de López", segunda producción, de la Monogram Pictures, interpretada por el rival de Tom Mix que tanto éxito ha obtenido con "El caballo blanco", Fed Thompson, y "Olla de grillos", por Buster Keaton; para el sábado 21 se anuncia el estreno de la superproducción "Natán, el sabio", o "Tolerancia", adaptación de la obra maestra de Lessing, interpretación del gran trágico Werner Krauss; jueves 26: "Maridos prestados", de la Vitagraph, por Florence Vidor, Earle Williams, Robert Gordon, Katryn Adams, y "Agapito campesino", por Larry Semon; finalizará el mes con el estreno de una producción que se califica como extraordinaria: "El rayo púrpura", interpretada por Henry Walthall, Alice Lake, Styart Holmes, Helen Ferguson, Ethel Grey Terry, Frankie Lea y James Morrison, que irá el 28 de junio. Este notable programa de estrenos se completa con "Helena de Troya", monumental reconstrucción de la "Ilíada" de que ya hemos dado noticia.

La Universal estrenará estos días "Juventud deportiva", aunque con espíritu del film, donde se destacan Laura La Plante y Reginal Denny; mañana dará a conocer "Un ladrón que no es ladrón", por Herbert Rawlinson, secundado por Kathleen Myers; "La senda de la inocencia", por Mary Philbin y Pat O' Malley, en la segunda quincena de junio; el 11 de este mes: "La voz de la conciencia", por Howard Truesdeell y Gladys Hulette; "El amor vence al engaño", el 25 de junio, por Herbert Rawlinson y Alice Lake; hará el reestreno, a mediados del mes, de "La virgen de Stambou" algo de lo más notable realizado por Priscilla Dean; y ha fijado, definitivamente, esta alquiladora, para fines de julio, el estreno de su gran película "El jorobado de Notre Dame de París", adaptación de la célebre novela de Víctor Hugo, film de aparatosidad y espléndida evocación de época.

—El martes último estrenó la casa Glücksmann una graciosa comedia inglesa con la Mary Pickford británica, Miss Betty Balfour y otros artistas de su país: "Qué papa, casarse", film lleno de incidencias cómicas, divertidísimo; el miércoles siguiente estrenó "Dioses color de rosa", que pinta el trance fatal de una mujer tentada por las joyas en el ambiente de las minas de diamantes de Africa del Sur, interpretación de Bebe Daniels, Ana Q. Nilson, James Kirkwood, Raymond Hatton; el viernes pasado dió a conocer "Refugio", protagonistas la bellísima Katherine MacDonald y Gordon Russel, producción del First National Circuit, una historia de conspiraciones por reponer en el trono de un país imaginario a un príncipe, acción que conduce una valerosa mujer, perseguida, y con quien colaboran varios veteranos de una guerra, uno de los cuales resulta ser el propio heredero legítimo del trono. Un nuevo film de cow boys, "Hombres sin ley", con Neal Hart como protagonista, se estrenó el sábado último.

—El lunes de la semana anterior comenzó a distribuir la Sud Americana la película interpretada por Pina Menicheli "Una hora de amor", adaptación de la novela de Emilio Zola.

E. M.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



PAPEL Y TINTA

Los motivos del Agora, por Juan Bautista Ramos.

Desde Mendoza nos llega este libro de poesías que sale a la luz del mundo como primera obra de su autor para pregonar, por cierto muy altamente, su condición de poeta. No obstante su procedencia geográfica, bueno resulta anotar, sin embargo, que el aludido libro no es la obra de un hijo de aquellas feraces tierras de vides y montañas, sino que, por el contrario, su paternidad pertenece a un espíritu hijo de Buenos Aires, que escribió sus versos, según propia declaración, "Bajo la niebla de los otoños porteños o la solemnidad de las montañas andinas."

"Motivos del Agora" se denomina el libro en cuestión. Y con ello quiere el autor determinar que sus versos, nacidos al calor de sus lirismos cívicos por virtud de una activa como lucida actuación política, llevan en su médula la vibración de su corazón de poeta puesto de frente al latido de las masas populares, sedientas de libertad y amor bajo quién sabe cuánta cantidad de cielos...

Y así describe el poeta en su composición inicial, tal vez su primera emoción cívica, frente al paso rumoreante de la turbamulta:

Suenan trompetas hoscas y van los pa-
[bellones
cual si reavivaran ún fuego de carbones
en una fragua móvil por la bullente vía.
Sobre la ürbe atónita con la algarabía,
el sol en el poniente destiñe su bermejo
besantes, y ensangrienta el cóncavo azulejo
del cielo que una nube lentamente destie-
[rra.
Viriles resoplidos como un piafar de guerra
ascienden por los aires y es una la garganta
de aquella multitud que pasa, grita, canta,
impreca y vocifera sus ansias y dolores
bajo el poema intenso de sus propios so-
[pores...

Trozo de una composición de muy subido valor, sin duda alguna, no sólo por la armoniosa música de sus versos sino también por la sincera emoción que los inflama. Bien se aprecia que el autor, sin embargo, no pierde el contacto del instante que vive mientras desfila la masa exaltada con la severa pulcritud de su espíritu puesto quizá por encima de todo... Y el hombre político mira y hasta tal vez se entusiasma; pero el poeta glosa la emoción del instante y canta por encima de todas las edades.

"¡Oh! multitud que pasas y eres la mis-
[ma historia
de la conquista humana que en la justicia
[brilla.
Tú eres el gorro frigio que ahoga la Bas-
[tilla:
verbo de los motines y frémito de hondas;
mujeres en Versalles y Cabezas Redondas
en la tierra bretona de los dogos marinos,
y en mis pampas y cerros eres los sep-
[tembrinos
efluvios libertarios de una gran sementera
que nos anuncia siempre la nueva prima-
[vera.

Pero si estos versos que anteceden cobran singular valor por mérito de su estructura sin tacha y más aún por la bisoña personalidad de su autor, es de evidenciar, además, la sorpresa tan agradable que experimenta el lector frente a una serie de sonetos bellamente obtenidos mediante una pasmosa simplicidad de medios y motivos. Reproduzco aquí los dos tercetos de uno de ellos, que no copio íntegramente en el deseo de brevedad que me persigue y que constituyen todo un retrato en su escueta aunque bellísima simplicidad.

—¡Oh! sangre humilde de mi pobre ma-
[no...—
decía el leñador mirando el llano
como una sombra sobre aquella falda...

Y al ver de pronto de un halcón el vuelo
limpió su frente, se fijó en el cielo,
y echó hacia atrás la vigorosa espalda.

Y luego nos llega una recia figura casi legendaria de su azarosa vía crucis cívica llevada al bronce inconmovible de estos versos justísimos y elocuentes.

I

El recio pomo en la enguantada mano;
vuelto el jubón, que la escarcela brilla;
impávidos los ojos y un liviano
barniz de luna plena en la barbilla.

Raro pompón de armiño, la golilla;
y en cuero de un antílope africano,
la bota que recubre la rodilla
de aquel señor hidalgo del Ticiano.

Metálicos velones, armaduras
de panoplias cobrizas y blanduras
de esmirnados reflejos en la alfombra...

Y sobre el marco con listones de oro,
esta expresión de señorial decoro:
"Muerta mi carne luchará mi sombra."

II

Vivo el empaque en su dominadora
auscultación al popular latido,
se dijera de su alma ese fornido
peñón que en los crepúsculos se dora.

Y fué su corazón la cantimplora
sedativa y filial para el caído,
y entre la multitud fué ese suplido
que amplias fecundaciones atesora.

De vez en cuando en la tranquila hora
en que se muestra el cielo enrojecido
por el sol vesperal que lo colora,

susurran los gañanes, que el velido
de un ave que el espacio azul devora,
es de quien no está muerto... sí, dormido.

Una composición audaz y varonil que se destaca nítidamente por la enorme potencia de su inspiración, es aquella que se titula "Canto a España", premiada con palma de oro y flor natural en los juegos florales de Lomas de Zamora, en virtud de un fallo dictado por un jurado compuesto por López de Gomara, Martín Dodeu y Juan Luis Ferrarotti, en el año 1919. Sonorosa composición, en efecto, donde quien lee no sabe qué admirar más: si la fuerza subyugante del estro del poeta o la delicada soltura del ritmo o la elocuente enunciación del pensamiento poético.

Indiscutiblemente no es el caso de continuar la reproducción de las composiciones que componen este volumen, aunque, en verdad, el ánimo y el buen gusto se quedan cortos en el deseo de poner de manifiesto la evidente facilidad del autor en el manejo del verso. Por oposición a ello, aunque también nos cuesta caer en el lugar común, cuadra igualmente a nuestra hidalguía declarar que el libro que comentamos no carece de defectos... Pero sospechamos, por la erudita condición que el poeta revela, que nuestro aviso llegaría tarde. Bien se aprecia que el poeta es avisado hombre de letras que colocó allí sus errores para obtener un efecto de contraluz en su afán insaciable de belleza. Porque ¿qué importa la debilidad de la rima si se enalteció el concepto? ¿Qué importa el imperceptible crujir de un ritmo si la música del verso por la emoción del sentimiento originario debe brotar casi vacilante desde el corazón de quien le da vida? Asunto es este de íntima y personal estimación. Pues como en poesía también todo es relativo, no es el caso de sujetarse a cánones preestablecidos sino m bien estarse a lo que dictaminó el corazón, juez siempre justo—mucho más así que el cerebro,—en estas bellas cosas que le corresponden. En suma, un libro que es cosecha y simiente a un tiempo mismo. Y ojalá que su joven autor, inspirado en la sinceridad de su bella obra que ahora nos envía, enderece en lo sucesivo sus pasos por la misma senda en que camina, toda vez que para fecha no lejana nos anuncia la paternidad de una nueva obra.

Juan José GIORELLO.

El viaje de Anacarsis. Editorial Babel, Buenos Aires, 1924.

Ricardo Sáenz Hayes, el distinguido literato que por méritos positivos de su pluma y de su intelecto ocupa un destacado lugar entre los mejores escritores argentinos de nuestra época, acaba de dar a publicidad una interesante novela titulada "El viaje de Anacarsis", donde se reafirman las valiosas dotes literarias que posee el autor de "Almas de crepúsculo".

El libro que nos ocupa constituye, sin duda alguna, un nuevo éxito para el joven escritor.

Obra completa de Benjamín Taborga

Como un homenaje a la memoria del malogrado escritor hispano Benjamín Taborga, un grupo de amigos del extinto ha compilado toda su labor intelectual en dos volúmenes que acaba de imprimir la Editorial Calpe, en esta capital.

El primer tomo, titulado **"El novísimo órgano"**, comprende los trabajos en prosa que menciona el siguiente índice: Benjamín Taborga. Especulación para glosas sobre la posibilidad de un "Novísimo órgano". Ideas para una nueva teoría de la ciencia. El espacio, la geometría y la lógica. La realidad, la ciencia y el número. Fragmentos. Eugenio D'Ors. Novecentismo. Recetas de sabiduría y de moral. El problema de la termodinámica biológica. Pequeña [illegible] toria sobre la democracia. Lo que hubiéramos podido decir a Maitre Labori. Filosofía del diletantismo. Apostillas pedagógicas. La guerra, los inventos y el progreso científico. Sobre el aniversario de Ameghino. Realidad y vocabulario. Anécdotas ejemplares de los grandes sabios. La dignidad del oficio. Estudiando el ambiente. Pueblos jóvenes y pueblos viejos. Inventor de explosivos. Crítica literaria.

En cuanto al segundo volumen, que lleva por título **"La otra Arcadia"**, ha sido dedicado por entero a las composiciones en verso y consta de las siguientes poesías: La otra Arcadia. Interludio místico. Intimas. Momentos. Fragmentos inéditos.

Ambos tomos con carátulas a dos colores, están perfectamente impresos en excelente papel y lleva el primero de ellos un retrato de Taborga, hecho a pluma por el dibujante Juan Cotone Isaías.

¿El impuesto único es el mejor?

Bajo este título la "Editorial Lux" acaba de publicar un interesante folleto de que es autor el doctor Alberto J. Grassi, vastamente conocido por sus trabajos de índole política, económica y social.

El doctor Grassi trata, en forma sucinta, el problema profundo y grave de la reforma tributaria en sus relaciones con el latifundio, sentando el principio de que deben suprimirse los impuestos actuales y establecer una sola contribución sobre la tierra desnuda de mejoras.

"Revista Jurídica y de Ciencias Sociales", editada por el Centro Estudiantes de Derecho. Director Armando Levene.

Respondiendo al propósito de su fundación, esta revista es un fiel exponente de nuestra cultura jurídica, pues en ella halla el estudiante cuanto puede interesarle para sus estudios.

Sus colaboradores han sido seleccionados entre nuestros más representativos escritores de legislación y jurisprudencia y los temas que en tal revista se tratan son de un alto interés universal.

La dirección en su último número ha querido rendir un homenaje a tres profesores desaparecidos, los doctores Joaquín González, Juan Agustín García y Estanislao Zeballos, y lo hace en un magnífico artículo, donde se pone de relieve el recuerdo imborrable que han dejado entre nuestra juventud universitaria esas tres personalidades destacadas de nuestra cultura.

Avaloran la "Revista Jurídica y de Ciencias Sociales" trabajos de Joaquín V. González, Alfredo L. Palacios, E. Sarmiento Laspiur, Salvador Oriá, Jorge E. Coll, Julio V. González, Leopoldo Longhi, Homero Guglielmini, Melchor I. Chavarría, Bernardo Sierra y Santiago Criscuelo.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Conservación y aprovechamiento de frutas y verduras en la chacra

(Conclusión)

Arvejas. — Las arvejas son de difícil conservación especialmente si no se dispone de autoclaves de presión. Se emplean solamente las arvejas jóvenes y tiernas. Se recomienda cosechar temprano en la mañana y desgranar rápidamente, haciendo una rigurosa selección por tamaño y madurez, pues jamás deben mezclarse los granos maduros y duros con los tiernos. El escaldeo es de suma importancia en la arveja, si no está bien hecho, se produce un líquido lechoso y un producto poco tierno. Sumergir en agua hirviendo de uno a cuatro minutos, según el grado de madurez, y luego en salmuera fría empleando una cucharada de sal por litro de agua. Llenar hasta un centímetro de la boca, agregando para envases de un litro una cucharada de sal y dos de azúcar y agua fresca hasta llenar. Poner en la cámara por 10 a 15 minutos para agotar el aire y dar esterilización intermitente de una hora por tres días consecutivos. Cerrar bien los envases.

Pimientos dulces. — Deben emplearse las variedades de mucha carne, cuando hayan llegado a una completa madurez, teniendo cuidado de no machucarlos para evitar los descoloramientos. Deben ser libres de aristas, completamente sanos y de tamaño uniforme. Los tamaños menores servirán para salsas. Poner en bandejas especiales sin amontonar y sin que se toquen en un horno de cocina bien caliente por 6 a 8 minutos teniendo cuidado de que no se quemen. Sacar la corteza y la semilla cortando por el tronco. Achatar en forma de pasa, y envasar en camadas. Poner por tres minutos en la cámara para agotar el aire, cerrar y esterilizar de 20 a 30 minutos para los envases de ½ litro. No se emplea ni agua ni salmuera porque al esterilizar, el pimiento larga un jugo espeso que los cubre por completo.

Espinaca. — Cortar todas las raíces y los tallos muertos. Sumergir por dos minutos en una solución hirviendo de una cucharada de soda cáustica en 4 ½ litros de agua. Lavar con varias aguas hasta que desaparezca la soda; dejar escurrir bien el agua. Sumergir en agua hirviendo por 4 minutos y dejar escurrir antes de envasar. Rellenar con agua salada (una cucharada de sal por un litro de agua). Poner por cuatro minutos en la cámara para agotar el aire, cerrar y esterilizar por una hora.

Espárragos. — Emplear espárragos tiernos y frescos solamente, haciendo una rigurosa selección según tamaño y madurez. Recortar del tamaño del envase, lavar y atar en pequeños paquetes. Sumergir primero los troncos en agua hirviendo de 2 a 3 minutos, dejando luego caer el todo por 2 o 3 minutos más. Sumergir luego rápidamente en agua fría y envasar en camadas. Rellenar con salmuera preparada con 180 gramos de sal en 4 ½ litros de agua. Poner por tres minutos en la cámara para agotar el aire y esterilizar intermitentemente por una hora por tres días consecutivos. Cerrar bien los envases.

Mezcla para sopa. — 5 kilos de tomates, 5 kilos de choclos rallados, 2 kilos de okra cortada en rebanadas, 2 cucharadas de azúcar, 2 cucharadas de sal.

Escaldar, pelar y cortar en rebanadas los tomates. Los choclos deben ser tiernos y frescos. El todo se cocina en una cacerola abierta hasta ponerse espeso. Se envasa, se cierra y se esteriliza por una hora para frascos de un litro.

Pikles de pepinos. — El éxito de la fabricación de la mayoría de los pikles depende en gran parte de la salmuera y del vinagre. La salmuera para la preparación de pepinos debe tener de 60 a 70 por ciento de sal, es decir, debe ser lo suficientemente densa para que flote un huevo fresco.

Los pepinos deben ser tiernos y frescos y no deben pasar de 5 centímetros de largo. En una barrica de madera o de loza, que [illegible] bien apretada, se pone [illegible] salmuera para ir echando diariamente los pepinos que se recojan, teniendo cuidado de [illegible] suficiente sal para mantener constantemente la misma concentración. Se recomienda revolver a menudo [illegible] bien cerrada porque la exposición al aire y a la luz produce descoloración y [illegible].

Los pepinos deben permanecer en la salmuera hasta que la fermentación les haya cambiado el color verde natural a un verde [illegible] de oliva, lo que suele ocurrir entre [illegible] 7 [illegible]. Se recomienda emplear un [illegible] cualquiera para asegurar que los pepinos estén continuamente sumergidos. En estas condiciones estarán listos para el vinagre después de haberlos lavado en agua pura por lo menos unas doce horas.

Es preferible emplear vinagre blanco destilado, agregando las siguientes especias: [illegible] litros de vinagre; 2 palos de canela; 2 cucharadas de allspice sin moler; 2 cucharadas de clavos de olor sin moler; 1 kilo de azúcar; 1 taza de rábano picante (Horse radish-Cochearia armoracia). Las especias son colocadas en una bolsita de lienzo para echarlas así al vinagre con todos los demás condimentos para hacerlo hervir por unos 15 minutos. Agregar la suficiente sal. Retirar del fuego y dejar las especias por tres días más en el vinagre, retirándolas cuando haya de emplearse. Hervir el vinagre así preparado y echar los pepinos que han estado en agua pura por 12 horas, poco a poco y dejarlos hervir de 5 a 15 minutos. Acondicionar compactamente primero en frascos de vidrio o de loza con suficiente vinagre para cubrirlos. Allí ocurre una fusión de los jugos del pepino con el vinagre, lo que debilita la densidad del segundo. Por esta razón se recomienda tener los pikles por unas seis semanas en estas condiciones con abundancia de vinagre, antes de envasarlos definitivamente. Deben acomodarse simétricamente por camadas, poniendo algunos ajíes maduros y cebollinos para hacerlos más atractivos. Después de envasar se esterilizan de 15 a 20 minutos, según el tamaño del envase. No deben dejarse especias en el líquido porque obscurecen el contenido.

Chow-Chow. — 4 ½ kilos repollo picado; 2 ½ kilos tomates verdes picados; 1 docena cebollas grandes picadas; 1 docena pimientos verdes picados; ½ docena pimientos maduros picados; 1 kilo de azúcar; ½ taza mostaza negra en polvo; 1 taza semilla mostaza blanca; 2 cucharadas de semilla de apio molida; 1 cucharada de gengibre molido; 28 gramos de clavo de olor molido envuelto en un lienzo.

Salar abundantemente cada una de las verduras por separado y dejar por unas 16 horas. Hervir suficiente vinagre con todos los otros ingredientes y especias y tan pronto como haya llegado a la ebullición echar las verduras poco a poco, de las que se habrá dejado escurrir la salmuera. Hervir por 30 o 40 minutos, al cabo de los cuales se pone a enfriar en frascos de vidrio o de loza. Después de tres días se extrae la bolsita con el clavo de olor y se guarda así por seis semanas. Envasar en los frascos usuales, rellenando con vinagre preparado de la manera ya descripta al hablar de los pepinos. Esterilizar por 15 minutos.

Pikles con mostaza. — Verduras: ½ kilo pepinos chicos; ½ kilo pepinos en rebanadas; ½ kilo cebollines; 1 taza chauchas en pedazos; 3 pimientos verdes; 3 pimientos maduros; ½ kilo tomate pera amarillo; ¼ kilo coliflor. Salsa: 1 litro de vinagre; 1 cucharada harina; 1 taza de azúcar; 3 cucharadas mostaza en polvo; ½ cucharada turmeric (curcuma); 1 cucharada semilla de apio.

Poner todas las verduras en salmuera de 60 a 70 %, por 18 horas, y luego por dos horas en agua fría. Poner por 20 a 30 minutos en un licor mitad agua y mitad vinagre en frío. Retirar y hervir el mismo licor para escaldar la verdura por 3 a 5 minutos. Para preparar las salsas se mezclan todos los ingredientes y luego se les añade poco a poco el vinagre hirviendo, agitando hasta hacer una pasta. Cocinar a baño maría revolviendo hasta que la salsa se ponga espesa. Después de escurrir bien las verduras, echar la salsa hirviendo, mezclar bien, envasar y esterilizar por 20 minutos.

Soy de tomate. — 9 kilos de tomates verdes medianos en rebanadas; 1 docena cebollas blancas; ¼ kilo semilla de mostaza blanca; 60 gramos de raíz de gengibre; 90 gramos semilla de apio; 10 gramos de allspice; 15 gramos de clavo de olor entero; 60 gramos de mostaza en polvo; 1 taza de horse-radish o rábano amargo; ½ taza ajo picado; 1 kilo de azúcar negra; ½ litro aceite de oliva.

Salar bien las verduras y dejar separadamente por 24 horas. Extraer la salmuera poniendo en colador y lavar bien con agua fresca. Poner en utensilio de loza o de vidrio, camadas superpuestas y alternadas de cebollas y de tomates, agregando los demás ingredientes. Cubrir con vinagre hirviendo en el que se ha echado el allspice y los clavos de olor envueltos en un lienzo. Cocinar a fuego lento hasta que los tomates se pongan transparentes y guardar en depósito de vidrio o de loza, rellenando con el aceite de oliva, después de seis semanas estará listo para envasar definitivamente. Esterilizar por 15 minutos.

LAS ESMERALDAS DE COLOMBIA

ES EL ÚNICO PAÍS PRODUCTOR

DATOS SOBRE SU HISTORIA

En busca del país de la sal, después de una peregrinación que duró un año, por las márgenes fangosas del río Magdalena, pobladas de fieras, de reptiles y alimañas ponzoñosas, llegó Gonzalo Jiménez de Quesada, el licenciado conquistador — a cuyo nombre su ciudad nativa, Granada, no ha consagrado ni siquiera una de sus calles—al nuevo Reino de Granada. De los ochocientos soldados que había sacado de Santa Marta, no alcanzaron a llegar vivos dos centenares de ellos.

Desde que pisó los fértiles terrenos de la antiplanicie andina, atemperados por un permanente clima primaveral, fué sorprendido el licenciado por el sinnúmero de esmeraldas que veía incrustadas en los ídolos de madera de los templos indígenas y en los idolillos de oro que a manera de penates llevaban atados al brazo los guerreros chibchas.

Dicen los cronistas que Tisquesusa, rey de Bacatá, para sacar a los castellanos de sus tierras le envió una docena de indios de toda su confianza, que sudorosos y cubiertos de polvo, cual si vinieran de un largo viaje, se presentaron al jefe de la expedición, con un buen lote de esmeraldas y se las entregasen en nombre del cacique de Somondoco. La orden fué cumplida con toda exactitud. Quesada puso su gente en movimiento y salió en busca de las tierras que revelaban la preciosa piedra.

Quesada se detuvo en el valle de las Trompetas, así nombrado por unas que allí hizo fabricar con el cobre de las pailas viejas que llevaban, donde encontró bastante alimento para las tropas y despachó a uno de sus capitanes, que con unos pocos hombres fuese al descubrimiento de las minas.

Pedro Fernández de Valenzuela, que así se llamaba el enviado, llegó conducido por los indios a una cuchilla alta y pelada, cubierta de una capa de tierra deleznable, que según le dijeron cubría las vetas. Estas no se podían trabajar sino en la época de las lluvias, después de que las aguas, acarreando el manto de tierra rodada, las ponían a descubierto.

Los indios hacían muchas ceremonias y tomaban ciertos jugos (borrachero, "Datura Arbórea"), diz que para adivinar los sitios en que se ocultaban las gemas. Trabajaban en hondos zanjones con "coas", estacas de aguda punta y de madera muy dura. Pocas piedras sacó el emisario, la mayor parte muy pálidas de color. Entonces se tenía la creencia de que las esmeraldas en su formación eran blancas y que con el tiempo iban tomando y se les iba acentuando el color verde.

Un año hacía que Quesada había coronado la altura andina. Deseoso de asegurar su conquista en la Corte, hizo reparto con sus soldados del botín hasta entonces recogido, que consistía en unos doscientos mil pesos en objetos de oro, y 1.815 esmeraldas de diversos tamaños y calidades, sin contar aquellos jefes, oficiales y soldados que hubieran recogido por su cuenta.

Más tarde fueron descubiertas las minas de Muzo, que desde mediados del siglo XVI hasta la fecha han ido inundando al mundo con sus gemas verde oliva, transparentes y de una cristalización perfecta.

Don Alonso Luis de Lugo, adelantado de Canarias, caballero de alta alcurnia y que desgraciadamente lo fué también de industria, entre los despojos que hizo de sus bienes a los primeros conquistadores del Nuevo Reino, tomó al capitán Suárez Rondón 50.000 ducados y muchas esmeraldas de valor, entre ellas una de buen color y calidad, de tamaño de una espada. De las cajas reales sacó una gran esmeralda llamada espejuelo por su color y calidad "y un bracamarte de oro y esmeraldas que por bienes de Hernán Pérez estaban adjudicados al rey por lo que aquél le debía."

El padre fray Benito de Peñalosa mandó hacer una corona para la virgen de Monserrate (en Bogotá), la cual fué reputada como la obra más bella y perfecta de su clase. Fué avaluada en 50.000 ducados. El mismo padre refiere que en sólo limosnas y con el producto de misas y sermones logró recoger doce libras de oro y 2.500 esmeraldas finísimas, algunas muy grandes.

Felipe II recibió tres grandes y hermosas esmeraldas que mandó labrar en forma de tabaqueras. Guardó una para sí, obsequió otra al Santo Padre y la tercera la mandó al rey de Francia.

Yo he visto de estas piedras, de primera calidad, cuyas aristas medían un decímetro de largo.

Sería interesante y no muy difícil de hacerlo, pues para ello tengo casi todos los datos necesarios, presentar un cuadro de las esmeraldas que anualmente se traían para los reyes en galeones de Cartagena durante más de tres siglos y medio. Sólo puedo asegurar que pasaron de un millón de pesos, fuera de lo que traían los particulares.

Creo no engañarme al asegurar que cuantas esmeraldas figuren en las coronas y diademas de los reyes, especialmente en España, en los vasos sagrados y otros objetos de piedad, todas las que realzan la belleza de las mujeres en joyas multiformes, provienen de Colombia, hoy fuente inagotable y única de este tesoro.

Ernesto **RESTREPO TIRADO.**

(Cónsul de Colombia en Sevilla.)

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

La luz del ciego

Yo soy un viejo que a tus plantas llega
ávido de bondad y de ternura,
bajel sin rumbo que al azar navega
en un mar proceloso, en noche obscura.

Así te dije, mi recuerdo es fiel,
ven, respondiste con tu voz más suave,
holgado es este hogar, toma su llave
y para siempre permanece en él.

Hoy tu mano sutil mis pasos guía
mis ojos ciegos por tus ojos ven,
y olvido ¡oh, niña! la desdicha mía
si en tu hombro poso mi abrasada sien.

Pensé en la vida con horror un día,
¡quién no tiene en la vida desengaños!
Mas hoy suaviza, tu dulce fantasía,
esta amarga experiencia de mis años.

Es un sol tu piedad, ella colora
cuanto lóbrego existe en torno mío,
¡ya en mi templo interior brilla una aurora!
¡Ya no solloza el corazón vacío!

Teófilo C. CHIESA.

Cántico

Cántate y dico, mujer,
mi cítara cadenciosa,
que eres así, tan hermosa
como la bíblica Esther.

Y que soberbia y cristiana
en mi emoción de poeta,
tengo de amada a Susana
en la Cleopatra coqueta.

Tus rubios rizos que, bellos,
visten tus hombros de gala,
recuérdanme los cabellos
de María de Magdala.

Y en mis líricos antojos
me siento sabio entre sabios,
hallando a Dios en tus ojos
y a Satanás en tus labios!

Guillermo E. PERKINS HIDALGO.

Décimas

(Para Juan Palomeque).

Me clavó el amor su espina
y hoy, rendido de pasión,
tironeando el corazón,
me trajo hasta aquí, mi china.
A tu sonrisa divina
mis ansias están sujetas,
y como penas secretas,
sobre mí han puesto una cruz,
llego buscando la luz
de tus pupilas inquietas!

Mi beso anhelando mieles,
viene a tu boca bermeja
como va la rubia abeja
a los sangrientos claveles;
vengo a oír los cascabeles
de tu reír seductor
y como soy trovador,
de mi guitarra, en los hilos,
traigo "cielitos" y "estilos"
para cantar en tu honor!
Vengo a buscar a tu lado
para mis males alivio
y a aspirar el vaho tibio
de tu aliento perfumado:
pobre gaucho enamorado,
crucé la llanura ingente
para expresarte la ardiente
pasión que en mi pecho albergo,
¡y traigo, bajo el chambergo,
calenturienta la frente!

Mas si no recibo el bien,
de la respuesta que espero
y en contra mía el acero
arrojas, de tu desdén;
deshecho caerá el edén
de mi soñada ilusión,
y llorando mi aflicción
me iré abatido y sin calma,
con una noche en el alma
y en el pecho, un desgarrón!

Domingo F. ARIETTI.

NIÑO PREVENIDO



—¿Qué haces?
—Hablo por teléfono con San Pedro... Le digo que el gatito se murió ayer y que ya va camino del cielo... que me lo cuide

Navegando

El viento, en su juego con las olas,
musita una canción que me entristece;
miro a las aguas y el ansia crece
con la que lucha el corazón a solas.

Del ocaso en sus rojas banderolas
la tarde misteriosa languidece,
y el agua, que en sus tintas se enrojece
se asemeja a un torrente de amapolas.

Aún entona más lúgubre su canto
el viento que la onda, airado eleva;
y el eco de su voz llena de espanto

al alma que intranquila está mirando
el atrevido buque que nos lleva,
por un río de sangre navegando!

Carolina MECCA DE ZIN.

A bordo del vapor "Guaraní".

Tres días en "Libertad"

(A la señorita María Calegari).

De mi corta estancia por esos parajes
llevé de recuerdos una infinidad...
tiñeron mi vida divinos celajes,
olvidé el murmullo de la gran ciudad.

Noches deliciosas, diáfanas y claras
calma le inyectaron a mi corazón:
la luna tornaba plateadas las caras..
la brisa olvidaba su triste canción.

Plácidas auroras... cielo de cobalto;
tibio sol que alegra como novia buena
a mi hastío hicieron efectuar un salto
y me condujeron a región serena.

Entre los recuerdos uno sobresale,
conocí a María que es sin abultar
chica que en el pueblo más que todas vale
porque en ella es todo belleza y bondad.

Hay en sus ojazos atracción tan honda...
tienen sus palabras poderoso imán...
desde que la he visto su imagen me ronda;
llenándome el alma de un ardiente afán.

Quién sabe cuándo recorrerán mis plantas
el pueblo donde el tiempo pasó veloz...
quiero admirar sus bellezas que son tantas,
y de María escuchar la dulce voz.

Aunque algo lo dudo, una misteriosa
voz dice a mi oído: "no pierdas la fe,
volverás muy pronto y una aurora rosa
por sobre tu vida ha de aparecer".

Pascual A. DEVITA

Ilusión

No procures nunca suicidar una bella ilusión que nace en tu corazón. Aliméntala con la bondad, la inteligencia, la justicia y el entusiasmo necesarios, como si se tratara de una planta rara y valiosa que es indispensable cuidar para que el jardín tenga más belleza y más originalidad.

Tan pocas veces sentimos en nuestra alma el florecimiento de ella, que en los instantes que presentimos su llegada un dulce sobrecogimiento comienza a invadirnos y a llenarnos de ternura infinita. Son las manifestaciones sonrientes de la verdad. No la dejes morir temiendo a la desilusión ni le pongas cara entristecida al pensar en lo poco accesible que es esa ilusión. Todo es realizable en la vida, dentro de lo que es humano.

Recíbela como una cosa sagrada, como un inmenso bien otorgado por la ley inmutable de la vida. Sentimiento acariciador que despierta nuestra sensibilidad provocando en nuestro espíritu una emoción jubilosa. Influencia emotiva que llena de luz los ojos y nos rejuvenece impregnándonos de amor. Estrella luminosa que desde lo alto vigila nuestros sueños como si con su luz rigiera el ritmo de las cosas humanas...

Entrégate a la ilusión que comienza a vivir en ti con todo el entusiasmo y el optimismo de que eres capaz y con toda tu juventud en flor.

Vicente Raúl VOTTA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Del ELENCO MASCULINO DEL COLON



Segismundo Zalewsky, célebre bajo ruso, que inició la temporada con la ópera Boris Godounow.



El tenor Angelo Minghetti, en Rigoletto.



Giulio Crimi, el notable tenor lírico tan admirado por nuestro público.



El famoso bajo Giulio Cirino, un veterano de nuestras temporadas líricas.



José Segura Tallien, bien conocido barítono español.

Gente Menuda



La señora Josefa Freixá de Rosas, rodeada de sus nietos, niños de Copello, Guixa, Rosas y Porto.



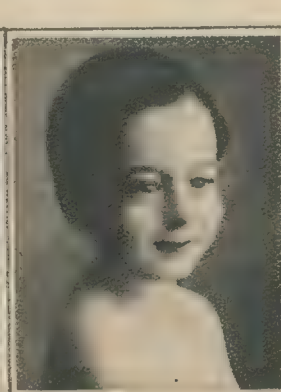
Roberto Ezequiel Lezama.



Félix Saez.



Ricardo Zaquieres.



Omar Nestor Leveratto.



Miguel Angel Moreno Toval.



Juan Carlos Cervellera,



Susana Carraro.



Jorge Alberto y Margarita Piana.



Pichocha Dumont.

LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN EL INTERIOR



Grupo de alumnos de la escuela ambulante B, zona Quemú - Quemú, que dirige el señor Francisco B. Villanueva.

Fot. Carretero.

FRAY MOCHO EN TUCUMÁN



El doctor Miguel Campero, electo gobernador de Tucumán, leyendo su programa de gobierno, después de prestar el juramento de práctica ante la cámara legislativa.



El gobernador electo, de la provincia de Tucumán, doctor Campero, dirigiéndose a la casa de gobierno para asumir el mando que le entregara el interventor nacional, doctor Gondra.



El doctor Campero, al retirarse del edificio de la legislatura.

Fots. Luis Alfredo Posse.

El pintor italiano Arístides Sartorio, en la Academia Nacional de Bellas Artes



Durante la visita que el pintor italiano Arístides Sartorio, actualmente nuestro huésped, realizara a la Academia Nacional de Bellas Artes. — Con el director de la institución, señor Pio Collivadino, y un grupo de artistas nacionales.

LA APICULTURA EN SAN LUIS



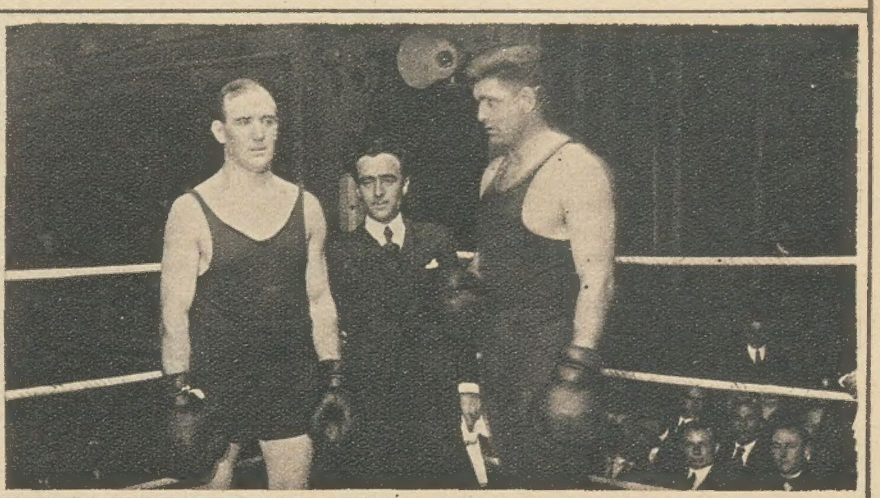
VILLA MERCEDES. — Vista de las instalaciones apícolas de la quinta "Amalia", propiedad de los señores Gochicoa Hermanos y situada en los alrededores de esta localidad, cuyos productos han obtenido el primer premio, medalla de oro y mención honorífica, en la exposición apícola recientemente efectuada en los salones de la intendencia municipal de Villa Mercedes.

Fot. Perinelli.

LA PÁGINA DE LOS DEPORTES



Luis Angel Firpo, campeón sudamericano, interesándose por los productos que se exhiben en la exposición rural de Rosario de Santa Fe.



En la misma ciudad, Firpo realizó diversas exhibiciones con su sparring partner F. Priano.



COLONIA BARÓN. — Team del Club Sportivo Independiente, de esta localidad, que sostuvo un partido con Nacional, de Quemú-Quemú, resultando vencido por éste.



Equipo del Club Nacional, de Quemú-Quemú, que derrotó a Sportivo Independiente, de Colonia Barón, por 4 a 2 goals.



ROSARIO DE SANTA FE.— Instantánea de los competidores del match de box Zárate Camaño versus González, en cuyo encuentro, que despertó gran interés, se impuso por puntos el campeón cordobés.



Una de las últimas fotografías del malogrado piloto Angel Alfredo Seffino, que recientemente perdiera la vida en un accidente de volación ocurrido en Puerto Belgrano.



NEUQUEN. — Vista del almuerzo con que fué celebrada la inauguración del "Club de Pelota y Gimnasia", de dicha localidad y a cuyo acto concurrió el gobernador del territorio y otras autoridades.

Fots. Cornet y Aranda y Carretero.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



De la serranía cordobesa. — Uno de los más bellos lugares de los alrededores de Alta Gracia.

Fot. Dereské.

GRAN CONCURSO



para consagrar y difundir
la fórmula del más exquisito

COCKTAIL

a base de

HESPERIDINA

EL APERITIVO **UNICO**

Correspondiendo a la predilección cada día mayor que el público acuerda a los ''cocktails'' preparados con esta exquisita bebida nacional, M. S. BAGLEY y Cía. Ltda. instituyen 10 importantes recompensas para distribuirlas entre los señores cockteleros de todo el país que cooperen a la creación de una fórmula merecedora de ser considerada como la del ''cocktail'' más delicioso que pueda combinarse a base de HESPERIDINA.

A tal objeto se establecen los premios siguientes:

$ 1.000 m/n. **al autor de la fórmula que a juicio del Directorio de M. S. BAGLEY y Cía. Ltda. sea la del mejor "cocktail"**

A las fórmulas que sigan en orden de mérito a la del primer premio:

2º. PREMIO . . . . **$ 500 m/n** **4º. PREMIO** . . . . **5 libras esterlinas**
3er **"** . . . . **" 200 "** **5º** **"** . . . . **3 " "**

y cinco premios más de 2 libras esterlinas cada uno.

CONDICIONES GENERALES DEL CONCURSO:

A LOS SEÑORES COCKTELEROS que residen en la Capital se les invita a concurrir a AVENIDA DE MAYO 580, primer piso, en horas hábiles de oficina para inscribir sus nombres en un registro especial y entregárseles pequeñas botellas de HESPERIDINA, que ellos utilizarán para llenarlas y devolverlas con las dosis de ''cocktails'' que individualmente preparen para el concurso.

Para la inscripción en el registro respectivo, cada interesado debe presentar un testimonio que acredite su profesión de cocktelero, expedido por la casa en que desempeña tal cargo.

Conjuntamente con el envase conteniendo el ''cocktail'' de cada concurrente, éste deberá entregar bien explicada, dentro de un sobre lacrado la fórmula que ha empleado y el nombre que hubiera elegido para distinguir su preparación. La adopción del nombre del ''cocktail'' será facultativo del Directorio de M. S. Bagley y Cía., Limitada.

Un mismo cocktelero podrá presentar hasta tres ''cocktails'' de tres diferentes fórmulas, siempre que ellas sean a base de HESPERIDINA.

Al recibirse los envases de ''cocktails'' y los sobres con las fórmulas correspondientes, se anotarán en aquellos los números de orden y éstos se escribirán en el comprobante que se entregará al cocktelero como justificativo de su participación en el concurso

En caso de que dos o más cockteleros coincidan en una misma fórmula y ésta resulte premiada, el premio se dividirá por partes iguales entre los agraciados.

Los señores cockteleros que no resulten premiados, recibirán un objeto de regalo como recuerdo de este concurso.

Pueden entregarse ''cocktails'' y fórmulas hasta el 31 de Junio próximo.

El día 9 de Julio del corriente año, se dará a conocer la fórmula del ''cocktail'' y las nóminas de los cockteleros premiados y establecimientos en que estos prestan sus servicios.

A los interesados residentes en el interior de la República, que lo soliciten por correo, se les enviarán envases para la remisión de los ''cocktails''.

Al formular los pedidos de éstos y de la inscripción en el registro especial, los señores cockteleros de provincias, deben mandar el justificativo de su condición de tales, subscripto por el propietario o gerente de la casa en que trabajan.

Toda la correspondencia relacionada con este concurso dirigirla así: CONCURSO HESPERIDINA, AVENIDA DE MAYO 580, BUENOS AIRES.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires